



Annie West

Culpable inocente



Annie West

Culpable inocente



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

CULPABLE INOCENTE, N.º 2248 - julio 2013
Título original: Captive in the Spotlight
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3447-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

Durante cinco tristes años Lucy había estado imaginando su primer día de libertad. Un cielo azul, típico de los veranos italianos. El aroma de los cítricos en al aire y el canto de los pájaros.

En su lugar, se encontró con un aroma muy familiar. Los ladrillos, el cemento y el frío acero no deberían oler a nada, pero, mezclados con la desesperación y un fuerte detergente industrial, creaban un perfume llamado Institución. Un perfume que llevaba años metiéndosele por las narices.

Lucy contuvo un escalofrío de miedo. Sintió un nudo en el estómago. ¿Y si había habido un error? ¿Y si la enorme puerta de acero que se erguía ante ella permanecía firmemente cerrada?

El pánico se apoderó de ella al pensar que podría regresar a su celda. Haber estado tan cerca de lograr la libertad para que luego se le negara terminaría por destruirla.

El guardia marcó el código. Lucy se acercó un poco más. La mano sudorosa sostenía la maleta con sus pertenencias y el corazón parecía latirle en la boca. Por fin, la puerta se abrió y ella dio un paso al frente.

Humo de los vehículos en vez de aroma a cítricos. Un amenazador cielo gris, no azul mediterráneo. El rugido de los coches en lugar del canto de los pájaros.

No importaba. ¡Estaba libre!

Cerró los ojos y saboreó aquel momento que tantas veces había soñado. Estaba libre para hacer lo que quisiera. Podía volver a tomar las riendas de su vida. Tomaría un vuelo barato a Londres y luego pasaría allí la noche antes de terminar el viaje en Devon. Una noche en un lugar tranquilo, con una cama cómoda y toda el agua caliente que pudiera desear.

La puerta se cerró a sus espaldas. Entonces, abrió los ojos. Un ruido le hizo darse la vuelta. Más allá, junto a la puerta principal, se veía un grupo de gente. Personas con cámaras y micrófonos.

Un gélido escalofrío recorrió la espalda de Lucy. Echó a andar en la dirección opuesta.

Apenas había comenzado a caminar cuando comenzó el revuelo. Carreras, gritos e incluso el rugido de una motocicleta.

–¡Lucy! ¡Lucy Knight!

No había duda alguna sobre lo que querían.

Lucy apretó el paso, pero una moto la alcanzó. El tripulante le lanzó una pregunta tras otras sin que ella supiera cómo responder. Cuando los demás la rodearon, extendieron micrófonos hacia su rostro, casi sin darle espacio vital, Lucy estuvo a punto de dejarse llevar por el pánico y echar a correr. Después del aislamiento de aquellos años, aquella muchedumbre resultaba aterradora.

–¿Cómo te sientes, Lucy?

–¿Qué planes tienes?

–¿Tienes algo que decirle a nuestros telespectadores, Lucy? ¿O tal vez a la familia Volpe?

Las preguntas cesaron al mencionarse la familia Volpe. Lucy contuvo el aliento mientras las cámaras seguían fotografiándola.

Se lo tendría que haber esperado. ¿Por qué no lo había hecho? Porque todo había ocurrido cinco años atrás. Agua pasada. Había esperado que el furor se acallara. ¿Qué más querían? Ya le habían arrebatado muchas cosas.

Ojalá hubiera aceptado la oferta de la embajada para llevarla al aeropuerto. Había preferido no fiarse de nadie.

Cinco años atrás, la policía británica no había podido salvarla de las implacables ruedas de la justicia italiana. Había dejado de esperar que ellos, o cualquier otra persona, pudieran ayudarla.

Su orgullo no le había servido de nada.

Apretó los labios y siguió andando, abriéndose paso entre los insistentes reporteros. No empujó ni amenazó a nadie. Se limitó a seguir moviéndose, con la fuerza y la determinación que le habían reportado aquellos años de cárcel.

Ya no era la inocente muchacha de dieciocho años que había ingresado en prisión. Había dejado de confiar en la justicia y, mucho menos, que alguien la defendiera.

Tendría que defenderse ella sola.

No se detuvo. Sabía que si lo hacía estaría perdida. La cercanía de tantos cuerpos le provocaba una sensación casi claustrofóbica. Temblaba por dentro mientras contenía el deseo de echar a correr. Eso era lo que la prensa estaba buscando.

Vio un hueco y se abalanzó hacia él. Entonces, se vio rodeada por hombres ataviados con trajes oscuros y gafas de sol. Hombres que mantuvieron a raya a los periodistas.

Sus sentidos se pusieron en estado de alerta al ver que los hombres, guardaespaldas sin duda, rodeaban un coche. Un vehículo muy caro, oscuro y con cristales tintados.

La curiosidad se apoderó de ella y dio un paso al frente. Sus

amigos se habían evaporado en aquellos últimos años. En cuanto a su familia… ¡ojalá pudieran permitirse un medio de transporte como aquel!

Uno de los guardaespaldas abrió una puerta. Lucy se acercó lo suficiente para mirar al interior

Unos ojos grises la atravesaron. Finas y delineadas cejas negras que parecían apuntar hacia un espeso cabello oscuro.

Lucy sintió que se le hacía un nudo en la garganta al observar aquel rostro. Nariz larga y arrogante, pómulos fuertes y angulosos. Sólida mandíbula y firme boca.

A pesar de la condena que reflejaba aquel rostro, otro sentimiento pareció estallar entre ellos, un estallido de calor en aquel ambiente tan cargado. Aquel estallido le tensó la carne y le puso el vello de los brazos de punta.

–Domenico Volpe –susurró ella.

Agarró la maleta con fuerza y, durante un instante, sintió que se tambaleaba.

Él no. Aquello era demasiado.

–¿Me reconoce? –le preguntó él. Hablaba inglés con la perfecta dicción de un hombre con impecable linaje, poder, riqueza y educación a su disposición.

–Le recuerdo –dijo. ¿Cómo iba a poder olvidarle? En una ocasión había estado a punto de creer que… No. Cortó aquella línea de pensamiento. Ya no era tan ingenua.

Ver a Domenico evocó en ella una miríada de recuerdos. Se obligó a concentrarse en los últimos.

–No se perdió ni un momento del juicio…

–¿Se lo habría perdido usted si hubiera estado en mi lugar? –le preguntó él con voz sedosa pero letal.

¿Qué estaba ella haciendo allí, hablando con un hombre que tan solo le deseaba lo peor? En silencio, se dio la vuelta, pero vio que un fornido guardaespaldas le cortaba el paso.

–Por favor, *signorina* –le dijo indicándole la puerta abierta del coche–. Entre y siéntese.

¿Con Domenico Volpe? Él personificaba todo lo que había ido mal en la vida de Lucy.

Lanzó una risotada histérica y negó con la cabeza. Se movió hacia un lado, pero el guardaespaldas fue más rápido que ella. Le agarró el brazo y la empujó hacia el coche.

–¡No me toque! –le espetó ella, dejando escapar por fin las emociones que había tenido contenidas durante tanto tiempo.

Nadie tenía derecho a coaccionarla.

Ya no.

Nunca más después de lo que había soportado.

Lucy abrió la boca para exigirle que la soltara. Sin embargo, la clara y firme orden que había tenido intención de formular no fue lo que salió. En su lugar, un estallido de maldiciones en italiano, palabras que jamás había conocido, ni siquiera en inglés, hasta su estancia en la cárcel. La clase de italiano barriobajero que Domenico Volpe y su educada familia ni siquiera reconocerían, palabras que utilizaban delincuentes y lunáticos. Ella lo sabía muy bien.

El guardaespaldas abrió los ojos de par en par y dejó caer la mano como si temiera que Lucy pudiera hacerle daño con su lengua.

Lucy se detuvo en seco. Vibraba de furia, pero también con algo parecido a la vergüenza. Se había enorgullecido de superar la peor clase de degradación de la prisión. Tan solo hacía minutos que había salido de la cárcel… ¿Cuánto tiempo tendría que llevar aquel estigma? ¿Tan irrevocablemente le había cambiado la prisión?

Agarró con fuerza la maleta. Dio un paso al frente y el guardaespaldas se apartó. Ella siguió andando, más allá del cordón que separaba a Domenico Volpe de los paparazzi.

Irguió la espalda. Preferiría caer en las garras de la prensa que quedarse allí.

–Lo siento, jefe. Debería haberla detenido, pero como nos estaban observando los periodistas…

–No importa, Rocco. Lo último que deseo es que la prensa publique que hemos intentado secuestrar a Lucy Knight.

Eso remataría a Pia. La cuñada de Domenico estaba muy tensa desde que se enteró que Lucy iba a salir de prisión.

Observó cómo los periodistas la rodeaban y sintió algo muy parecido al remordimiento.

Como si él la hubiera fallado.

Lucy Knight lo había contemplado totalmente horrorizada y había preferido enfrentarse a la prensa en vez de compartir el coche con él. Esto hizo que volviera a adueñarse de él un fuerte sentimiento de culpabilidad. Por supuesto, se trataba de tonterías. A la luz del día, la lógica le aseguraba que ella se había ocasionado a sí misma su propia destrucción. Sin embargo, a veces, en el silencio de la noche, no le parecía tan evidente.

No obstante, él no era el guardián de Lucy Knight. Nunca lo

había sido.

Cinco años atrás, él había respondido brevemente a su fresco aire de entusiasmo, tan diferente de las mujeres encorsetadas y sofisticadas que había en su vida. Entonces, descubrió que aquello era tan solo una farsa, que tenía como único objetivo adueñarse de él y utilizarlo, tal y como había hecho con su hermano.

Desgraciadamente, había experimentado una atracción no deseada por ella. Años atrás, su rostro había sido un óvalo perfecto, redondeado por la juventud. Su cabello largo, liso y del color del trigo tostado al sol, lo había incitado a acariciarlo.

Se había odiado por ello.

–Es una gata salvaje, ¿eh, jefe?

–Cierra la puerta, Rocco.

–Sí, señor.

El guardaespaldas se tensó e hizo lo que Domenico le había ordenado.

Él, por su parte, se reclinó en el asiento y observó cómo el tumulto se dirigía calle abajo. Tan solo quedaron algunos de los reporteros, que apuntaban con sus cámaras a la limusina. Por suerte, los cristales tintados impedían toda intromisión en la intimidad del vehículo.

Afortunadamente. Domenico no quería que los objetivos se centraran en él y mucho menos cuando se sentía tan… inquieto.

Se pasó la mano por el rostro, deseando desesperadamente que Pia no lo hubiera puesto en aquella situación. ¿Qué importaba el alboroto de los medios? Podría sobreponerse a ello como siempre.

En el caso de Domenico, no eran los medios lo que lo turbaban. No le importaban los paparazzi. Era ella, Lucy Knight. El modo en el que lo había mirado.

Había cambiado mucho. El cabello corto le daba el aspecto de una traviesa ninfa en vez de una inocente adolescente. Su rostro se había afinado y se había esculpido para darle una profunda belleza que, a la edad de dieciocho años, había sido simplemente una promesa. En cuanto a personalidad, de eso tenía a montones.

Le había hecho falta mucho valor para dirigirse de nuevo a aquella horda hambrienta de noticias.

Durante todas las semanas que duró el juicio, había adoptado una actitud fría. ¿Cómo había podido ocultar una pasión tan encendida?

Podría ser que aquella faceta de su personalidad fuera algo nuevo, adquirido durante los años que había pasado en prisión.

Domenico se hundió en su asiento. Debería ignorar las súplicas

de Pia y sus propias reacciones y marcharse de allí. Aquella mujer no había supuesto más que problemas para su familia desde el día en el que cruzó el umbral de la casa familiar.

Apretó el interfono para dirigirse al chófer.

–Arranca.

Faltaban veinte minutos para que llegara el autobús.

¿Podría aguantar? Los reporteros eran cada vez más insistentes. Lucy tuvo que echar mano de toda su sangre fría para fingir que no le molestaban, para ignorar las cámaras y las preguntas.

Le temblaban las rodillas y le dolía el brazo, pero no se atrevía a dejar la maleta en el suelo. Contenía todo lo que ella poseía y no le habría sorprendido si uno de los paparazzi se la hubiera quitado para mostrarle al mundo el estado de su ropa interior o elaborar un perfil psicológico basándose en los pocos libros que poseía.

El grado de insistencia se había incrementado cuando los reporteros se dieron cuenta de que, en vez de la presa fácil que habían esperado, estaban frente a una mujer decidida a no cooperar. ¿No se daban cuenta de que lo último que quería era más publicidad?

Tanto revuelo había atraído a los curiosos. Lucy pudo escuchar los murmullos y los comentarios escandalizados. Se tensó, preparándose contra la multitud que la rodeaba. Sabía muy bien lo rápidamente que podía estallar la violencia.

Estaba a punto de dejar de esperar el autobús y echar a andar cuando los que la rodeaban se quedaron inmóviles. Un aleteo, parecido a un susurro, recorrió el aire, dejando a su paso algo parecido al silencio.

De repente, las cámaras se apartaron. Allí, dirigiéndose hacia ella, estaba el hombre que ella había esperado no volver a ver nunca más: Domenico Volpe. La miraba fijamente a los ojos. Parecía ignorar por completo los objetivos que se centraban en él y que disparaban sin cesar mientras los reporteros le bombardeaban con sus preguntas.

Él llevaba un traje gris. La camisa era blanca y la corbata un nudo perfecto de seda oscura. Su aspecto era el del perfecto ejemplo del hombre italiano acaudalado y de buena educación. Ni una sola arruga estropeaba su ropa ni su rostro. Tan solo los ojos, que parecían atravesarla, revelaban algo que no fuera un frío y férreo control.

Una oleada de calor atravesó el vientre de Lucy mientras lo

miraba a los ojos.

Domenico se detuvo ante ella. Lucy se negó a mirarle el rostro. Se centró en la mano que él le extendía.

El papel crujió cuando ella lo tomó de la mano de Domenico.

Venga conmigo. Yo puedo ayudarla a escapar de esto. Estará a salvo.

Lucy levantó el rostro.

–¿A salvo? –dijo. ¿Con él?

–Sí...

Aquello era una locura. Algo completamente imposible. Domenico no podía querer ayudarla. Sin embargo, no era tan estúpida para pensar que podía seguir allí. No tardaría mucho tiempo en producirse algún problema y ella estaría en el centro del mismo.

A pesar de todo, dudó. Era consciente de la fuerza de aquellos anchos hombros, de la corpulencia de aquel cuerpo y de las fuertes manos de piel olivácea. En una ocasión, aquel descarado poder masculino la había dejado sin aliento. En aquellos momentos resultaba amenazante.

No obstante, si él hubiera querido hacerle daño físicamente, habría encontrado modo de hacerlo mucho antes.

Él se inclinó hacia delante. Lucy se tensó cuando el susurro de sus palabras le acarició la mejilla.

–Palabra de Volpe.

Sabía que Domenico era un hombre orgulloso, altivo y leal. Poderoso. Peligroso e inteligente. Sin embargo, todo lo que había leído sobre él, que había sido mucho, indicaba que él era un hombre de palabra. No mancillaría su noble apellido ni su orgullo con la mentira.

Al menos, eso esperaba Lucy.

Asintió con gesto tembloroso.

–*Va bene.*

Domenico le quitó la maleta y la empujó para que atravesara la multitud colocándole una mano en la espalda. El calor que emanaba de su piel atravesaba la ropa de Lucy.

Las preguntas los asaltaban, pero Domenico Volpe las ignoró completamente. Con su apoyo, Lucy consiguió seguir adelante. Entonces, de repente, apareció un espacio abierto, un cordón de guardaespaldas que los conducía hasta la puerta abierta de la limusina.

En aquella ocasión, Lucy no necesitó que la animaran a entrar. Se montó sin dudarlo y se deslizó hasta el lugar más alejado del

amplio asiento trasero.

La puerta se cerró cuando Domenico hubo entrado y el vehículo aceleró rápidamente.

–¡Mi maleta!

–Está en el maletero. A salvo.

Lentamente, Lucy se giró. Se sentía agotada, exhausta después de haber estado un buen rato a merced de los periodistas, pero no podía relajarse.

Los profundos ojos grises la estaban observando. En aquel instante, tenían un aspecto tormentoso. A pesar de la aparente relajación de su cuerpo, se notaba la tensión en los hombros y en la mandíbula.

–¿Qué es lo que quiere?

–Rescatarla de la prensa.

–No.

–¿No? ¿Me está llamando mentiroso?

–Si hubiera estado interesado en rescatarme, lo habría hecho años atrás, cuando realmente importaba. Sin embargo, me dejó tirada.

–Está hablando de dos cosas diferentes –replicó él con frialdad.

–¿Usted cree? Juega con la semántica. Lo último que quiere es rescatarme.

–En ese caso, digamos simplemente que, en esta ocasión, sus intereses coinciden con los míos.

–¿Cómo? No veo lo que podamos tener en común.

–En ese caso –dijo él con tranquilidad–, tiene una memoria muy mala. Ni siquiera usted puede negar que, muy a mi pesar, estamos unidos por un vínculo que nos ata para siempre.

–Pero eso es…

–¿Pasado? –concluyó él con una tenue sonrisa–. Puede ser, pero es una verdad con la que yo vivo todos los días –añadió con voz dura y profunda–. Nada me podrá hacer olvidar nunca que usted mató a mi hermano.

Capítulo 2

Lucy sacudió la cabeza enfáticamente y, durante un instante, Domenico se sorprendió al lamentar el hecho de que su larga melena rubia ya no estuviera allí para acariciarle los hombros. ¿Por qué se habría cortado el cabello tanto?

Cinco años después, aún recordaba cómo aquella cortina de seda lo había atraído.

Imposible. No era desilusión lo que sentía.

Se había pasado muchos días en el tribunal, observando a la mujer que le había arrebatado la vida a Sandro. Había ahogado la pena, la urgente necesidad de venganza y la profunda desilusión por haberse equivocado tanto con ella. Se había obligado a observar todas las expresiones de su rostro, todos los matices. Había grabado la imagen de Lucy en su pensamiento.

Había aprendido de memoria el rostro de su enemigo.

No había sido atracción lo que había sentido entonces por la buscona que había tratado de jugar con los dos hermanos Volpe. Simplemente el reconocimiento de una belleza que podría perjudicar la causa de la acusación.

–No. Me condenaron por homicidio. Hay una gran diferencia.

Domenico la miró fijamente a los ojos, que estaban iluminados con una pasión que iba en contra de la lógica. Entonces, comprendió sus palabras y la ira se apoderó de él.

Tendría que habérselo imaginado. Sin embargo, escuchar aquella mentira en su voz amenazaba hasta el férreo control que ejercía sobre sí mismo.

–¿Sigue afirmando su inocencia?

–¿Y por qué no iba a hacerlo? Es la verdad –le dijo ella mirándolo a los ojos con un descarado desafío.

La ira se apoderó de Domenico.

–Sigue mintiendo. ¿Por qué?

–No estoy mintiendo. Es la verdad. Yo no maté a su hermano.

–¿Quién está jugando ahora con los significados de las palabras? Sandro perdió el equilibrio cuando usted lo empujó contra la chimenea –le espetó él–. El golpe que se dio en la cabeza al caer lo mató. Es usted responsable. Si él no la hubiera conocido, seguiría hoy con vida.

El rostro de Lucy se tensó. Tragó saliva. En aquel momento, a Domenico le pareció ver algo parecido a dolor en sus ojos. ¿Culpabilidad? ¿Arrepentimiento por lo que había hecho?

Un instante más tarde, aquella imagen de vulnerabilidad se desvaneció. Domenico pensó si se lo habría imaginado. ¿Le habría proporcionado su imaginación la imagen que tanto tiempo había esperado a ver? ¿Remordimiento por la muerte de Sandro?

Trató de analizar la actitud de Lucy. Espalda rígida, barbilla levantada, las manos plegadas suavemente sobre el regazo, aunque apretándose con demasiada fuerza. Se dio cuenta de que los ojos de ella eran diferentes. Después de la expresión de asombro que habían tenido, se mostraban cautelosos en aquellos momentos.

La diferencia de la presunta inocente que había conocido tantos años atrás era asombrosa. Ciertamente, había dejado de hacerse la ingenua.

Tenía un aspecto frágil. Parecía proyectar toda su energía en su aparente fachada de tranquilidad.

Domenico sabía que todo era apariencia. Los años de experiencia en el despiadado mundo de los negocios lo habían hecho un experto en el lenguaje corporal. No se podía confundir la tensión que atenazaba sus músculos o las respiraciones entrecortadas que no era capaz de ocultar del todo.

¿Cuánto le costaría hacer pedazos aquella imagen para llegar a la verdadera Lucy Knight? ¿Qué haría falta para conseguir que se desmoronara?

–Si admitiera la verdad, el futuro le resultaría más fácil.

–¿Por qué? ¿Porque la confesión es buena para el alma?

–Eso dicen los expertos.

–¿Cree que me vas a hacer cambiar de opinión por intentar hacer sus pinitos en psicología? –le preguntó ella con una dura sonrisa–. Tendrá que esforzarse un poco más. Si los expertos no pudieron conseguir que yo confesara, ¿cree que lo conseguirá usted?

–¿Los expertos?

–Por supuesto. No creerá que he estado viviendo todo este tiempo en un espléndido aislamiento, ¿verdad? Le aseguro que hay una verdadera industria para la rehabilitación de los criminales. ¿No lo sabía? Trabajadores sociales, psicólogos, psiquiatras...

Se giró para mirar por la ventana con perfil sereno.

–¿Sabe que me evaluaron para descubrir si estaba loca? –le preguntó mientras se volvía para mirarlo–. Por si no era apta para que me juzgaran. Supongo que tuve suerte. No puedo recomendar la

cárcel como experiencia positiva, pero sospecho que un manicomio para los presos que están locos es peor. Por poco.

–Al menos sigue viva para poder quejarse de su internamiento –le espetó Domenico. La ira le hervía en las venas–. A mi hermano no le dio esa opción, ¿verdad? Lo que hizo fue irrevocable.

–E imperdonable. ¿Por eso me ayudó a escapar de los reporteros? ¿Para poder regañarme en privado?

Se reclinó en su rincón y cruzó las piernas, como si así quisiera reforzar su total falta de preocupación. Incluso con aquel aburrido traje azul marino, no se podía negar que tenía unas piernas maravillosas. Domenico tuvo que admitir que aquello había sido una de las cosas que habían hecho que se sintiera atraído por ella desde el día en que se conocieron. Eso y su tímida sonrisa.

–Tiene una imaginación muy viva. Tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo que hablar con usted.

–En ese caso, espero que no le importe si disfruto de la vista –replicó ella. Con eso, se giró para mirar por la ventada.

Domenico estaba seguro de que tanta concentración debía de ser fingida. Hasta que se dio cuenta de que no había visto la calle durante cinco años.

Estar cerca de Domenico Volpe resultaba más difícil de lo que había esperado.

Hacía mucho tiempo, habían compartido un día mágico, perfecto en todos los sentidos. Cuando se separaron con la promesa de volverse a reunir, ella se había subido a una nube de deliciosa anticipación. Por primera vez, él había hecho que se sintiera viva.

En poco más de diez horas, se había enamorado un poco de aquel atractivo desconocido.

¡Había sido tan joven entonces! No solo en años sino también en experiencia. De hecho, le parecía casi inconcebible que hubiera sido tan ingenua.

La siguiente vez que lo vio fue en el juicio. El corazón le había dado un salto en el pecho. Había esperado día tras día a que él rompiera su silencio, se acercara a ella y le ofreciera una pizca de consuelo. Que la volviera a mirar con los ojos llenos de calidez.

En vez de eso, se había mostrado hosco y distante con ella. Tan solo había ido para buscar venganza. La había mirado con unos ojos tan gélidos como el invierno y había hecho así pedazos sus sueños.

Estuvo a punto de sentir un escalofrío, pero lo reprimió. No quería que él supiera cómo se sentía. Debería preguntarle adónde se

dirigían, pero no tenía ganas de mirarlo porque solo verlo le arrebataba toda la energía. Incluso su voz, profunda y deliciosa como el chocolate, la afectaba de un modo que trataba de contener. Le hacía darse cuenta de que era una mujer joven y sana que respondía ante un hombre atractivo.

Contuvo una sonrisa. Había estado en la cárcel demasiado tiempo. Tal vez lo que necesitaba no era paz y tranquilidad, sino un buen revolcón con un hombre atractivo que la ayudara a controlar sus hormonas desbocadas.

Y el hombre que se le ocurría era Domenico Volpe.

No obstante, sabía que eso no estaba bien a muchos niveles.

Se obligó a concentrarse en la calle. A pesar de lo que le dijera su orgullo, era un alivio estar en la limusina. Sin embargo, no tardaría en haber una compensación por ello. Había dejado de creer en la amabilidad humana. Había algo que Domenico quería, una razón por la que la había ayudado.

Una confesión.

Apretó con fuerza los labios. Tendría que esperar sentado. Jamás había sido una mujer mentirosa.

Estaba tan sumida en sus recuerdos que tardó en darse cuenta de que las calles tenían un aspecto familiar. Estaban atravesando una parte de Roma que ella conocía.

Se incorporó en el asiento. La tensión se apoderó de ella. Empezó a reconocer lugares. La tienda donde había comprado unos regalos para enviárselos a su padre, a Sylvia y a los niños. La cafetería que vendía unos deliciosos pasteles para tomar con su café rico y aromático. El parque al que había llevado al pequeño Taddeo, bajo la mirada atenta de Bruno.

Por fin, la limusina tomó una calle demasiado familiar.

Se dio la vuelta para mirar a Domenico. Él la estaba observando atentamente.

–¡No será en serio! –exclamó ella.

–Quería un lugar en el que no hubiera prensa. Aquí no la molestarán.

–¿Cómo llama a eso? –le preguntó ella, señalando. La acera frente al *Palazzo* Volpe estaba repleta de periodistas.

Lucy sintió que el alma se le caía a los pies. Jamás habría querido volver a ver a aquel lugar.

¿Qué clase de juego era aquel? ¿Acaso creía Domenico que por volver a llevarla a la escena del crimen la obligaría a hacer una confesión?

–¡Detenga el coche!

–¿Por qué? No me había parecido que fuera escrupulosa.

Lucy abrió la boca para discutir. Entonces, se dio cuenta de que no había razón alguna. Había cometido el error de irse con él y tendría que afrontar las consecuencias. ¿Acaso no había sabido que tendría que pagarle por su ayuda?

Se encogió de hombros como si no le importara.

–Pensé que no le gustaría que los medios supieran que estábamos juntos, pero como quiera. Yo ya no tengo nada más que perder.

–¿No?

El tono de su voz le dejó a Lucy muy claro que la intención de Domenico era encontrar su punto débil y aprovecharlo. Le dejaría que lo intentara. Domenico no sabía cómo unos cuántos años en prisión podía endurecer a una mujer.

El vehículo atravesó las puertas, guardadas por guardaespaldas. Entonces, el coche bajó por una rampa y entraron en un enorme aparcamiento subterráneo. Una flota de vehículos en perfecto estado de revista lo llenaban.

–¿Cómo consiguió permiso para excavar? –le preguntó–. Pensaba que esta parte de la ciudad estaba construida sobre la antigua capital.

–¿No sabía que había un aparcamiento subterráneo?

–Yo solo era la au pair, ¿recuerda? No la niñera. No salía con la familia. Además, Taddeo era muy pequeño y su cuñada no quería que saliera. Era una lucha conseguir que me diera permiso para sacarle al parque a que tomara el aire.

–El aparcamiento era necesario para nuestra intimidad –replicó él–. Se realizó un estudio arqueológico, pero, afortunadamente, no encontraron nada valioso.

Lucy se contuvo. No habría importado lo valiosos que hubieran sido los restos arqueológicos. Los Volpe habrían conseguido lo que hubieran querido. Como siempre. Quisieron que ella fuera acusada y se salieron con la suya.

El coche se detuvo por fin y la puerta se abrió.

Lucy miró al guardaespaldas que se la sujetaba y respiró aliviada al ver que era el hombre que la había metido en el coche al salir de la prisión. Recordó avergonzada los insultos que le había dedicado.

–Gracias...

Él inclinó la cabeza en silencio.

Al salir del coche, Lucy miró a su alrededor. El corazón se le encogió cuando le pareció ver una figura familiar bajo la tenue luz. Inmediatamente se dio cuenta de que era otro desconocido y respiró

aliviada.

–Por aquí, *signorina*… –le dijo el guardaespaldas mientras le indicaba el camino a un ascensor.

Minutos más tarde, Lucy se encontró en una parte del *palazzo* que jamás había visitado. Sin embargo, sus grandiosas dimensiones, el exquisito suelo de madera y aire de lujo sin igual le resultaron inmediatamente muy familiares. Los recuerdos se apoderaron de ella. Los primeros días en un país extranjero, tan emocionantes, su admiración por lo que le rodeaba, aquella última noche…

–¿Señorita Knight?

Él la había llamado Lucy en el pasado. Durante unas breves y maravillosas horas. Inmediatamente, Domenico aplastó aquellos recuerdos.

Ella se dio la vuelta. Domenico vio unos ojos enormes, turbados. Su rostro había palidecido y sus delicados rasgos se mostraban tensos.

Por fin se le había caído la máscara.

Domenico debería sentir satisfacción por el hecho de que ella sintiera intranquilidad en aquel lugar. Sin embargo, no fue placer lo que experimentó. Lucy Knight lo había fascinado en el pasado. Y, desgraciadamente, seguía fascinándolo. Más de lo deseable.

Mientras la observaba, comprobó que aquel momento de vulnerabilidad desapareció. Su rostro se suavizó y levantó las cejas, como si estuviera esperando que él siguiera.

–Por aquí –le dijo él, para que lo acompañara.

Cuando llegaron a su despacho, le indicó que se sentara, pero ella prefirió caminar por la sala, inspeccionar las estanterías, la vista de la ventana y, seguramente, tratando de encontrar un modo de huir. No había ninguno.

Domenico se acomodó tras su escritorio.

–¿Por qué me ha traído aquí? –le preguntó ella. Se había detenido directamente delante del escritorio como si estuviera a punto de abalanzarse sobre él.

–Para hablar.

–¿Hablar? Tuvo su oportunidad de hablar hace cinco años. Si no recuerdo mal, no parecía interesado en renovar nuestra amistad –le espetó ella con amargura.

–Y para apartarla de la prensa.

–En ese caso, el rescate no ha sido altruista.

–¿Acaso lo esperaba?

–No.

–Siéntese.

–No. Gracias, prefiero permanecer de pie. ¿Durante cuánto tiempo?

–El que haga falta.

–¿El que haga falta para qué?

–Para que la prensa pierda interés por la historia.

–No hay historia. Todo ocurrió hace mucho tiempo.

–¿Acaso cree que lo que ocurrió no significa nada ahora? ¿Que todo ha terminado?

–Claro que ha terminado –replicó ella– He cumplido mi condena por homicidio y ahora estoy libre. Si hubiera algo que pudiera hacer para devolverle la vida a su hermano, lo haría. Desgraciadamente, no es así –añadió tras dar un profundo suspiro.

–Le quitó a mi hermano la vida cuando estaba en su mejor momento –rugió él con la voz llena de ira–. Dejó viuda a mi cuñada antes de tiempo. Llevaba muy poco tiempo casada y estaba tratando de acostumbrarse a la maternidad. De repente, se encontró sola. Por su culpa, mi sobrino jamás conocerá a su padre. Les negó a ambos esa posibilidad y dejó un vacío imposible de llenar en su vida.

Lucy también había dejado un vacío irreparable en su vida. Incluso después de cinco años, le resultaba difícil creer que Sandro ya no estuviera. El hermano mayor que había sido su mejor amigo, su columna de apoyo cuando sus padres murieron y Domenico era aún un niño. Su mentor, el que había aplaudido su tenacidad cuando se dedicó al mundo de los negocios, construyendo en vez de apoyarse en la fortuna y las tradiciones familiares.

Quería que Lucy supiera el dolor que había causado. Que lo sintiera. Como hombre civilizado que era sabía que ella había pagado el precio que la sociedad había considerado adecuado por su delito. Sin embargo, él quería más. Remordimiento. Culpabilidad. Una confesión. Algo.

–No puede controlar a la prensa –dijo ella como si nada de lo que Domenico había dicho importara.

–Puedo evitar que dispongan de noticias frescas.

–Pero si no hay noticias.

–Ha salido de la cárcel. La asesina en libertad.

–Me acusaron de homicidio.

Domenico contuvo el deseo de decirle que las diferencias legales no cambiaban el hecho de que Sandro había muerto. En su lugar, tomó la revista que había sobre el escritorio.

–Sigue habiendo una historia. Especialmente después de esto.

–¿De qué se trata? –le preguntó ella. Dio un paso al frente, muy rígida, como si se temiera lo peor.

Durante un instante, Domenico dudó. Entonces, arrojó la revista sobre la reluciente superficie del escritorio.

Ella inclinó la cabeza para leerla donde estaba, como si no quisiera tocarla. Domenico no podía culparla. Era la clase de basura que él evitaba, pero Pia, su cuñada, evidentemente opinaba lo contrario. Ella se lo había mostrado, furiosa por el hecho de que se hubiera resucitado la vieja tragedia.

Por fin, Lucy tomó la revista y la hojeó. Había una fotografía suya junto al texto. Otra foto más, aquella junto a su padre. A continuación, una mujer con unos niños.

Domenico vio cómo Lucy abría los ojos de par en par y escuchó cómo contenía la respiración. Entonces, palideció. Parpadeó rápidamente y a Domenico le pareció que aquellos maravillosos ojos se llenaban de lágrimas.

Entonces, con una rapidez que lo pilló por sorpresa, la mujer a la que había creído tan insensible como un autómata se tambaleó. Domenico se dio cuenta de que ella iba a desmayarse.

Capítulo 3

Lucy observó el texto mientras este se convertía en un borrón. Parpadeó con incredulidad. Pensaba que había experimentado lo peor de lo peor en la cárcel. Con la pérdida de su padre, de sus amigos, de su libertad, de su inocencia y de su autoestima.

Se había equivocado.

Aquello era la peor de las traiciones.

Trató de volver a respirar con normalidad. Apoyó una mano sobre la brillante mesa con la intención de sostenerse. Sin embargo, la oscuridad parecía estar adueñándose de ella. El mundo daba vueltas a su alrededor como si fuera un tiovivo...

Unos fuertes dedos le agarraron el brazo. Aquello bastó para recordarle dónde se encontraba. Trató de soltarse, pero él la agarró con más fuerza. Lo sintió a su lado, aprisionándola contra el escritorio.

Desde algún lugar de su interior, la furia volvió a cobrar vida dentro de ella. Empujada por el instinto, se giró y levantó la mano para apartar la que con tanta fuerza le agarraba el codo. Al mismo tiempo, le hincó la rodilla en la entrepierna. Desgraciadamente, la rodilla golpeó tan solo el fuerte muslo, dado que él pareció presentir el ataque y se movió.

A pesar de todo, Lucy se salió con la suya. Se vio libre. Lo miró fijamente, pero él le devolvió la mirada con dureza. Esto la ayudó a recuperarse y a devolverle la mirada al hombre que le había arrebatado la última esperanza que le quedaba de su alegría por sentirse libre y la había hecho pedazos.

Lejos de desmayarse, se sentía más viva que nunca.

–¡No me toque!

–Iba a desmayarse...

–No me he desmayado en toda mi vida –replicó, a pesar de que sabía que él tenía razón.

–Necesitaba apoyo –dijo él.

Lucy lo miró. Vio que algo había cambiado en su mirada. En sus labios. Se fijó más en ellos, trazando con la mirada la silueta de una boca que, en aquellos momentos, tan relajada, parecía diseñada exclusivamente para el placer sensual.

Una cálida sensación le recorrió el cuerpo, desde los senos hasta

la pelvis, un calor que tan solo había experimentado antes en una ocasión.

Se mordió los labios e inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho cuando se dio cuenta de que él le miraba la boca. Sintió un hormigueo en los labios, como si él hubiera extendido la mano y se los hubiera acariciado con el dedo.

Un escalofrío de placer le recorrió el cuerpo. El fuego prendió en ella. Siempre había sabido que Domenico Volpe era un hombre peligroso, pero no se había imaginado cuánto.

Tragó saliva y por fin logró ignorar la descarada respuesta de su cuerpo lo suficiente como para poder hablar.

–Puede apartarse ahora. Ya estoy bien.

–Sin embargo, estar sentada es mucho más cómodo, ¿no le parece?

Lucy sintió que volvía a perder la fuerza. De repente, las rodillas parecieron estar hechas de gelatina. ¿Se habría dado cuenta él de la reacción que había provocado en ella? Eso sería el colmo.

Agarró la revista y apretó sus páginas.

–Gracias. Sí, ahora me voy a sentar.

Domenico asintió y le indicó el sofá, pero ella prefirió tomar asiento en una silla giratoria.

–¿No sabía nada del artículo?

–No –respondió ella mientras observaba las brillantes páginas de la revista–. No tenía ni idea.

–¿Le apetece tomar algo? ¿Un coñac? ¿Una taza de té?

–No, gracias.

Sin embargo, él ya se dirigía hacia el escritorio. Evidentemente, no importaba lo que ella quisiera.

–Pediré café.

Lucy miró de nuevo la revista. ¿Cómo podía haber hecho Sylvia algo como aquello? ¿Tanto la despreciaba?

El corazón le dio un vuelco. Sylvia y los niños habían sido su última esperanza de regresar a su antigua vida. De volver a tener una familia.

Recordó retazos del artículo. Su madrastra decía que Lucy siempre había sido diferente, reservada y cambiante y que buscaba la atención de los demás. Decía también que siempre había antepuesto sus necesidades a las de su familia. En el artículo no decía nada sobre el resentimiento de Sylvia hacia la hija adulta de su esposo ni del hecho de que Lucy se había pasado muchos años haciendo gratuitamente de niñera de los cuatro hijos que Sylvia había tenido en un matrimonio anterior.

No se decía nada sobre el hecho de que Lucy se había marchado de su casa solo cuando su padre la había animado a vivir la vida en vez de dejarla en punto muerto para cuidar de sus hermanos más pequeños.

Efectivamente, había vivido la vida, pero no del modo que su padre había pensado.

En el artículo, tomado de una entrevista reciente con Sylvia, se presentaba a Lucy como una buscona egoísta y amoral. Respaldaba todo lo que se había sugerido de ella en el tribunal. Peor aún, demostraba que hasta su familia se había vuelto contra ella.

Lucy sintió que el corazón se le aceleraba. Se llevó una mano a la garganta para tratar de reprimir las náuseas. Sylvia y ella jamás habían tenido una relación excelente, pero a Lucy jamás se le habría ocurrido que su madrastra la traicionara de aquel modo. Hasta aquel momento, había creído que tenía alguien en quien apoyarse. Primero su padre y, después de que él falleciera, en Sylvia.

Se sentía a la deriva. Echaba de menos a su padre porque él siempre la había apoyado. En realidad, jamás había conocido a su madre dado que ella llevaba muerta muchos años, por lo que el vínculo con su padre había sido especial. La fe y el amor que él tenía en ella la habían mantenido fuerte durante el juicio.

Nunca antes se había sentido tan sola, ni siquiera la primera noche que pasó en el calabozo. Incluso después de su condena, cuando había sabido que le esperaban años en la cárcel. Ni cuando había tenido que enfrentarse a las amenazas del resto de las convictas, que habían tratado de convertir su vida en un infierno.

Parpadeó y miró de nuevo la revista que tenía sobre el regazo. Pensaba que ya había conocido la degradación y la desesperación, pero decidió que era en aquel momento en el que su vida tocaba fondo.

Y Domenico Volpe estaba allí para verlo. Debía de estar disfrutando.

–El café llegará enseguida.

Lucy levantó la mirada y vio que él la estaba observando. Lentamente, se puso de pie. El orgullo le hizo tensar las rodillas y levantar la barbilla.

–Es hora de que me marche.

No tenía ni idea de adónde, pero tenía que escaparse de allí. Tenía suficiente dinero para llegar a su casa en Devon. Sin embargo, ya no tenía casa. La traición de Sylvia le indicaba claramente que ya no sería bienvenida allí.

El dolor se apoderó de ella.

–No se puede marchar.

–Oficialmente, ahora soy una mujer libre, *signor* Volpe, por mucho que a usted le duela. Si intenta retenerme aquí contra mi voluntad, sería un secuestro.

–Señorita Knight, le aseguro que no tengo intención alguna de infringir la ley. Le recuerdo que necesita un lugar en el que refugiarse, un sitio en que la prensa no pueda molestarla –le dijo.

–¿Y?

–Yo le puedo proporcionar ese lugar.

–¿Y por qué iba usted a hacer eso? ¿Qué es lo que saca de ello?

–Hay otras personas implicadas –contestó él tras una pequeña pausa–. La viuda de mi hermano y el pequeño Taddeo. Ellos son los más afectados mientras esto siga siendo motivo de atención por parte de la prensa.

Taddeo… Lucy pensaba en él con frecuencia. Había querido mucho al pequeño a su cuidado.

–Entonces, ¿cuál es su solución? –le preguntó ella mientras se cruzaba de brazos–. ¿Emparedarme en el aparcamiento?

–Eso me podría valer –replicó él con una tensa sonrisa–, pero prefiero comportarme de acuerdo con la ley. No me gustan nada los dramatismos, como le ocurre a usted. Por lo tanto, le sugiero proporcionarle un lugar seguro hasta que pase todo esto. Ya tiene la maleta en su dormitorio.

Su dormitorio.

El recuerdo de aquel cuarto llevaba años persiguiéndola. Desde que llegó al *palazzo*, se había sentido muy tensa porque sabía que aquella habitación estaba arriba, en el lado opuesto del edificio.

–¡No puede esperar que me aloje ahí! –exclamó ella horrorizada–. Ni siquiera usted podría…. Eso es cruel… Mucho más. Asqueroso.

Domenico abrió los ojos cuando comprendió las palabras de Lucy. Dio un paso hacia ella.

–No –dijo–. Esa habitación no se ha utilizado desde que mi hermano murió. Hay otra habitación de invitados a su disposición.

–Aun así, no me puedo quedar en esta casa –susurró ella, respirando más tranquilamente–. Me encontraré un lugar en el que alojarme.

–¿Y cómo va a hacer eso con los reporteros esperándola a la puerta? Vaya donde vaya, la seguirán. No conseguirá paz ni intimidad.

En eso tenía razón. Sin embargo, le molestaba profundamente depender de él.

En aquel momento, la puerta se abrió para dejar paso a una doncella que llevaba una bandeja con café y galletas. El aroma del café, que tanto gustaba a Lucy, le hizo sentir náuseas. Como estaba cerca de la ventana giró la cabeza para mirar a la calle y vio a los periodistas. Palideció. ¿Qué era peor? ¿Domenico Volpe o los paparazzi que la perseguirían para conseguir cualquier cosa que pudieran vender?

–Si no le importa, aceptaré la habitación que me ofrece, aunque solo será para asearme un poco –susurró. Necesitaba estar a solas, pensar sobre lo que iba a hacer.

Cuando se dio la vuelta, vio que Domenico la estaba observando. Debería estar ya acostumbrada, dado que el escrutinio al que él la sometía era continuo. ¿Qué era lo que vería? ¿Cuánto era lo que ella podía ocultar?

Apartó la pregunta de su pensamiento. Tenía cosas mejores que hacer que preocuparse de aquello. Nada conseguiría hacer cambiar de opinión a Domenico Volpe.

–Por supuesto. Todo el tiempo que desee. María le indicará el camino.

Lucy se aseguró que no había sido satisfacción lo que había visto en aquella deslumbrante mirada.

–¡No! He dicho que no puedo hablar. Estoy ocupada.

Sylvia levantó la voz tanto que a Lucy le pareció distinguir algo como ansiedad e ira en las palabras de su madrastra. Agarró con fuerza el teléfono.

–Solo quería...

–Bueno, pues yo no quiero. ¡Déjame en paz! ¿No le has hecho ya suficiente daño a esta familia?

Lucy abrió la boca para hablar, pero Sylvia había colgado. Estuvo mucho tiempo escuchando el tono del teléfono. Cuando por fin colgó, los dedos le dolían y tenía los hombros rígidos de haber estado encogida tanto tiempo.

Todo había terminado. Ya no tenía vínculo alguno. La pena se apoderó de ella, pero decidió sobreponerse. Se dijo que era mejor enfrentarse a aquello desde allí que en el umbral cubierto de rosas de la casa que había sido su hogar durante toda su vida.

A pesar de todo, no se lo podía creer. Había llamado a su madrastra esperando que hubiera habido algún error. Que la prensa se hubiera inventado aquella entrevista. Que Sylvia no la hubiera traicionado de aquella manera.

Sus esperanzas se habían hecho añicos. Sylvia no quería tener nada que ver con ella.

Eso dejaba a Lucy sin ningún sitio al que ir. No tenía nada ni nadie, a excepción de un pasado que jamás la dejaría escapar.

Lentamente, levantó la cabeza y miró hacia la puerta que separaba el dormitorio del pasillo del segundo piso.

Había llegado el momento de que se enfrentara a los fantasmas de su pasado.

Lucy no estaba en el dormitorio que él le había proporcionado, pero no había tratado de escapar. Sus guardaespaldas le habrían informado de ello. Solo había un lugar en el que ella podría estar, aunque Domenico no había creído que ella tuviera agallas suficientes como para regresar.

Recorrió el pasillo con largas zancadas hasta la zona del *palazzo* que albergaba los apartamentos de Sandro. La furia se apoderó de él al pensar que Lucy Knight pudiera estar allí, en la habitación en la que le había quitado la vida a su hermano. Era una intromisión que demostraba el desprecio de aquella mujer por todo lo que él y su familia habían perdido.

La puerta estaba abierta, por lo que él atravesó el umbral con los puños apretados y el fuego ardiéndole en la sangre.

Entonces, la vio y se detuvo en seco.

No sabía lo que había esperado, pero ciertamente no era aquello. Lucy Knight estaba acurrucada sobre el suelo, ante la chimenea, con las palmas de las manos apretadas contra el lugar donde Sandro había exhalado su último aliento.

Estaba muy pálida. Tenía los ojos oscurecidos por el dolor. Estaba mirando algo que Domenico no podía ver, algo que le nublaba la vista y la empujaba a la introspección.

El vello de la nuca se le puso de punta. Dio un paso al frente.

Ella levantó la mirada. Domenico se sorprendió al ver la angustia que tenía reflejada en el rostro. Sintió un escalofrío que le recorrió la espalda.

–Lo siento –susurró ella con un hilo de voz–. No debería haber ocurrido... Yo era tan joven y tan estúpida... Jamás debería haberle dejado entrar...

Domenico atravesó la estancia y se agachó junto a ella. ¿Estaba admitiendo lo sucedido? No parecía posible después de tanto tiempo.

–Si no le hubiera dejado entrar, nada de esto habría ocurrido –

musitó ella, temblando–. No hago más que pensarlo... Ojalá no le hubiera escuchado. Ojalá hubiera cerrado la puerta con llave...

Domenico frunció el ceño.

–No tenía necesidad alguna de cerrar la puerta con llave por mi hermano. Me niego a creer que él quisiera abusar de usted.

–No estaba hablando de su hermano –le dijo ella volviendo el rostro para mirarlo–. Estaba hablando de Bruno, el guardaespaldas. No debería haber dejado que Bruno entrara...

Domenico se puso de pie inmediatamente.

–¿Sigue defendiendo esa historia?

Ella recuperó su aire desafiante de antes y se levantó también.

–Yo no cuento historias, *signor* Volpe. Bruno mató a su hermano, pero no se preocupe –dijo–. No lo volverá a oír de mis labios. Estoy cansada de repetirme ante personas que no me quieren escuchar.

Ella hizo ademán de pasar junto a él, pero Domenico le agarró el brazo. Inmediatamente, ella se tensó. Domenico se preparó para enfrentarse a ella, como había ocurrido abajo y casi lo deseó. Sentiría una primitiva satisfacción por dominar aquel fuerte temperamento. Sin embargo, ella se limitó a mirarlo arqueando las cejas.

–¿Quería algo? –le preguntó con voz ácida.

Domenico le miró los labios. Una vez más, se habían vuelto rosados después de que el rostro recuperara su color natural. De repente, sintió algo parecido al deseo. Sintió que se le secaba la boca al ver cómo ella separaba los labios ligeramente, como si tuviera problemas para respirar.

Lucy abrió mucho los ojos y Domenico se dio cuenta de que se había acercado demasiado. Se separó rápidamente y dejó caer la mano como si la piel de Lucy le quemara.

–Quiero saber lo que piensa hacer –le dijo. Ella no era la única afectada por aquel frenesí de los medios de comunicación. Tenía una familia a la que debía proteger.

–Quiero encontrar algún lugar escondido, lejos de todos esos periodistas.

–Puedo conseguírselo –afirmó él.

–¡Aquí no! –exclamó ella.

–No. Aquí no –apostilló Domenico. Tenía fincas en Italia y en el valle de Napa de California, además de una casa a las afueras de Londres. Cualquiera de aquellos lugares le proporcionaría un escondite adecuado hasta que terminara todo aquello.

–En ese caso, acepto su generosa oferta, *signor* Volpe. Me quedaré en el lugar que usted quiera proporcionarme una semana

más o menos, hasta que todo este furor se haya acallado.

Lucy Knight debía de estar más desesperada de lo que parecía. Ni siquiera le había preguntado dónde iba a alojarla. Ni con quién.

Capítulo 4

Lucy se despertó rodeada de silencio. Acurrucada en una amplia y cómoda cama, vestida con impecables sábanas de algodón blanco y las más esponjosas almohadas, se sentía invadida por una increíble sensación de paz.

Se sentía… segura.

¿Quién habría pensado que le debería a Domenico Volpe esa tranquilidad? Una noche de descanso absoluto, sin que nada ni nadie la molestara, hasta bien entrada la mañana a juzgar por el sol que entraba a través de las cortinas. No recordaba siquiera la última vez que había dormido tan plácidamente ni durante tanto tiempo.

Apartó las sábanas ansiosa por ver dónde estaba. La noche anterior, había despegado del helipuerto que había en la azotea del palacio para dirigirse a un lugar desconocido. Domenico Volpe le había dicho simplemente que la llevaría a una de sus casas, en algún lugar en el que pudiera estar alejada de la intromisión de la prensa.

Después de los traumas del día anterior, aquello le había parecido lo mejor. Necesitaba tiempo desesperadamente para lamerse las heridas y decidir qué era lo que iba a hacer. Sin amigos, sin trabajo y con muy poco dinero las perspectivas eran poco halagüeñas.

Cuando apartó las cortinas tuvo que contener el aliento. La fuerte luz del sol la hizo parpadear mientras admiraba la vista de un amplio cielo azul, el mar y una playa de arena blanca más allá del hermoso jardín. Aquello era un paraíso.

Lucy abrió la puerta y salió al balcón. El calor la envolvió. Los pájaros cantaban acompañados por el suave murmullo del mar. Ella contempló asombrada aquella vista, tratando de absorberla en su totalidad. Sin embargo, sus sentidos estaban sobrecargados. La tranquilidad y la belleza de lo que le rodeaba le llenó sin querer los ojos de lágrimas.

Había soñado muchas veces con la libertad, pero jamás había imaginado un lugar como aquel. Agarró con fuerza la barandilla. Eran demasiadas sensaciones que asimilar. Demasiados cambios del mundo gris y monótono que había conocido durante aquellos cinco años.

Un instante más tarde, tomó un albornoz de algodón y se lo puso sobre su raído camisón. Se anudó el cinturón y bajó por la escalera de caracol que salía de su balcón.

Vio una hermosa piscina que parecía fundirse con el mar. El césped le acariciaba los pies mientras se dirigía a la balaustrada desde la que se podía admirar el horizonte. Se detenía una y otra vez para admirar las flores, los rincones inesperados y las modernas esculturas que adornaban el jardín de la imponente mansión.

–¿Quién eres tú? Yo me llamo Chiara y tengo seis años –le dijo una niña en italiano.

Lucy se volvió y se encontró frente a unos ojos oscuros llenos de curiosidad y una alegre sonrisa. Automáticamente, ella sonrió también.

–Me llamo Lucy y tengo veinticuatro años.

–¡Qué vieja eres! –exclamó la niña mientras la observaba desde su escondite, situado entre dos palmeras–. ¿No te gustaría volver a tener seis años?

–Hoy sí –confesó. Sería maravilloso poder disfrutar de todo aquello sin preocuparse por un futuro que se adivinaba muy sombrío.

–¿Quieres jugar conmigo?

Lucy se tensó. ¿Quién querría que su hija jugara con una exprisionera?

–Es mejor que hables primero con tu mamá. No deberías jugar con desconocidos, ¿lo sabes?

La niña la miró muy sorprendida.

–Pero tú no eres una desconocida. Tú eres amiga de Domi, ¿verdad?

–¿Domi? Yo no conozco a...

–Esta es su casa –dijo Chiara–. La casa y el jardín. La isla entera.

–Entiendo, pero no debo jugar contigo a menos que tu madre nos dé permiso.

–¡Tío Rocco! –gritó la niña, refiriéndose a alguien que estaba a espaldas de Lucy–. ¿Puedo jugar con Lucy? Ella dice que no puedo a menos que mamá me dé permiso, pero mamá no está.

Lucy se dio la vuelta. Vio el rostro impasible del guardaespaldas al que le había dedicado sus insultos el día que salió de la cárcel. ¿Tenía que ser precisamente él? Su rostro se cubrió de rubor.

–Eso lo tiene que decidir la *nonna*, pero no puede ser hoy. La *signorina Knight* acaba de llegar. No puedes molestarla –le dijo a la pequeña. Entonces, la tomó de la mano y, tras despedirse de Lucy con una inclinación de cabeza, se la llevó a la casa.

Lucy se giró para admirar el mar. Seguía siendo hermoso, pero había perdido parte de su encanto. Al menos Rocco no se había mostrado horrorizado porque su sobrina estuviera con una homicida. Sin embargo, se había apresurado a apartarla de su presencia.

El dolor le atenazaba el pecho y le impedía respirar. Por muy previsible que hubiera sido la reacción del guardaespaldas, Lucy se sentía muy dolida.

Los años la habían endurecido. La ingenua e inocente Lucy había desaparecido hacía mucho para dar paso a una mujer que contemplaba el mundo con cinismo y desconfianza. Sin embargo, las últimas veinticuatro horas habían sido una revelación.

Se había enfrentado a los paparazzi, a Domenico Volpe, se había enterado de la traición de Sylvia y se había enfrentado al lugar en el que su vida había cambiado irrevocablemente. Por último, había visto como el instinto de un hombre lo empujaba a proteger a su sobrina... de ella.

Había tardado años en construir las barreras que la protegían del sufrimiento. Había tomado la decisión de no volver a experimentar nunca el terror y el dolor de sus primeros años en prisión. Hasta aquel momento, esas barreras la habían protegido perfectamente.

¿Quién habría pensado que aún tenía la capacidad de experimentar sufrimiento?

Ella estaba apoyada sobre la barandilla, con los ojos fijos en la tierra firme que se adivinaba en la distancia.

Domenico observó los hombros caídos, la suave curva de los brazos. Le recordó a la angustia que había visto en ella el día anterior, en la que había sido su antigua habitación en el *palazzo*. Ambas visiones despertaban en él un instinto de protección que jamás habría esperado sentir con aquella mujer.

En realidad, casi se había visto convencido por el dolor que había visto en sus ojos. Sin embargo, ella le había sacado muy pronto de su error. Tan solo había sido un acto, astuto y deliberado, para hacerle creer su historia de inocencia.

¿Inocente? ¿La mujer que había seducido a su hermano para luego matarlo?

En una ocasión, le había parecido sentir una conexión con aquella muchacha. Sin embargo, antes de que pudiera caer por completo en su hechizo, la tragedia y la dura realidad habían intervenido para revelar su verdadera naturaleza.

Recordó el juicio. La declaración del jefe de seguridad de Sandro y de Pia, la viuda de Sandro. Los dos afirmaron que Lucy Knight había seducido deliberadamente a Sandro. Cuando se hizo evidente que la relación de Lucy con Sandro era primordial para el caso, ella había solicitado que le hicieran una prueba médica para demostrar su virginidad.

La acusación había argumentado con éxito que lo que importaban eran sus intenciones, no si la relación se había consumado o no. Al final, se terminó por desechar la posibilidad de una prueba médica, aunque, durante un tiempo, ella pareció ganarse la simpatía de la sala a pesar del resto de las pruebas.

Observó las piernas desnudas, los pies descalzos sobre la hierba y algo le palpitó en el pecho. ¿Estaría desnuda bajo el albornoz? El cuerpo se le tensó. El pulso se le aceleró. Y se maldijo por ello.

No debía desear a Lucy Knight.

De repente, como si ella presintiera su presencia, se dio la vuelta.

–¿Qué está haciendo aquí? –le preguntó en tono desafiante.

–Esta es mi casa. ¿Acaso se ha olvidado?

–Usted me dio a entender que estaría aquí sola.

–¿Sí? ¿Está segura? No alcanzo a ver lo que mis planes de viaje tienen que ver con usted –dijo, sin decirle que había llegado aquel mismo día.

Lucy se limitó a observarlo atentamente, como si estuviera preparándose para la batalla.

–Ha venido para asegurarse de que no robo la plata –comentó ella.

–Eso se lo dejo a mi equipo de seguridad –replicó él..

–¿Qué es lo que quiere de mí?

–Tengo cierto asunto del que hablar con usted, pero...

–¡Ja! ¡Lo sabía! –exclamó ella cruzándose de brazos. Domenico tuvo que contenerse para no centrar la mirada en el delicioso abultamiento de sus pechos.

–¿Qué era lo que sabía?

–Que era demasiado bueno para ser verdad –replicó ella–. Nadie da nada sin pedir algo a cambio. Y mucho menos usted –añadió mirándolo de arriba abajo con cierto desprecio.

–Está aquí, ¿no? A salvo de los medios.

–Pero, ¿a qué precio? –le preguntó ella dando un paso al frente–. Esta oferta tiene sus condiciones, ¿verdad? Un precio que tengo que pagar.

–Soy un hombre de palabra –replicó–. Le he ofrecido un

santuario y lo tiene. No hay condiciones.

–¿Significa eso que soy libre para marcharme?

Domenico dio un paso atrás y señaló los barcos que había atracados en la bahía.

–Incluso le proporcionaré medio de transporte.

–Pero me quiere lejos de la atención del público.

–Por supuesto. Sin embargo, no la tengo prisionera. En este país hay leyes. Si decide quedarse... podemos hablar de ese asunto cuando esté vestida –dijo mientras consultaba su reloj. Eran las once–. ¿Qué le parece a mediodía?

–¿Por qué retrasarlo? Preferiría saber ahora mismo qué es lo que quiere.

–No está vestida para hablar de negocios.

Lucy se colocó las manos en las caderas. Su pose resultaba desafiante y provocadora a la vez.

–¿Estaría usted más cómodo si yo llevara puesto un traje? ¿Por qué no me lo puede decir ahora?

Una vez más, ella arqueó las delicadas cejas, como si, en silencio, se estuviera riendo de él.

Algo saltó dentro de Domenico. Se acercó a ella para inhalar el aroma a jabón y la delicada fragancia de su carne. Lo suficientemente cerca para poder tomarla entre sus brazos si así lo quería. En vez de eso, apretó los puños contra los costados.

Lucy se negó a moverse, a pesar de que eso significaba que tenía que echar la cabeza atrás para mirarlo. El deseo se despertó en el vientre de Domenico. Por un lado, admiraba el valor de aquella mujer y, por otro, la odiaba por ello.

La miró fijamente a los ojos y el pulso se le aceleró una, dos y tres veces. Ella tragó saliva, pero no apartó la mirada.

Los segundos fueron pasando. Lucy tenía las pupilas dilatadas. Los pechos le levantaban rápidamente por la acelerada respiración, aunque no llegaban a rozarlo a él. Ella le devolvía la mirada con gesto desafiante. No era ninguna criatura tímida o inocente.

No obstante, no mantenía una actitud tan distante como quería aparentar. Domenico vio cómo temblaba ligeramente. Cómo sacaba la lengua para lamerse los labios. Entonces, él reprimió una sonrisa. Aquello no era indicativo de que deseara seducirlo, sino simplemente que la boca se le había secado. ¿Por nervios o por excitación?

Domenico se acercó un poco más. Vio cómo ella parpadeaba. El pulso se le aceleró aún más.

Sin dejar de mirarla, extendió la mano y le tiró del cinturón del

albornoz. Ella se tensó aún más, pero no se apartó.

Domenico inclinó la cabeza y vio cómo los labios de Lucy se suavizaban. Cómo abría los ojos y algo brillaba dentro de ellos. ¿Miedo o anticipación?

–En mi despacho dentro de una hora. Se distraerá usted mucho menos si está adecuadamente vestida.

Con eso, se dio la vuelta y se marchó.

Lucy recuperó el aliento. El corazón le latía con tanta fuerza en el pecho que parecía que iba a atravesarle las costillas.

Se echó a temblar a pesar del calor que sentía por dentro. Los pezones se le habían puesto erectos por el deseo y tenía húmeda la entrepierna. Y todo ello solo por el modo en el que la había mirado.

¿Cómo era posible?

Se sentía asombrada, furiosa y avergonzada. Su cuerpo la había traicionado. Y lo peor era que él se había dado cuenta.

Había visto cómo se le reflejaba el triunfo en la mirada cuando le desabrochó el cinturón.

Con manos temblorosas, se lo volvió a abrochar, con más fuerza en aquella ocasión, aunque ya no servía de nada. Él ni siquiera había mirado atrás, tan seguro estaba de haber conseguido lo que quería. Sabía que ella era vulnerable hacia él. Sabía que ella lo deseaba.

Este hecho hizo saltar por los aires la seguridad que ella tenía en sí misma. Quería fingir que no era verdad. Sin embargo, ocultarlo no la llevaría a ninguna parte. Tenía que enfrentarse a ello.

Se aseguró que aquello no tenía nada que ver con Domenico Volpe. Que la atracción que había sentido en el pasado por él había desaparecido. No era Domenico en sí, sino lo que representaba. Un hombre masculino y viril que la excitaba. ¿Quién no lo estaría ante tan potente masculinidad?

Lucy llevaba mucho tiempo apartada de los hombres. Simplemente, su cuerpo le recordaba que seguía siendo una mujer. Eso era todo.

Prefirió no pensar que no había sentido nada parecido a aquello por Rocco.

Fuera lo que fuera, no tenía intención alguna de sucumbir a la debilidad. Y él lo sabría muy pronto.

Cuando Lucy entró en el despacho, Domenico estaba sentado

tras su enorme escritorio. Como era de esperar, había adoptado la posición de poder. Lucy lo había visto en demasiadas ocasiones como para ignorar la táctica.

Él apartó la mirada del ordenador para examinarla. Se fijó en la falda vaquera y en la camisa azul que le hacía juego con los ojos. Era la más bonita que ella tenía y siempre le había hecho sentirse muy segura de sí misma. Por supuesto, estaba ya muy pasada de moda y le estaba algo ceñida alrededor del busto, pero era lo mejor que tenía para vestirse.

La mirada de Domenico le dijo que no se sentía muy impresionado.

–Creo que tenía algún asunto del que hablar conmigo –dijo ella mientras tomaba asiento en la butaca que quedaba al otro lado del escritorio y cruzaba las piernas para mostrar su relajación.

Domenico pareció prendado por aquel movimiento, lo que hizo que ella sintiera una profunda satisfacción. Parecía que él no era tan distante como parecía. Este hecho le dio esperanza.

–Sí –respondió él–. Tengo una propuesta para usted.

–¿De verdad? Habría pensado que yo era la última mujer a la que le haría usted una proposición, *signor* Volpe. Le ruego que me la diga. Soy toda oídos.

–Usted quiere intimidad y paz lejos de la prensa. Yo la quiero a usted lejos de la atención pública. Nuestros intereses coinciden.

–¿Y?

–Por lo tanto, me gustaría conseguir que la situación fuera permanente.

–No lo comprendo.

Domenico le entregó un documento.

–Léalo y lo entenderá. He hecho que lo redacten en inglés.

–Qué considerado –replicó ella sin entusiasmo alguno. Tal vez había pensado que su italiano, aprendido entre rejas, era inadecuado. No sabía las horas que se había pasado estudiando documentos legales en italiano.

Tomó el papel. Se trataba de un contrato. Casi no se podía creer lo que estaba leyendo.

–Veo que está usted muy desesperado por mantenerme callada –le dijo cuando hubo terminado de leer.

–Yo no diría eso.

–¿No? Muchas personas se quedarían asombradas si supieran lo mucho que me está ofreciendo para evitar que hable.

–¿Es eso una amenaza? –le espetó él.

–No, *signor* Volpe. Simplemente una observación.

–Y yo simplemente quiero paz para mi familia. No me podrá decir que la oferta no es generosa.

–¿Generosa?

La cifra que aparecía en el documento era astronómica. Bastaría para empezar la nueva vida que ella tanto anhelaba, para poder establecerse inmediatamente sin tener que depender de su familia. Mirada de ese modo, la oferta resultaba tentadora.

–La condición es que no hable de su hermano, de la esposa de este, del hijo de ambos, de su casa, de usted, de nadie asociado con su familia ni del juicio. Tampoco puedo hablar de mi estancia en la cárcel ni de procedimiento legal alguno. Es decir, se me impedirá realizar comentario alguno sobre lo que me ha ocurrido durante el resto de mi vida.

–Tiene que ganarse el dinero que le estoy ofreciendo.

–¡Ganarme el dinero! –exclamó ella tratando de contener la ira que se había apoderado de ella. Entonces, empujó el documento hasta el otro lado del escritorio–. Mi respuesta es no.

–¿Cómo dice?

–Que no me interesa.

–Debe de estar bromeando. Necesita dinero.

–¿Cómo lo sabe? No me irá a decir ahora que ha podido conseguir tener acceso a mis cuentas bancarias. Eso sería un delito... –añadió meneando la cabeza.

–Si espera una oferta mejor –repuso él conteniendo la ira–, tendrá que esperar sentada. Es una oferta justa.

–¿Justa? Ninguna oferta es justa si no puedo contar mi lado de la historia. ¿De verdad espera que me olvide de lo que me ocurrió? –le preguntó con incredulidad–. Si aceptara su maldito dinero sería lo mismo que admitir mi culpa.

–¿Y?

–¡Maldito sea, Domenico Volpe! –exclamó ella mientras se ponía de pie y lo atravesaba con una mirada de desprecio–. Me niego a tranquilizar su conciencia o la de su cuñada.

Domenico se levantó también.

–¿Qué es lo que está usted implicando?

–No se haga el ingenuo. La influencia de su familia fue lo que me condenó.

–¿Tiene el valor de sugerir que el juicio no fue justo?

–¡Venga ya! ¿Qué posibilidad tenía yo con un abogado de oficio sin experiencia contra su poder y su influencia?

–Las pruebas la acusaban sin duda alguna.

–Pero no fue eso lo que ocurrió.

–Sería mejor que firmara...

–¿Quién está amenazando ahora? –le preguntó ella mirándolo a los ojos con dureza.

Entonces, se inclinó sobre el escritorio y, con gesto deliberado, estuvo a punto de rozarle la mejilla con los labios. Él abrió los ojos de asombro. Lucy se preguntó si ella habría tenido el mismo gesto en el rostro cuando él le desabrochó el cinturón.

–Yo no respondo ante las amenazas –afirmó, acariciándole con sus palabras la bien afeitada mejilla–. La respuesta sigue siendo no.

Capítulo 5

Maldita mujer.

Domenico andaba por su despacho, furioso consigo mismo por no haber podido romper la obstinación de Lucy Knight.

Le molestaba tener que darle nada, pero era el único modo de evitar que vendiera su historia. De otro modo, ¿qué intimidad podrían tener Pia y Taddeo? El escándalo se prolongaría durante años y perseguiría a Taddeo cuando aún era un muchacho.

El dinero era la herramienta evidente para conseguir lo que quería. Y ella lo necesitaba desesperadamente.

Recordó que una semana antes de que Sandro muriera, Lucy Knight se había encontrado con Domenico en una exposición de joyería barroca. Él estaba supervisando la inclusión de algunas joyas familiares, pero se había visto muy distraído por los encantos de la encantadora au pair, que tan fácilmente se sonrojaba. Había sido el hecho de que ella dudara en aceptar la invitación que Domenico le hizo para tomar café lo que lo había enganchado por completo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que una mujer fingió siquiera resistírsele?

El café había dado pie a un paseo por el Foro, un almuerzo en una íntima *trattoria* y una tarde visitando las maravillas de la ciudad. Se había divertido más de lo que podía recordar con una mujer que, entonces, era solo Lucy para él y Domenico para ella. Una mujer que lo miraba con evidente admiración y que temblaba de inocencia porque él le tomara la mano. Era inteligente, divertida y sincera, lo suficiente para hacerle creer que había encontrado a alguien muy especial.

Ella evocaba en él una mezcla de sentimientos. Pasión, delicia y una sorprendente caballerosidad que le había impedido llevársela a la cama aquel mismo día a pesar de que lo que había entre ellos era ardiente y vibrante.

Lucy no se había parecido en nada a ninguna otra mujer que él hubiera conocido. El impacto que produjo en él fue tan profundo que él le había sugerido que volvieran a verse cuando él regresara a Roma.

Durante su estancia en Nueva York, había estado contando las horas para su regreso. Entonces, vio a Lucy en las noticias, cubierta

con la sangre de su hermano, mientras la policía la conducía a la comisaría.

Pia y el personal de Sandro se encargaron de contarle la verdad sobre Lucy. Ella había seducido a su hermano y había presumido del poder que ejercía sobre él. Debía de haber sabido quién era Domenico en la galería y lo había preparado todo para encontrarse con él. ¿Por qué conformarse con Sandro, cuya esposa ya estaba al tanto de la aventura que los dos tenían, cuando el hermano pequeño, igual de rico y además soltero, estaba disponible?

Domenico se mesó el cabello. Se había prendado de ella con una facilidad que lo avergonzaba y lo enfurecía a la vez.

No. Ella misma se había buscado el resultado del juicio.

A pesar de todo, no podía refrenar la atracción que sentía por ella. La delicadeza de sus rasgos le llamaba la atención sin que pudiera evitarlo. Había estado observándola toda la tarde. Ella parecía fascinada por el jardín, aparentemente contenta por la tranquilidad que reinaba allí. Eso le hizo pensar cómo habría sido su vida en prisión como para anhelar tanto la soledad.

Una vez más, se reprendió por el interés que sentía por aquella mujer. Ella no debería significar nada para él, solo un problema que debía solucionar. Sin embargo, se sentía intrigado.

El sol de la tarde se le reflejaba en el cabello, haciendo que este brillara como si fuera de oro. Respiraba profundamente, disfrutando del calor, de manera que los senos le subían y bajaban suavemente, atrayendo así la atención de Domenico.

De repente, se tensó, giró la cabeza y adquirió una postura defensiva. Su tensión era evidente cuando Rocco se le acercó desde la casa. El guardaespaldas le ofreció un sombrero de ala ancha. Durante un momento, ella no pareció dispuesta a aceptarlo. Entonces, Rocco le habló y ella pareció tranquilizarse. Tomó el sombrero y se lo puso. Rocco volvió a hablar y ella sacudió la cabeza. ¿Se estaba riendo?

Domenico observaba la escena, completamente fascinado. Lucy Knight se mostraba muy cautelosa con respecto a él o a los miembros de su equipo de seguridad. Verla relajada y riéndose... ¿Por qué? ¿Porque Rocco le había ofrecido un sombrero para que se protegiera del sol? Era un gesto sencillo que habría hecho cualquiera.

Estaban charlando. Ella debía de estar preguntándole sobre la geografía de la zona porque Rocco señalaba hacia tierra firme mientras Lucy asentía. Se iba acercando cada vez un poco más.

Domenico frunció el ceño. No le gustaba la incomodidad que

sentía al verlos juntos. Recordó cómo se le había iluminado el rostro a Lucy cuando la doncella le sirvió un delicioso tiramisú de postre y le dijo que era la especialidad de la cocinera y que ella lo había preparado para darle la bienvenida. Lucy respondió con sorpresa y alegría y, más tarde, se molestó en decirle a la doncella lo mucho que el postre le había gustado.

¿Tan poco acostumbrada estaba a las muestras de consideración o de amabilidad? No era de extrañar, teniendo en cuenta cómo había vivido los últimos cinco años de su vida.

¿Qué era lo que le había dicho a él cuando rechazó su oferta? Que no respondía a las amenazas.

Domenico había visto su orgullosa actitud de desafío, su altivez y su necesidad casi destructiva por afirmar su independencia. Recordó el modo en el que se había enfrentado a los paparazzi.

Si las amenazas no funcionaban... ¿qué era a lo que Lucy Knight respondía?

Tal vez había otra manera de conseguir lo que Domenico quería.

En vez de la exigencia, podría ser que la persuasión fuera más eficaz. ¿No se decía que las moscas se cazan mejor con miel que con hiel?

Lucy cerró los ojos y escuchó el suave zumbido de las abejas en el jardín, acompañado por el susurró de las olas. Se sentía tan adormilada... Por primera vez en muchos años, no había necesidad de estar constantemente en guardia. Resultaba fácil relajarse allí, demasiado, dado que tenía un futuro que organizar y decisiones que tomar. Debería...

–Me pareció que la encontraría aquí.

Lucy se sentó bruscamente en la tumbona. Su anfitrión se interponía entre ella y el sol. Durante un instante, vio tan solo una imponente silueta, descaradamente masculina con anchos hombros, largas piernas y poderosa cabeza. El corazón se le aceleró con algo que no tenía nada que ver con la sorpresa.

Hizo ademán de ponerse de pie.

–No se muevas –dijo él. Entonces, se sentó en la hamaca que había al lado.

Lucy se sentó muy erguida y lo observó llena de sospecha.

–Pensé que debería llevarla de paseo por la finca.

–¿Por qué?

–Bueno, si se va a quedar un tiempo debería conocer todo esto.

–Usted no quiere pasar tiempo a mi lado –repuso ella–. ¿Por qué

me sugiere esto?

–Bueno, es usted una invitada en mi casa y…

–Eso lo dudo. Más bien un problema.

–Yo la invité aquí y, como anfitrión, tengo la obligación de garantizar su seguridad.

–¿Seguridad? –repitió ella con incredulidad mientras observaba el encantador jardín.

–Sí. Hay ciertas cosas sobre las que hay que tener cuidado, como por ejemplo un viejo pozo o zonas de profundos agujeros entre las rocas de la montaña.

–Si cree que es necesario, por supuesto.

–*Va bene* –dijo él. Se puso de pie y extendió una mano.

Lucy fingió no darse cuenta. Lo último que necesitaba era contacto físico con un hombre cuya presencia le aceleraba los sentidos.

Se puso de pie rápidamente y se sacudió la falda.

–Lo primero que debe recordar es llevar puesto un sombrero en todo momento.

–¿Como usted? –preguntó señalando el cabello oscuro reluciendo bajo el sol.

–Yo estoy acostumbrado a los veranos del sur y tengo la piel adecuada para este tiempo –replicó él con una deslumbrante sonrisa. Tenía razón, su piel estaba muy bronceada y hacía destacar los rasgos de su rostro–. Por el contrario, usted…

–He estado entre rejas –completó ella.

–No debería terminar las frases de otras personas. Iba a decir que tiene una piel muy delicada y sin mancha alguna –añadió, contemplándole el rostro de una manera que provocó un extraño hormigueo en la piel de Lucy–. Tiene el lustre de las perlas, con un ligero toque rosado.

Lucy se giró hacia él con las manos en las caderas, dispuesta a acusarle de burlarse de ella. Ya no era la muchacha inocente a la que se podía seducir con bonitas palabras.

Sin embargo, el gesto que vio en el rostro de Domenico le dejó sin palabras. No había mofa en su rostro. Parecía mirarla con asombro, como si estuviera también sorprendido por las palabras que acababa de pronunciar.

Los ojos oscuros la miraron, caldeándole la sangre. Algo restalló entre ellos, algo parecido a la electricidad estática, algo que le puso a Lucy el vello de punta y le secó la boca.

Los dos se separaron bruscamente.

Lucy no era la mujer que él había pensado que conocía.

Domenico observó cómo ella recorría el polvoriento sendero que los llevaba por la isla con entusiasmo, como si realizar aquella actividad fuera una de sus prioridades. Observaba con entusiasmo las espectaculares vistas y el paisaje que él siempre había adorado tanto.

¿Qué había pasado con la mujer que cobraba vida con las luces brillantes y la atención de los hombres, que tan solo buscaba joyas caras y la emoción de la vida en la ciudad? ¿Estaba ocultando su aburrimiento? Si era así, lo estaba haciendo muy bien. Tenía un aspecto relajado, joven, dulce. Resultaba peligrosamente atractiva. Había algo en ella que no había vuelto a ver desde el día en el que se conocieron. Domenico se sentía completamente fascinado.

¿Cómo podía ser? No podía olvidarse de su hermano. Cualquier interés que pudiera sentir por ella debería ser imposible

–¿Es eso un castillo en ruinas? –le preguntó ella.

–Así es.

–Sin embargo, usted decidió construir su casa en el lado opuesto de la isla.

–Allí se está mejor. Ese castillo se construyó para defender la isla, no para disfrutarla.

–Resulta extraño... Yo habría dicho que usted es alguien que preferiría reconstruir las posesiones familiares en vez de empezar de cero. Después de todo, vive en el *palazzo* que su familia tiene en Roma.

–¿Cree que me importa mucho la tradición?

–No lo sé. No le conozco.

–Solo porque honre a mi familia no significa que viva en el pasado.

Domenico se apoyó contra un muro, tras el cual había una profunda garganta. Con unos vaqueros que se ceñían a sus poderosos muslos y una camiseta de manga corta que dejaba al descubierto la fuerza de sus poderosos antebrazos, él tenía un aspecto muy real. Demasiado terrenal y demasiado sexy. Lucy jamás lo había visto así.

–Yo habría dicho que usted preferiría el castillo.

–¿Para gobernar a mis súbditos?

–No, pero, dado que la tradición familiar significa tanto para usted, podría restaurarlo.

–Ah, pero este lugar es una adquisición, no una herencia. Lo compré hace años para celebrar mi primer éxito.

–¿Éxito?

–Sí. ¿Acaso pensaba que los Volpe no tenemos que trabajar? ¿Que vivimos de las rentas sin hacer absolutamente nada? –le preguntó. Lucy no respondió–. Veo que eso es exactamente lo que piensa. Nos considera unos parásitos y unos vagos, ¿verdad?

–En absoluto. Sé que su riqueza comenzó con su herencia, pero usted se labró su propio futuro como empresario. Tiene reputación de trabajar muy duro y de tener una suerte fenomenal.

–No se trata de suerte, sino de cálculos muy cuidadosos.

Lucy se encogió de hombros.

–Sea cual sea la razón, en los mercados se le llama *Il Volpe,* el zorro. Y con razón.

–Resulta fascinante que sepa tanto sobre mí –dijo él, con voz tan suave como el terciopelo.

Instintivamente, Lucy dio un paso atrás. Solo uno. Nunca cedía terreno. Aquello era una invitación para que la avasallaran.

–Me pareció prudente saber a lo que me enfrentaba.

–No había ningún conflicto entre nosotros –replicó él muy sorprendido.

–¿No? La influencia de su familia me puso entre rejas.

–A ver si dejamos una cosa muy clara –dijo él bastante molesto–. Mi familia no hizo nada más que esperar el resultado del juicio. ¿Qué está usted implicando? ¿Que amañamos el resultado del juicio? ¿Que sobornamos a la policía o a los jueces? Fueron las pruebas la que la condenaron, señorita Knight. Nada más. Le doy mi palabra. Nosotros nos movemos dentro de la ley. ¿Acaso no me cree? –le preguntó él al ver que Lucy no respondía.

La verdad era que no lo sabía. No había duda alguna de que ella había estado en desventaja por la calidad de su abogado comparado con los de la acusación. Además, estaba la evidente simpatía que todo el mundo sentía por Pia, la hermosa viuda y joven madre. Por si esto fuera poco, estaba Bruno Scarlatti, el guardaespaldas de Sandro y principal testigo de la acusación. Era expolicía y, como tal, había brillado en el tribunal. Su testimonio había sido claro y preciso, carente por completo de sentimientos. Fue ese testimonio lo que hundió a Lucy y puso en su contra al tribunal.

–Yo... no lo sé.

–No estoy acostumbrado a que se dude de mi palabra –afirmó él.

–Créame si le digo que esa sensación no se hace más llevadera con el tiempo.

Domenico se dio cuenta de que estaba hablando sobre sí misma. Lucy estuvo a punto de soltar una carcajada, pero no lo hizo.

Después de tanto tiempo, llevar la carga de la culpabilidad era como llevar una herida abierta. Era algo que había cambiado su vida irrevocablemente.

Se dio la vuelta. Su disfrute del paseo había quedado olvidado.

–Espere –le dijo él.

–¿Qué? –le preguntó ella volviéndose de mala gana para mirarlo.

–Esto… no sirve de nada.

–¿Y?

–Por lo tanto, propongo una tregua. Tú serás mi invitada y yo te trataré como tal. Tú, a tu vez, me corresponderás. No habrá más acusaciones por parte de ninguno de los dos.

¿Le decía aquello para suavizarla y conseguir que firmara el papel o tal vez era porque Domenico había comenzado a dudar de su culpabilidad? En absoluto. Eso era imposible. Sin embargo, la paz era lo que realmente ansiaba.

–De acuerdo –dijo ella. Extendió la mano y Domenico, tras un instante de duda, se la estrechó.

Lucy lo lamentó inmediatamente. El fuego saltó entre ellos y se le extendió por todo el cuerpo. Se preguntó si él también lo habría sentido. Su rostro se había tensado.

–¿Te parece si me llamas Domenico? Y yo te llamaré Lucy.

El tiempo pareció volver atrás, como si estuvieran de nuevo en Roma y se hubieran encontrado por casualidad en una exposición.

–No creo que…

–Así sellaremos nuestra tregua –insistió él mirándola fijamente.

–Está bien.

Lucy se negó a sentirse emocionada por algo que hubiera hecho Domenico, en especial algo tan trivial.

Sin embargo, no le parecía trivial en absoluto. Le parecía… Trató de encontrar la palabra que describiera las sensaciones que había estado experimentando, pero fracasó.

Entonces, él asintió y le soltó la mano. A pesar de todo, Lucy siguió sintiendo la huella de la mano de Domenico en la de ella. Notaba también un hormigueo por la espalda al recordar el modo en el que él había pronunciado su nombre con aquel delicioso acento italiano.

Tenía la incómoda sensación de que acababa de cometer un error.

Capítulo 6

Mientras caminaban de regreso a la casa, los dos permanecieron en silencio. La luz del atardecer alargaba sus sombras y, por primera vez en semanas, Domenico sintió algo parecido a la paz.

Paz con Lucy Knight a su lado.

Sus negocios estaban en un punto en el que estaría dedicándoles todas las horas del día. Además, estaba la respuesta histérica de Pia a los últimos artículos publicados y estaban también sus propios sentimientos sobre la puesta en libertad de la asesina de su hermana

Y, sin embargo, allí estaba, paseando con ella en el lugar en el que se refugiaba de las constantes exigencias de su vida. ¿Estaba loco por haberla dejado ir allí?

Sin embargo, demasiadas cosas estaban en juego. Tenía que convencerla.

De repente, ella se detuvo. Domenico se volvió para ver lo que estaba haciendo y vio que ella se había quitado las sandalias y que había empezado a caminar descalza sobre la orilla de la playa, dejando que las olas le acariciaran suavemente los tobillos. Tenía un aspecto... muy atractivo. El pulso se le aceleró.

Ella se dio cuenta de que la estaba observando y lo miró. Instintivamente, Domenico se acercó. ¿Iba ella a acceder a lo que le había pedido? Sabía que era mejor no meterle prisa.

–Lucy... –dijo. Le gustaba pronunciar aquel nombre. Demasiado. Aquello era un asunto que debía resolver. Nada más. Un asunto que concernía a su familia.

–Yo...

–¿Sí? –preguntó él con expectación. No era propio de ella dudar. Iba siempre directa al grano.

–Jamás te lo dije, pero...

Domenico sintió que se le tensaba el vientre. No había lógica alguna en el hecho de que ella lo turbaba mucho más que otra mujer.

–Lo siento. Normalmente me muestro mucho más coherente.

–Ni que lo digas.

Lucy lo miró a los ojos.

–Sé que acordamos no hacer más acusaciones y comprendo que no hay razón alguna en seguir insistiendo en mi inocencia, pero hay

algo que tienes que saber…

Se detuvo casi como si estuviera esperando que él la interrumpiera, pero Domenico no tenía intención alguna de hacerlo.

–Siento mucho lo de tu hermano. Su muerte fue una verdadera tragedia para su esposa, para su hijo y para toda su familia. Era un hombre bueno, cariñoso. Siento mucho que él muriera y siento haberme visto implicada en su muerte.

–Gracias –susurró con voz ronca por la emoción que le habían producido aquellas palabras. Su dolor parecía haberse renovado, pero, con el dolor, experimentó algo muy parecido a la paz–. Te estoy muy agradecido.

–Me alegro –musitó ella. Entonces, giró la cabeza y comenzó a mirar el mar–. Escribí a tu cuñada hace algún tiempo y le dije lo mismo. No estoy segura de que leyera la carta.

–¿Escribiste a Pia? –le preguntó asombrado. Su cuñada no le había dicho nada.

Miró a Lucy, a la mujer que tan bien había creído conocer y le pareció que no la conocía en absoluto. Ella lo confundía una y otra vez, haciéndole sentir emociones completamente inesperadas.

Un día más tarde, Domenico estaba de pie junto a la ventana de su despacho. El sonido de unas carcajadas le había apartado de su ordenador.

Sobre la zona pavimentada que había junto a las escaleras que llevaban a la playa, estaban Chiara y Lucy. Ella iba vestida de nuevo con su falda vaquera y su camisa azul. Se inclinaba para marcar las piedras con una tiza. A Domenico le resultaba imposible apartar los ojos de la tela vaquera que se le tensaba sobre el firme trasero.

–¿Me ha llamado, jefe? –le preguntó Rocco tras llamar a la puerta del despacho.

–¿Has visto con quién está jugando tu sobrina?

–Se llevan muy bien, ¿verdad?

Domenico frunció el ceño.

–¿No te preocupa que Chiara esté jugando con una mujer que estuvo en prisión por matar a un hombre?

Se produjo un largo silencio. Domenico se volvió a mirar a Rocco.

–El pasado, pasado está, jefe. Incluso el juez dijo que no fue premeditado. Además, ella adora a los niños. Todo el mundo lo ve. *Mamma* le deja jugar con Chiara. No hay más que decir.

La *mamma* de Rocco era una mujer implacable, astuta y excelente juez de carácter. Llevaba siendo ama de llaves de los Volpe desde hacía más de treinta años y, junto con Sandro, había criado a Domenico tras la muerte de sus padres.

–Tal vez la *signorina* Knight no es la mujer que usted cree.

Domenico se tensó. No necesitaba los consejos de Rocco, aunque fuera el mejor jefe de seguridad que había tenido nunca. No obstante, no podía desacreditar sus palabras.

¿Estaban hablando de la misma mujer que, años atrás, había sido acusada de seducir a su hermano casi bajo las narices mismas de su esposa? Si no hubiera experimentado de primera mano lo poderosa que era su estrategia de seducción, jamás habría creído que Sandro pudiera ser infiel.

Entonces, ella solo tenía dieciocho años. ¿La habían cambiado los últimos años en la cárcel?

Lo que él mismo había visto le recordaba a la muchacha que había llamado su atención, aunque era más dura y mucho más segura de sí misma. La frustración se apoderó de él. No estaba acostumbrado a la incertidumbre, ni en los negocios ni con las mujeres. Normalmente, su instinto en ambos casos le funcionaba muy bien.

¿Estaba viendo lo que quería ver? Mejor aún, ¿veía lo que ella quería que él viera? Una tensión desconocida se apoderó de Domenico. Ella había sido capaz de hacerle dudar donde antes había estado completamente seguro.

¿Por qué mantenía su inocencia después de tanto tiempo? Una vez más, recordó al inexperto abogado de oficio que la defendió. ¿Habría sido el veredicto diferente con un abogado mejor?

La incomodidad se apoderó de él.

Sabía que su curiosidad tenía tanto que ver con la atracción como con la necesidad de comprender. Su interés en todo aquello tenía que ver más con evitar que Lucy Knight fuera hablando de lo ocurrido y hacer daño así a su familia.

Desgraciadamente, el asunto de había convertido en algo mucho más personal.

Lucy caminaba de regreso a la casa cuando una persona se interpuso en su camino.

–¿Te gustaría venir a bucear conmigo?

La sospecha se apoderó de ella. Efectivamente, Domenico y ella habían accedido a firmar una tregua. Él le permitía moverse con

libertad por la finca e incluso el acceso a Internet para que ella pudiera buscar un trabajo, como si alguien fuera a contratarla con su pasado. Sin embargo, llevarla de excursión...

–No, gracias. Debería mirar mi correo electrónico.

–Eso lo puedes hacer cuando regresemos. Vamos, estará bien salir de la isla.

–¿Por qué?

–Porque estoy harto de correos electrónicos, indicadores de actuación y de informes financieros. Ha llegado la hora de tomarse un respiro –dijo él. Esbozó una amplia sonrisa que le dibujó un hoyuelo en la mejilla.

Lucy se quedó sin respiración. Era tan atractivo...

–Yo debería...

–No me estarás evitando, ¿verdad, Lucy?

–¿Y por qué iba yo a hacer algo así?

–Tal vez porque te pongo nerviosa.

Tenía razón. Por mucho que Lucy se dijera que Domenico no tenía poder alguno sobre ella, sabía que no era verdad. Más que miedo, era la atracción por un hombre tan atractivo y tan fascinante.

–¿Y por qué ibas a ponerme nerviosa?

–No lo sé.

–No tengo traje de baño.

Domenico sonrió.

–De eso no tienes que preocuparte. Encuentra uno en la caseta que hay junto a la piscina.

–No, gracias...

–¿Por qué no? ¿Es que no quieres disfrutar del mar?

–No acepto que me regalen ropa –dijo. No estaba tan desesperada.

–No se trata de eso. Es lo que hacemos aquí por nuestros invitados. La *mamma* de Rocco se lo pasa genial comprando sombreros, pareos y bañadores para nuestros invitados. Te sorprendería a cuántas personas se les olvida antes de venir aquí. Venga, Lucy. Deja a un lado tu orgullo y diviértete. Te prometo que eso no te comprometerá en nada.

El sonido del mar le recordó a Lucy que, si se negaba, la única persona que sufriría por aquella demostración de orgullo sería ella. Nadar en el Mediterráneo era algo que siempre había deseado hacer. ¿Cuándo volvería a tener la oportunidad? Cuando consiguiera por fin encontrar un trabajo tendría que utilizar todo el dinero del que disponía para poder viajar.

–Gracias –dijo, por fin–. Sería muy… agradable.

La expresión que vio en los ojos de Domenico no fue de triunfo, tal y como había esperado, sino de placer.

–Bien –respondió mientras le indicaba dónde se encontraba la caseta de la piscina–. Encontrarás todo lo que necesites ahí. No te olvides del sombrero. Te estaré esperando en el barco.

Quince minutos más tarde, Lucy bajó corriendo las escaleras que la conducían a la playa. Había estado revolviendo en un armario lleno de trajes de baño de marca durante un rato y finalmente había escogido el más sencillo que pudo encontrar. No pensaba exhibirse delante de Domenico con un minúsculo bikini. A pesar de todo, no dejaba de pensar en cómo la prenda se le ceñía al cuerpo bajo la falda y la camisa. Recordó la expresión que vio en los ojos de Domenico y su cuerpo no tardó en reaccionar.

Lo había sorprendido observándola con mucha frecuencia con el ceño fruncido, como si ella fuera un enigma que él tuviera que resolver. O tal vez calculando cuánto tiempo tardaría ella en aceptar la fortuna que él le ofrecía a condición de que dejara de proclamar su inocencia.

Apretó la mandíbula. Lo primero que haría cuando encontrara trabajo sería pagarle aquel bañador, aunque tardara meses en poder hacerlo.

Llegó al embarcadero. Estaba protegido por una caseta y, en su interior, todo estaba en penumbra. Sus ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a la poca luz. Parpadeó al ver la silueta de la motora que estaba atracada en su interior. ¿Era aquel el barco que iban a tomar?

Se estaba preguntando si debía esperar en el exterior cuando captó movimiento. Desde el otro lado del barco, un hombre se dirigió hacia ella. Tenía una complexión fuerte y un ancho cuello. Se movía con sorprendente agilidad. Su traje oscuro se mezclaba con las sombras, pero, a medida que los ojos se le fueron ajustando a la luz, Lucy captó una nariz rota y unas enormes manos.

El vello se le puso de punta. El terror se apoderó de ella. Se quedó inmóvil. Había reconocido a aquel hombre.

El sabor de la sangre le indicó que se había mordido la lengua. Rápidamente, se dirigió hacia la puerta. A cada paso que daba, se imaginaba aquellas enormes manos agarrándola, capturándola, castigándola.

Se dirigió hacia la puerta con las manos extendidas. Derribó

algunas latas por el suelo y estuvo a punto de caerse, pero no se detuvo. Toda su atención se centraba en aquel pequeño rectángulo de luz que suponía la salvación para ella. La desesperación la atenazaba.

Con un sollozo, salió al exterior y se vio cegada por la luz. De repente, su huida se vio interrumpida por un sólido y firme cuerpo. Era Domenico.

–Por favor… Ten cuidado… Está ahí… está…

–Lucy –dijo él estrechándola entre sus brazos–, ¿qué es lo que pasa?

–¡Ten cuidado! Él…

–Lo siento, señor –dijo una voz desconocida a espaldas de Lucy–. Estaba poniendo provisiones en el barco. No quería asustar a la señorita.

Lucy giró la cabeza y miró con recelo al hombre que acababa de salir del embarcadero.

Era un desconocido.

El corazón le dio un vuelco en el pecho al tiempo que las rodillas se le doblaban. Se tuvo que agarrar a Domenico para no caerse.

No era él.

Observó el rostro y los ojos del desconocido, que expresaban una profunda preocupación. Lo que había pensado que era un traje de guardaespaldas era un uniforme compuesto por pantalones oscuros y camisa. El hombre era un simple empleado, no el que ella había temido.

Al ver la preocupación que mostraba el hombre, Lucy trató de esbozar una sonrisa, pero no pudo conseguirlo.

–Lucy… –susurró Domenico mientras, sin soltarla, comenzaba a frotarle la espalda para tranquilizarla.

–Lo siento. He reaccionado exageradamente. Vi que alguien se dirigía hacia mí en la oscuridad y…

–Lo siento mucho, *signorina*. No quería asustarla.

–Le ruego que no se disculpe –le dijo Lucy–. El error ha sido mío.

–Está bien, Salvo –intervino Domenico–. Todo está bien. Puedes marcharte.

El hombre se marchó. Lucy estuvo a punto de desmoronarse. La adrenalina le estaba bajando rápidamente. Sentía incluso náuseas.

–Lucy, ven a sentarte en la sombra…

De repente, ella fue consciente de la postura tan íntima en la que se encontraban. El firme cuerpo que la apoyaba. Los latidos del

corazón. Sentía una profunda necesidad de acercarse a él y perderse entre sus brazos... Él era tan profundamente masculino y ella tan débil...

Ese pensamiento la hizo apartarse inmediatamente.

–Lo siento –susurró. Se sentía profundamente humillada. ¿Qué pensaría Domenico de ella?

Lo sabía perfectamente. Durante el juicio, la acusación la había presentado como una *femme fatale,* que utilizaba la promesa de su cuerpo para conseguir favores de un jefe indulgente. Domenico seguramente había pensado que estaba utilizando una táctica similar con él para ganarse su simpatía.

Sintió un profundo desprecio por sí misma. ¿Cómo podía haberse refugiado en él de aquella manera?

Consiguió recorrer la distancia que la separaba del embarcadero y se apoyó contra la pared. Allí, trató de dejar a un lado la vergüenza que sentía y se volvió hacia él. Domenico la observaba con el ceño fruncido y mirada penetrante.

–Ahora que estamos solos, quiero que me digas de quién creías que estabas huyendo. ¿De quién tienes tanto miedo?

Capítulo 7

Miedo?

Lucy soltó una carcajada y se incorporó.

–Cuéntamelo, Lucy.

Ella levantó la barbilla con obstinación.

–No tengo nada que contar. Vi alguien viniendo hacia mí en la oscuridad y me asusté.

–Tú no te asustas tan fácilmente.

–¿Y cómo lo sabes? No creo que seas un experto en mí.

–No eres una mujer cobarde. Te enfrentaste a los paparazzi. Te enfrentaste a mí.

–No tengo nada que contar –replicó ella sin mirarlo a los ojos.

–Eres una mentirosa.

Lucy se estremeció.

–Pensaba que habíamos acordado dejar las acusaciones a un lado –dijo, sin poder enmascarar la verdad.

–No estoy hablando del pasado, sino del presente, de lo que ha ocurrido aquí mismo –afirmó él–. Estabas completamente aterrorizada.

–Te aseguro que no hay nada que pueda asustarme. Después de los últimos cinco años, eso es imposible.

Domenico estuvo a punto de creerla, pero el terror que había sentido en ella mientras la tuvo entre sus brazos había sido inconfundible. Se acercó a ella y notó como Lucy se tensaba. Ella levantó el rostro tal y como Domenico había imaginado. Lucy había demostrado en repetidas ocasiones que no era ninguna cobarde. Se enfrentaba a lo que temía.

Hasta hacía unos minutos, en la oscuridad del embarcadero. De repente, Domenico comprendió cuál era el único terror que podría hacer correr a una mujer como Lucy.

–¿Quién es, Lucy? –le preguntó mientras comenzaba a acariciarle suavemente la piel de la mejilla–. ¿De quién tienes miedo?

Ella parpadeó. Se apretó contra la mano de Domenico y dejó que el placer se despertara en su interior.

–Bruno –susurró–. Bruno Scarlatti. El jefe de seguridad de tu hermano.

Domenico supo que ella le había dicho la verdad. Quería asegurarle que estaba a salvo. Quería volver a tomarla entre sus brazos para no dejarla escapar nunca más. No sabía si era porque ella tenía miedo o porque necesitaba encontrar cualquier excusa para volver a tocarla.

Dejó caer la mano.

–¿Por qué tienes miedo de él?

–No importa.

–¿Te fue a visitar cuando estabas en la cárcel?

–¡Él! ¿Visitarme a mí? Debes de estar bromeando. En cinco años, mis únicas visitas fueron un par de criminólogos que estaban escribiendo un libro sobre las mujeres y los crímenes pasionales –comentó con sarcasmo–. Me dijeron que yo era un caso fascinante.

Lucy se apartó de él para ponerse al sol. Allí, se frotó los brazos con las manos como si quisiera calentarse.

Domenico la observó atónito. ¿En cinco años no había tenido visitas? ¿Y su familia y amigos? Entonces, recordó la entrevista de su madrastra y recordó que las relaciones familiares de Lucy eran muy tensas. Sin embargo, estar sola tanto tiempo...

No sintió sensación de triunfo alguna. Solo pesar al ver cómo ella trataba de no mostrar emoción alguna.

–Cuéntame, Lucy –dijo–, ¿por qué tienes miedo de Bruno Scarlatti?

Ella se encogió de hombros.

–Creo que acordamos no hablar del pasado. Cumplamos con lo prometido. No te gustaría lo que tengo que decir.

Domenico decidió que no había razón alguna para intentar obligarla a hablar. Lucy había demostrado en repetidas ocasiones que no se dejaba vencer por la presión.

Sin embargo, no se podía negar el terror que había sentido.

Algo había ocurrido, algo que había asustado a una de las mujeres más valientes y autosuficientes que él conocía.

Pensó en lo que Lucy había declarado en el juicio. Había afirmado que había sido Bruno Scarlatti, y no Sandro, el que había entrado en su dormitorio aquella noche. Se había enterado de lo ocurrido aquella tarde entre Sandro y Lucy, cuando ella le había suplicado que la dejara marchar inmediatamente para ir a visitar a su padre enfermo. Comprensiblemente, Sandro se había negado porque estaba muy preocupado por la salud de Pia. Como la niñera estaba de baja por enfermedad, necesitaban a Lucy. La conversación

había terminado con Lucy gritando que encontraría el modo de marcharse a pesar de su contrato.

Según había declarado, Bruno le había prometido que la ayudaría a persuadir a Sandro para que la dejara marcharse y ella, inocentemente, le había franqueado el paso a su dormitorio. Una vez en el interior, presuntamente la había atacado y había intentado violarla. Sandro había escuchado el ruido y había acudido en su ayuda. En la refriega con Bruno, se había golpeado la cabeza contra la chimenea y había fallecido en el acto.

Domenico se frotó la cabeza y recordó todas las incongruencias de la declaración de Lucy. El tribunal la había invalidado basándose en las pruebas que había de su culpabilidad.

Pia también había declarado. Dijo que Sandro y Lucy estaban teniendo una apasionada aventura. Bruno había dicho exactamente lo mismo. Él la había definido como una provocadora, que conocía bien el poder que tenía sobre los hombres y que fanfarroneaba sobre cómo era capaz de conseguir lo que fuera de su jefe. La había visto con Sandro en repetidas ocasiones e incluso había proporcionado fechas y horas.

Sandro le había hecho regalos muy caros, como el exquisito collar que se encontró en su dormitorio la noche de autos. Toda la casa había oído cómo amenazaba a Sandro cuando él se negó a dejar que se marchara.

Aquella noche, él había estado bebiendo, preocupado sin duda entre lo que su esposa necesitaba y lo que su amante le pedía. Había ido al dormitorio de Lucy con un regalo muy caro para aplacar su ira. Sin embargo, allí habían vuelto a pelearse y ella le había empujado. Entonces, él se golpeó contra la chimenea y se abrió la cabeza. En cuanto a la acusación de Lucy hacia Bruno, él tenía una coartada sólida.

Pia había encontrado a Sandro moribundo, en brazos de Lucy.

Domenico se echó a temblar al recordar las imágenes de televisión por las que se había enterado de la tragedia. Ni siquiera podía culpar a su hermano por la atracción fatal que sentía por la joven au pair. Sabía bien lo difícil que Pia podía llegar a ser y se imaginaba que en los meses posteriores al parto ella había sido particularmente exigente.

Además, Domenico tenía experiencia de primera mano sobre el poder de Lucy. Él mismo había caído presa de su embrujo en cuestión de unas pocas horas. ¿Cómo no iba a haber sucumbido Sandro, cuando tenía aquella tentación metida en casa todos los días? Sandro era tan solo un ser humano. No obstante, eso no

excusaba la aventura.

Se volvió para mirar a la mujer que, en aquellos momentos, estaba paseando sola por la playa. Tenía la cabeza agachada y se abrazaba con fuerza el cuerpo.

La confusión se apoderó de él al recordar el miedo que ella había experimentado. Porque pensaba que había visto a Bruno Scarlatti.

¿Tal vez porque era cierto que él había matado a Sandro?

Aquel pensamiento lo dejó sin respiración. No era posible. El tribunal había repasado todas las pruebas. Incluso habían sacado huellas de Lucy en el collar que Sandro le había regalado aquella noche. Y había un testigo que situaba a Bruno en otro lugar a la hora del fallecimiento de Sandro.

Sin embargo... Había algo que no encajaba.

Domenico se obligó a concentrarse en los hechos. Las pruebas apoyaban la culpabilidad de Lucy, pero ella sentía un miedo atroz hacia Scarlatti. ¿Había sido verdad aquella parte de la historia? ¿Había intentado forzarla Scarlatti?

Apretó los puños con fuerza, tanto que se echó a temblar. ¿Podría tratarse de eso?

Deseó que Scarlatti estuviera allí en aquellos momentos. Domenico necesitaba una válvula de escape para la ira que lo atenazaba.

–Scarlatti ya no trabaja para la familia Volpe.

Lucy se dio la vuelta y se encontró con Domenico a pocos metros de distancia.

–¿Por qué no?

–Le despedimos hace años. Rocco encontró pruebas de que él... había estado molestando a una de las chicas del servicio.

–¿Molestando? –repitió ella. ¿Por qué no le sorprendía eso? Bruno era un ser despreciable que era incapaz de aceptar un no por respuesta.

–Sí. Ella se quejó de que él la estaba molestando. Tras investigar un poco más, se descubrió que no había sido la primera.

Lucy se mordió los labios. La tentación de relatar su propia historia era demasiado fuerte, pero Domenico ya la había escuchado en el tribunal. No la había creído entonces y no tenía por qué creerla cinco años después. Además, ¿por qué debía importarle después de tanto tiempo que él no la creyera?

–No te preocupes. Hace mucho tiempo que él ya no está aquí.

Lucy asintió. ¿Qué podía decir?

–Ahora, vayamos al agua.

–He cambiado de opinión. Prefiero quedarme en tierra.

–¿Por qué? ¿Para que puedas esconderte en tu habitación y lamentarte de todo lo ocurrido?

–¡Yo jamás me escondo! –exclamó ella.

–¿No te parece que es eso precisamente lo que estás haciendo ahora?

Lucy conocía la táctica de Domenico. Deliberadamente le estaba poniendo un cebo para que no se pudiera resistir al desafío. Lo único que había tenido de su lado a lo largo de todos aquellos años había sido su fuerza y su resolución.

Se había obligado a dejar de ser una adolescente asustada y desesperada para convertirse en una mujer que podía cuidarse de sí misma pasara lo que pasara. Había en juego mucho más que el orgullo. Estaba su fe en su fuerza para enfrentarse a la adversidad.

Sin eso, ¿cómo se podía enfrentar a un futuro que se cernía sobre ella como si se tratara de un agujero negro? Ya no tenía familia. Ni amigos. Ni perspectivas laborales, tal y como demostraba su búsqueda diaria de trabajo. Si se dejaba debilitar, no sobreviviría.

Miró a Domenico y vio la anticipación que emanaba de él. Esperaba que ella se decidiera.

–¿Dónde está tu barco?

Tres horas más tarde, Lucy era una mujer completamente diferente. Su boca esbozaba una gran sonrisa que producía una extraña sensación en el vientre de Domenico. El miedo había desaparecido de su rostro y, en aquellos momentos, sus ojos brillaban de alegría, rivalizando con el cielo en su luminosidad.

Solo había visto en una ocasión a una mujer que se iluminara desde el interior de aquella manera. Había sido a la Lucy de entonces. Su entusiasmo era contagioso.

Le resultaba imposible creer que, en aquella ocasión, el ávido entusiasmo de ella no fuera real. No había miradas seductoras ni armas femeninas. Se centraba en el barco y en la sensación de velocidad que sentían mientras daban vueltas a la isla. Sus carcajadas aún resonaban en los oídos de Domenico. Se había comportado como una niña en una montaña rusa.

–¿Has visto el tamaño de ese pulpo? –le preguntó ella tras salir a la superficie acompañada de él y quitarse el tubo de respiración de

la boca–. Era increíble, sobre todo el modo en el que se movía.

–¿Te gusta el pulpo? Podría cazarlo para cenar –dijo él, como si fuera un adolescente enamorado presumiendo delante de una chica guapa.

Domenico había disfrutado plenamente de las últimas dos horas más de lo que lo había hecho en meses. Era un placer estar con ella. Lucy había conseguido que viera aquel lugar a través de otros ojos. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que disfrutó de los placeres sencillos de la vida... Normalmente, cuando iba a la isla estaba ocupado, terminando su trabajo o haciendo de anfitrión para unos invitados que eran demasiado sofisticados como para emocionarse por salir a bucear o por darse un paseo en una lancha motora.

–No. Gracias, pero prefiero que lo dejes con vida.

–¿Te da asco ver la cena antes de que aparezca en el plato?

–Puede ser. ¿No podemos dejarlo en paz? ¿Libre?

Algo en el modo en el que pronunció la última palabra llamó poderosamente la atención de Domenico. ¿Era eso lo que ella había disfrutado tanto? ¿La libertad experimentada en aquellas horas en el agua?

Pensó que aquel era un cambio muy grande de las restricciones que había sufrido en su vida entre rejas. Él no se podía imaginar aquella clase de vida ni cómo había podido ella soportarlo.

No debía sentir pena por ella. El motivo por el que estaba con ella era para conseguir que cambiara de opinión sobre la oferta que ella le ofrecía. Sin embargo, en los últimos días, se había sorprendido al sentir que deseaba la compañía de Lucy. Se había asegurado que necesitaba comprender a la mujer que amenazaba su familia, pero eso no era todo. Ya no.

Quería estar con ella. Quería...

–En ese caso, lo dejaremos estar –dijo él mirando el sol del atardecer–. Es hora de marcharnos. Vamos.

Lucy se envolvió con una enorme toalla de playa sabiendo que Domenico la había estado mirando desde que se subió al barco. Sus ojos habían refulgido como si fueran de plata mientras observaba el traje de baño que moldeaba el cuerpo de Lucy. Un segundo más tarde, había apartado la mirada, pero esta había prendido un fuego en el interior del cuerpo de ella.

El problema era que, aunque estaban en lados opuestos, la atracción de antaño había regresado, y con más fuerza que nunca.

Lo peor era que Domenico había empezado a gustarle y le asustaba lo mucho que sus demostraciones de afecto significaban para ella.

–¿Por qué nunca hablaste conmigo durante el juicio?

Horrorizada, oyó cómo esas palabras se le escapaban entre los labios.

Se volvió para mirarlo y se sorprendió al ver cómo el rubor teñía su bronceado rostro.

–¿Habría eso cambiado algo?

–Bueno, cuando te vi allí, pensé que habías acudido para apoyarme –dijo ella–. Hasta que descubrí quién eras.

Domenico la miró asombrado.

–Pero si ya sabías quién era yo.

–¿Cómo iba a saberlo? Solo te conocía por tu nombre de pila, ¿recuerdas?

Habían pasado juntos mucho menos de un día. Sintió que se le hacía un nudo en el corazón. No había sido culpa de Domenico que ella se hubiera enamorado de él tan profundamente. Que hubiera leído demasiado en una simple atracción. Tenía tan poca experiencia con los hombres... Domenico era el primero que había puesto alas en el corazón.

Lo miró a los sorprendidos ojos y se dio cuenta de que había sido una estúpida. ¿Qué había sido una tarde de agradable compañía comparada con tener que apoyar a su familia en una dramática situación? Se había pasado todo aquel tiempo culpándolo por no haberla escuchado. ¿Cómo hubiera podido hacerlo, con el peso de la muerte de su hermano encima? ¿Cómo había esperado que dejara esas responsabilidades por una mujer a la que apenas conocía?

Levantó una mano cuando él se dispuso a hablar.

–Olvídalo, Domenico. Ya no importa –le dijo. Para su sorpresa, era cierto. No podía seguir aferrándose al dolor.

Aquella tarde le había demostrado que merecía la pena vivir la vida. Tenía la intención de hacerlo plenamente. No había razón para sufrir por algo que ya no podía cambiarse.

–Tengo sed. ¿Tienes algo?

–Cervezas o refrescos –respondió él. Tenía una extraña mirada en los ojos

Domenico se había secado, pero no se había cubierto con una toalla. Ella disfrutó con la visión de aquel maravilloso cuerpo, tan tonificado y bronceado.

–¿Tienes zumo?

Domenico le sirvió un vaso y tomó una cerveza antes de volver a sentarse.

–¿No vamos a tierra?

–A menos que tengas prisa, no. Desde aquí, la puesta de sol sobre la isla es maravillosa. Pensé que te gustaría verla.

Lucy no tenía ninguna duda... eso si pudiera apartar la mirada de él.

–Gracias por esta tarde –dijo ella alegremente–. Nunca antes había hecho algo como esto –añadió, por decir algo. ¿Por qué no se cubría?

–¿Jamás has salido a bucear?

–Ni siquiera había estado nunca en un barco.

–¿Nunca?

–No. Soy de secano. Ni siquiera me he montado nunca en una barca de remos.

–Pero sabes nadar.

–En Inglaterra hay piscinas públicas, ¿sabes? Por eso aproveché la oportunidad de venir a trabajar a Italia. Quería ver el Mediterráneo.

–¿Vivías lejos del mar?

–No mucho, pero nuestros intereses estaban tierra adentro.

–¿Nuestros intereses?

–Los míos y los de mi padre –dijo, con una fuerte sensación de pérdida–. Él era conductor de autobús. Le encantaban los coches de época. Yo me pasé mi infancia visitando exhibiciones de viejos automóviles o ayudándolo a reparar el nuestro. Le habría encantado ver los coches que tienes en el *palazzo*...

La sonrisa se borró del rostro de Lucy. Ella sintió que se le hacía un nudo en la garganta, como le ocurría siempre que pensaba en su padre y en el valioso tiempo que no habían podido pasar juntos.

–Murió justo después del juicio...

–Lo siento mucho, Lucy.

–No es culpa de nadie...

–Pero tú querías estar con él.

Sorprendida, Lucy levantó la mirada y vio comprensión en los ojos de Domenico. Él estaba en Nueva York la noche en la que su hermano murió. Sabía cómo se sentía uno al estar lejos en una ocasión como aquella.

–Sí.

–Él lo sabía. Lo habría comprendido.

–Lo sé, pero eso no me facilita las cosas, ¿no te parece?

Domenico permaneció en silencio un largo tiempo, tanto que

ella pensó que había traspasado los límites.

–No... Yo estaba en Nueva York cuando Sandro murió. No hago más que decirme que eso no habría ocurrido si yo hubiera estado en Roma.

Lucy se mordió los labios, pero, por fin, dejó que las palabras se le escaparan entre ellos.

–No habría supuesto diferencia alguna –dijo.

Domenico la miró fijamente. Entonces, asintió.

–Tienes razón. Es solo que Sandro era... especial para mí. Nuestros padres murieron cuando yo era muy pequeño y Sandro era mucho más que un hermano mayor para mí.

–Era un buen hombre...

–Sandro me enseñó a nadar y a bucear. Y, ahora que lo pienso, a conducir una lancha motora.

–Mi padre me enseñó a desmontar un motor –comentó ella con una sonrisa–. Cómo hacer una cometa y echarla a volar. Incluso me acompañó a mis clases de ballet cuando era pequeña y yo era demasiado tímida como para querer ir sola.

–Parece el padre perfecto.

–Lo era.

–¿Nunca quisiste ser mecánica o conductora como él?

–No. Quería ser maestra. Siempre fue mi sueño trabajar con niños. Sin embargo, eso es ahora imposible.

–¿Qué vas a hacer?

–Hice un curso de contabilidad. Pensé que habría más posibilidad de conseguir un empleo trabajando con cifras que con la gente, dado mi pasado.

Sabía que le resultaría muy difícil encontrar un trabajo. La estancia en la isla era un respiro temporal. Cuando se marchara de allí, la prensa comenzaría a acosarla. ¿Quién iba a contratarla así?

Se puso en pie y dejó su vaso.

–¿No va siendo hora ya de que regresemos?

Necesitaba estar sola, tratar de resolver los problemas que había pospuesto mientras se encontraba allí. Había estado viviendo en un mundo de fantasía. Muy pronto, tendría que enfrentarse a la realidad.

De repente, se resbaló. La cubierta estaba mojada del agua que le había caído de su cuerpo. Estaba a punto de golpearse contra el suelo cuando él la agarró y la tomó en brazos.

Se dijo que había sido el hecho de estar a punto de caerse lo que le había acelerado los latidos del corazón. No tenía nada que ver con la mirada que había en los ojos de Domenico, o el hecho de

sentir su cuerpo húmedo y caliente contra el de ella.

–Puedes soltarme –le dijo.

Le colocó las manos sobre los brazos para apartarse de él, pero, en vez de eso, los dedos le rodearon los bíceps.

–¿Y si no quiero hacerlo? –le preguntó él con voz profunda.

Lucy observó cómo el rostro de Domenico se acercaba al suyo. Le estaba mirando la boca, dejando muy claras sus intenciones.

–¡No! –exclamó ella–. ¡No quiero esto!

Él negó con la cabeza.

–Pensé que habíamos acordado que ya no habría más mentiras.

Domenico la estuvo observando durante unos segundos más, como si estuviera esperando la protesta que sabía que ella no iba a formular.

Entonces, lenta y deliberadamente, bajó la cabeza.

Capítulo 8

Los labios de Domenico rozaron los de Lucy con una ligera caricia que le provocó un agradable hormigueo. Dos, tres veces, él deslizó su boca sobre la de ella, desatándole los sentidos por completo. Finalmente, la impaciencia pudo con la cautela y ella le hundió las manos en el cabello mojado y le devolvió el beso.

Ya estaba. Nada más que el calor de la boca de Domenico sobre la suya. Le rodeó el cráneo con los dedos, empujándolo hacia ella. Su fuerza, sus músculos, su cuerpo le caldeaban la sangre. Aquello era todo lo que siempre se había imaginado y mucho más...

Domenico le introdujo la lengua entre los labios. A Lucy le pareció lo más natural del mundo abrirlos para que él pudiera explorarle la boca y causarle el delirio en las venas. Respondió con una sinceridad que eclipsaba por completo cualquier posibilidad de contención.

Se sentía como si llevara toda una vida esperando aquel momento.

No importaba que ella fuera una novicia y él un verdadero maestro. El ansia compensaba la falta de experiencia. Las lenguas se enredaron, se deslizaron, se acariciaron, hicieron que la piel se le pusiera de gallina.

Domenico absorbió la lengua de Lucy hacia el interior de su boca, lo que provocó que el pulso de ella se acelerara aún más. Entonces, él le mordió el labio inferior y ella suspiró de placer. Se reclinó hacia atrás, apoyada tan solo por los brazos de Domenico. Sin embargo, no tenía miedo alguno. Los brazos de él eran como cuerdas de acero, que la sujetaban con fuerza. Domenico deslizó el torso contra el pecho de ella. Lucy gimió ante la sensación eléctrica que aquel gesto provocó en su cuerpo, en sus pezones y en la entrepierna. Más allá de aquel abrumador calor, sintió una languidez que le licuaba los huesos y le robaba la fuerza de voluntad.

Ella inclinó la cabeza, acomodándose a él mientras el deseo se iba haciendo cada vez más fuerte y los besos más urgentes y apasionados. Lucy ardía, igual que él.

Aquello era lo que siempre había deseado, a pesar de haber negado la química que había entre ellos. ¿Por qué había tratado de

negarlo? Era algo delicioso, adictivo…

Domenico sabía a mar y a delicioso chocolate, una mezcla muy seductora. Ella temblaba por la sobrecarga de sensualidad que estaba experimentando mientras él la devoraba con una dedicación que igualaba la necesidad que sentía.

¿Había deseado él aquello también? ¿Había estado despierto por las noches, imaginando aquel momento?

El contacto entre los cuerpos era magia en estado puro. La fina tela del bañador que ella llevaba puesto no servía de nada para bloquear la cálida promesa del cuerpo de Domenico. Lucy se apretaba todo lo que podía contra él, gozando con su poder y su fuerza, con el embriagador aroma de su piel y la nota más profunda y almizclada de la excitación sexual.

Domenico le besó la garganta. Ella se arqueó para poder sentirlo mejor. Se sintió atrapada en una tela de araña de deseo. Estaba completamente a merced de sus caricias, sin protección alguna contra su fuerza. Sin embargo, no sentía dudas o miedo. Cada beso que él depositaba sobre su piel era un homenaje al embrujo que había surgido entre ellos.

Lucy se abrazó a él y frotó la mejilla contra la de él. Entonces, le mordió el lóbulo de la oreja y oyó que él gruñía de placer. Le pareció el sonido más sensual que había escuchado nunca. Sonrió y volvió a repetirlo, ansiosa al pensar que Domenico estaba reaccionando a sus caricias del modo más primitivo.

Unas enormes manos le rodearon la cintura. Domenico la levantó y la sentó sobre algo. Entonces, le separó los muslos y se colocó entre ellos, apretándose por completo contra ella.

–Domenico… –susurró ella, presa del placer.

Lo deseaba. Llevaba mucho tiempo deseándolo. Incluso en los días en los que le había odiado, habían anhelado en secreto sus caricias. Había dejado de intentar comprender la atracción que ardía entre ellos. Bastaba con dejarse llevar por ella.

Sintió el poder de la erección entre las piernas, contra su vientre y sintió que se le cortaba la respiración. Parecían encajar tan perfectamente… Le faltó muy poco para balancearse contra él, atrapada por completo en su necesidad de satisfacción sexual.

Con una fuerza de voluntad increíble, abrió los ojos y se miró en los de él, brillantes como el mercurio. Su fuego pareció engullirla por completo.

Domenico le cubrió un seno con la mano. Ella gimió de placer, abrumada por tan exquisitas sensaciones. Era casi imposible de soportar. Le agarró del cuello y tiró de él. Necesitaba volver a sentir

sus besos. Domenico le enredó los dedos en el cabello y le hizo echar la cabeza hacia atrás mientras la saboreaba con un largo y delicioso beso. Con la otra mano, le estimulaba un pezón.

Segundos después, él le apartó la mano del cabello para deslizársela por la espalda. Se la colocó encima del trasero y la obligó a pegarse a él. El beso entonces se hizo más apasionado.

El mundo pareció ponerse patas arriba. La sangre de Lucy le ardía en las venas, creando un remolino de pura necesidad. No dejaba de besarlo y el cerebro prácticamente le había dejado de funcionar.

Domenico se apartó un instante y le deslizó la mano sobre el muslo para apartar la entrepierna del bañador. Ella se tensó, agarrándose contra sus hombros, para esperar sentir el contacto.

De repente, pensó horrorizada hasta dónde les habían llevado sus besos. Estaban a punto de consumar su deseo. Ella estaba a punto de entregarse al hombre al que había considerado un enemigo.

Con un rápido movimiento, le agarró la mano justo cuando él empezaba a deslizar los dedos bajo la tela. Domenico se quedó inmóvil mirándola sin comprender lo que ocurría.

Lucy vio cómo por fin comprendía lo que ocurría y la miraba muy sorprendido.

–Creo que debemos detenernos.

Un segundo después, Domenico se apartó de ella mesándose el cabello, como si no estuviera seguro de no volver a tocarla.

Lucy permaneció sentada. Se mordió la lengua para no reclamar de nuevo sus caricias. No había dejado de desearlo y cada centímetro de su cuerpo amenazaba con echar por tierra su resolución.

El miedo se apoderó de ella. Jamás se había imaginado lo poderosa que era la necesidad de gratificación sexual. Domenico la tentaba de tal manera que podría hacer que se olvidara de todo. A ella, que se consideraba una mujer fuerte y autosuficiente, le había bastado un beso para destruir todas las barreras que se había pasado años levantando.

¿Qué significaba aquello?

–Tienes razón. Es muy tarde –dijo Domenico. Con eso, se dio la vuelta.

Para su propia consternación, Lucy se sintió muy desilusionada.

El desayuno de la mañana siguiente estuvo lleno de silencios y

de frases estereotipadas. ¿Qué le había pasado a Domenico?

Él sabía muy bien lo que le había ocurrido. Llevaba deseando a Lucy desde el momento en el que la vio, hacía ya tantos años. ¿Cómo podía haber estado tan cerca de tener relaciones sexuales con la mujer que había sido condenada por la muerte de su hermano? Un fuerte sentimiento de culpabilidad lo atenazaba. ¿Dónde estaba su lealtad familiar?

Desapareció en el momento en el que la tuvo entre sus brazos. Sin embargo, tenía la sensación de que, por fin, estaba empezando a desenmarañar el misterio de Lucy Knight. El enigma que llevaba años persiguiéndolo. Para su propia salud mental, necesitaba comprenderla.

No era solo deseo lo que ella provocaba en él. Se había sentido furioso cuando comprendió que ella había sido atacada por un empleado de su familia. La necesidad de protegerla había sido tan fuerte como si ella fuera su responsabilidad. Su mujer.

Las revelaciones del día anterior lo habían turbado profundamente. Durante años, había creído que Lucy había orquestado la primera vez que se vieron. Era una coincidencia poco probable que él se encontrara con ella en su visita relámpago a Roma cuando ella ya trabajaba para su hermano.

Cuando se supo la debilidad que Sandro sentía por su au pair, el modo en el que ella parecía conseguir de él todo lo que quisiera, incluso regalos muy valiosos, no hacía falta ser un genio para deducir que ella había intentado lo mismo con Domenico.

El día anterior, Lucy había dicho que ella no había sabido quién era él hasta el juicio. Resultaba muy tentador pensar que ella mentía, pero ya no había razón para seguir creyéndolo. Además, había visto un dolor auténtico en su rostro cuando ella le preguntó por qué la había evitado. Domenico ya no sabía qué creer...

¿Sería posible que ella fuera inocente?

Sintió que la sangre se le helaba en las venas. La idea de haberla juzgado tan equivocadamente, dejando que pagara por un delito que no había cometido, era insoportable.

Miró hacia donde ella estaba sentada, mirando fijamente el desayuno como si fuera algo fascinante.

Nunca antes se había negado a mirarlo a los ojos. Quería pedirle que lo mirara. Quería besarle los labios y desatar la pasión que habían experimentado el día anterior.

Una criada interrumpió sus pensamientos.

–El correo, señor –le dijo mientras entraba en el comedor con un puñado de cartas. Para su sorpresa, colocó un sobre junto al plato

de Lucy.

–¿Para mí? –preguntó ella sorprendida–. Gracias.

¿Quién sabía que estaba allí? ¿Tal vez alguien con quien había estado hablando? Se obligó a tomar un sorbo de zumo de naranja para no preguntarle de quién se trataba.

Lucy deslizó un dedo bajo el sello del sobre y sacó una hoja de papel. Entonces, descartó el sobre. Fue entonces cuando Domenico vio un logotipo muy familiar. Pertenecía a la revista que había publicado la entrevista con la madrastra de Lucy.

Apretó la mandíbula y trató de contenerse. Evidentemente, Lucy estaba aprovechando al máximo sus oportunidades. Estaba aceptando su hospitalidad mientras negociaba con la prensa rosa para obtener un mejor acuerdo económico.

No debería haberle sorprendido. Sin embargo, ¿por qué se sentía tan traicionado?

Vaya con la muchacha tan inocente... ¿Cuántas veces más iba a dejar que ella le engañara?

–¿Se trata de una oferta mejor?

–¿Cómo dices? –le preguntó ella mirándolo por fin a los ojos.

Parpadeó, asombrada al ver el cambio que se había producido en Domenico. Tenía el ceño fruncido y la estaba mirando con mucha desaprobación.

Era cierto que aquella mañana había evitado todo contacto con él, escandalizada aún por el modo en el que había respondido el día anterior.

–Supongo por tu interés que te ofrecen mejores condiciones que yo.

Lucy tardó un instante en comprender a lo que él se refería. El dolor se apoderó de ella. Le partió en dos el corazón. ¡Qué idiota había sido! ¡Qué ingenua y qué patética! ¿Acaso no le había enseñado la vida que no debía creer en milagros?

Domenico Volpe sintiendo algo por ella, confiando en ella incluso un poco... Eso sería un verdadero milagro. Sin embargo, había esperado que algunos de los sentimientos que había creído leer en él el día anterior fueran reales.

Había estado a punto de entregarse a él...

Había sido una estúpida. Domenico simplemente había estado tratando de conseguir lo que deseaba de ella.

–He dicho...

–Te he oído –replicó ella, mirándolo fijamente antes de volver a centrarse en la carta que tenía entre las manos. Al menos, la revista era directa sobre lo que quería. Domenico había tratado de

conseguirlo por medio de engaños.

Y ella se lo había creído.

–Es una oferta atractiva –prosiguió, como si la idea de vender su historia a esas hienas no le pusiera los pelos de punta–. Tendré que considerarla cuidadosamente.

Volvió a mirar a Domenico y vio el desprecio con el que él la estaba observando. La desesperación se apoderó de ella. Había querido confiar en él. Había empezado a abrirse, a creer que él sentía algo.

–Tal vez debería sondear a los demás para ver qué es lo que me ofrecen.

–¿Acaso no lo has hecho ya? ¿No es esa la razón de que te pases tanto tiempo en el ordenador? ¿Negociando?

–En realidad, no, pero, por supuesto, tú no me vas a creer.

–Si no te has puesto en contacto con la prensa, ¿cómo saben que estás aquí?

Lucy se puso de pie.

–Tal vez se la han jugado. Dado que sabían que yo estaba en tu *palazzo*, no haría falta suponer mucho para imaginarse que estaría en una de tus casas. Tal vez me han enviado una carta a cada una de ellas. ¿Quién sabe? Tal vez esta sea la primera de una larga lista de ofertas –añadió con una sonrisa llena de sarcasmo–. Una guerra de ofertas. Sería muy divertido. Toma – le dijo mientras pasaba a su lado y dejaba caer la carta sobre su regazo–. Mira lo que me ofrecen tus rivales. Tal vez así aumentes tu cifra.

Con eso, Lucy salió del comedor antes de que las náuseas se apoderaran de ella.

–Perdone, jefe. ¿Ha visto a Chiara?

Domenico levantó la vista de su ordenador. Vio que Rocco estaba en la puerta, con la preocupación reflejada en el rostro.

–¿No está con Lucy? Se pasan casi todo el día juntas.

–Chiara me dijo que la señorita Lucy no podía jugar hoy con ella. Me dijo que parecía disgustada.

Domenico sintió un fuerte sentimiento de culpabilidad. Después de lo que habían compartido el día anterior, y de lo que habían estado a punto de compartir, el dolor de Lucy le hacía mucho daño. Hacía que se sintiera como un estúpido. Aunque había estado tratando de proteger a su familia, se había equivocado.

Lucy le había llegado al corazón como ninguna otra mujer lo había hecho. Aquella mañana se había sentido traicionado al

descubrir que, en lo que a ella se refería, no podía fiarse de su instinto.

Después, había leído la carta y se había dado cuenta de que ella le había dicho la verdad. La revista había mandado la carta a ciegas, sin saber a ciencia cierta que ella estuviera allí. Domenico se había equivocado y eso no le agradaba.

–Chiara no regresó para almorzar –prosiguió Rocco.

–Eso no es propio de ella.

–No. No la hemos encontrado en los lugares a los que suele ir. Estoy a punto de salir a buscarla.

–¿Dónde está Lucy?

–Ella ya está buscándola.

La mayoría de los empleados estaba examinando la playa, aunque nadie se había atrevido a poner voz al mayor de los temores: que la pequeña Chiara se hubiera ahogado en el mar. Domenico por su parte se dirigió hacia el interior de la isla, sabiendo que alguien debía ocuparse de los lugares menos evidentes. Así fue como se encontró con Lucy. Ella tomó una curva del camino como una exhalación y cayó literalmente en brazos de Domenico.

–Por favor –susurró ella muy nerviosa–. Por favor, ayúdame.

–¿Qué ocurre, Lucy? ¿Se trata de Chiara?

–Sí –dijo ella a duras penas–. Ahí arriba –añadió–. Tú irás más rápido que yo. Necesitamos una cuerda y una linterna. También un botiquín.

–¿Te refieres al pozo?

–No. A uno de los agujeros que hay en la montaña. Encontré la cinta que llevaba en el cabello y unas canicas en el borde.

Domenico contuvo la respiración. Si la niña había estado jugando demasiado cerca del borde y se había inclinado sobre él...

–Iré a mirar.

–No. Ya lo he hecho. No se escucha nada. Necesitamos una cuerda para llegar hasta ella. Cada minuto cuenta. Por favor, confía en mí en esto –dijo con desesperación.

Domenico decidió que no había tiempo que perder. Tenía que confiar en ella. Se marchó inmediatamente hacia la casa, bajando a toda velocidad por el polvoriento camino. Cuando regresó, cargado con lo que Lucy le había pedido, ella había desaparecido. La encontró unos quinientos metros más arriba, al borde del estrecho agujero. Estaba inclinada sobre él, hablando. Estaba relatando una

historia sobre una valiente princesa llamada Chiara que fue rescatada sana y salva.

–¿Has hablado con ella? –le preguntó.

–No –respondió ella con el rostro muy preocupado–, pero me pareció que si se despierta y escucha una voz familiar, no se sentirá tan asustada.

–Gracias, Lucy. Ha sido una idea genial.

–¿Dónde están los demás?

–Siguen en la playa. Vendrán enseguida. La abuela de Chiara les habrá hecho llegar ya el mensaje. Bueno, ahora ataré la cuerda a ese olivo. Tú vigila el nudo mientras yo bajo.

–No. Iré yo. ¿Has visto el tamaño de ese agujero? Tienes los hombros demasiado anchos. No podrías bajar.

Domenico examinó el agujero y se dio cuenta de que ella tenía razón. Aquel agujero era tan estrecho que ni siquiera estaba seguro de que Lucy pudiera bajar. A pesar de todo, abrió la boca para protestar.

Lucy le aplicó los dedos sobre los labios para impedírselo. Él saboreó la sal y el polvo que había sobre ellos, acompañados de su femenino aroma.

–No discutas conmigo, Domenico. Si yo hubiera salido a jugar con ella esta mañana, nada de esto habría ocurrido.

–No es culpa tuya –dijo Domenico mientras colocaba la cuerda alrededor del cuerpo de Lucy y se la ataba con fuerza–. No has hecho nada malo.

Ella lo miró con sus profundos ojos azules. Algo ocurrió entre ellos, algo que atravesó el pecho de Domenico y le llegó hasta el alma.

–Gracias, Domenico, pero así es como me siento. Ahora, ¿cómo bajo?

–No te preocupes. Yo me ocuparé de eso.

La siguiente hora fue una pesadilla para Lucy. Nunca le habían gustado los espacios pequeños y oscuros. Verse confinada en aquel espacio tan pequeño le provocaba sensaciones de claustrofobia que evocaban recuerdos de su primera noche en prisión.

Tras una entrada muy estrecha, el agujero se hizo un poco más amplio. Lo mejor de todo fue que encontró a Chiara consciente.

–Tranquila, cariño. Ya estás a salvo.

Se quitó la cuerda para que Domenico pudiera enviarle el botiquín. Tras evaluar las heridas de la pequeña –raspones,

arañazos y una muñeca rota– le efectuó las primeras curas, le vendó la muñeca y la tranquilizó mientras le ataba la cuerda alrededor del pecho. Entonces, tiró de la cuerda para que Domenico la subiera. Esperó que la evaluación de sus heridas hubiera sido la correcta porque no podían dejarla allí durante más tiempo.

Por fin, cuando los fuertes brazos de Domenico la subieron a ella al exterior, se sintió profundamente aliviada. Los demás habían llegado ya y estaban rodeando a Chiara.

–¿Cómo está? –preguntó.

–Se pondrá bien, pero vamos a tener que llevarla a tierra firme para que la examinen –le dijo Domenico mientras la tomaba entre sus brazos.

Lucy se dejó abrazar y apoyó la cabeza contra el pecho de él para recuperarse. El corazón le latía con fuerza y respiró profundamente, para tratar de absorber la paz que le transmitía aquel abrazo.

De repente, fue consciente del ruido que les rodeaba y levantó la cabeza. Entonces, se dio cuenta de que se trataba de aplausos y de vítores. Todos la miraban con admiración y aplaudían muy contentos.

–Gracias, Lucy –le dijo Rocco antes de besarla en ambas mejillas–. Has salvado a nuestra niña.

Su madre se acercó a continuación, la amable mujer que tan bien se había portado con Lucy, y luego se acercaron todos los demás. Uno a uno, fueron abrazándola y besándola mientras que Domenico no dejaba de sostenerla, como si supiera que las piernas no iban a poder sujetarla.

Lucy sintió una calidez que no había conocido en lo que le parecía una eternidad de frío y miserable aislamiento, una sensación que parecía irradiar de su interior mientras el cuerpo le vibraba de felicidad.

Cuando todos regresaron junto a Chiara, ella se quedó en brazos de Domenico. Estaba demasiado agotada y demasiado aturdida como para poder moverse. Una sonrisa se le dibujó en el rostro al tiempo que las lágrimas le caían por las mejillas. No comprendía por qué lloraba, pero no podía evitarlo.

Domenico la estrechó con más fuerza entre sus brazos.

–Tranquila, Lucy. Te llevaremos a casa muy pronto.

¿A casa? Ella no tenía casa. No pertenecía a ningún sitio. Parpadeó y vio que Domenico la miraba sin arrogancia, sin altivez y sin acusación alguna en el rostro. Se echó a temblar al darse cuenta lo indefensa que estaba en aquellos minutos contra él.

–Gracias por salvar a Chiara, Lucy –susurró él mientras le secaba las lágrimas con el pulgar. Nunca antes lo había visto tan serio–. Arriesgaste tu vida por ella.

–Cualquiera lo habría hecho…

–No. Cualquiera no. Muchos no se habrían atrevido. Si no hubiera sido por ti, no quiero ni pensar en el tiempo que habría pasado hasta que la hubiéramos sacado de ahí –musitó, acariciándole de nuevo la mejilla con los dedos–. Estaba equivocado sobre ti. No eres la mujer que pensaba. Te ruego que me perdones por lo que te dije esta mañana. ¿Podrás hacerlo?

Sin poderse creer lo que estaba escuchando, Lucy asintió.

Entonces, vio asombrada cómo él bajaba la cabeza. Sus miradas se cruzaron, sus alientos se mezclaron y algo parecido a la felicidad brotó en el corazón de Lucy.

Domenico la besó suave, tiernamente, con una reverencia que le llenó a ella el corazón de gozo y alivió completamente su alma.

Capítulo 9

Domenico se mesó el cabello con frustración mientras escuchaba a su cuñada. Ella era su familia y, por el bien de su sobrino, Domenico la toleraba.

–Sí, Lucy está aquí. Es mejor que se quede aquí lejos de la prensa que venda su historia. ¿No es eso lo que querías?

Se apartó el teléfono de la oreja mientras Pia lanzaba un torrente de objeciones. Su cuñada ya se había enterado de que él había rescatado a Lucy de los periodistas y quería saber por qué seguía con él. Como si él tuviera que explicarle nada... Además, se había metido en aquella situación tan solo porque ella se lo había pedido, aunque todo había dejado de ser una simple negociación para convertirse en algo mucho más personal.

Se frotó la mandíbula y decidió que Lucy y él tenían un asunto inacabado entre manos. Un asunto que había retrasado y que no tenía nada que ver con Sandro, ni con Pia ni con la prensa.

–Tranquilízate, Pia, y escúchame...

Lucy escuchó la voz de Domenico en cuanto entró en la casa. Se detuvo en seco, no para escuchar la conversación, sino para deleitarse con aquella maravillosa voz que despertaba el deseo en su cuerpo.

–Comprendo tus preocupaciones, Pia, pero ella no es la mujer que la prensa ha hecho creer.

Lucy se quedó atónita al darse cuenta de que Domenico estaba hablando con su cuñada sobre ella. Se quedó inmóvil, presa de la curiosidad.

–De eso hace muchos años, Pia. La gente cambia. Ella ha cambiado. ¿Recibiste una carta suya? Pues no deberías haberla tirado. Ella te la escribió para decirte lo mucho que lamentaba la muerte de Sandro. Lo decía en serio, Pia. Estoy seguro de ello.

El corazón de Lucy le latía con fuerza contra las costillas. Domenico la estaba defendiendo frente a su cuñada. Casi no se lo podía creer.

–Lo comprendo, Pia, pero es hora de que sigamos con nuestras vidas. Por el bien de Taddeo –dijo. Entonces, se detuvo como si

estuviera escuchando–. No podemos cambiar el pasado, por mucho que lo queramos. Sé que a Lucy le gustaría. Siente profundamente lo que le ocurrió a Sandro.

Lucy sintió que se le doblaban las rodillas y tuvo que agarrarse al pomo de la puerta.

–Como tú quieras, Pia, pero piensa en lo que te he dicho. Vivir en el presente es lo mejor para tu hijo. Es un buen chico y Sandro habría estado orgulloso de él. No querrás que crezca con miedo y resentimiento, ¿verdad?

Lucy soltó la puerta y recordó que aquella era una conversación privada. Echó a correr y atravesó el vestíbulo. Se sentía confusa, pero no podía dejar de sonreír.

Domenico la había defendido.

El sol se filtraba por las ramas. Lucy se reclinó sobre su cojín con un suspiro de felicidad.

–¿Más? –le preguntó Domenico mientras le ofrecía un racimo de uvas recién cortado.

–No puedo. He comido como un caballo.

–¡Yo sí quiero! –exclamó Chiara mientras se acercaba a ellos corriendo. La escayola que llevaba en la muñeca era el único recordatorio de lo ocurrido la semana anterior.

Lucy miró a Domenico y se dio cuenta de que los dos habían compartido el mismo pensamiento. Sonrió y él le devolvió la sonrisa. Era como ver salir el sol después de una noche interminable.

–Domi, ¿no me das?

Él centró su atención en la pequeña.

–Por supuesto, Chiara –le dijo mientras le entregaba el racimo. Después se volvió a tumbar apoyándose sobre los brazos. Si se acercaba un poco más, Lucy y él se tocarían.

Domenico no la había tocado desde el día del accidente. Lucy jamás olvidaría la magia del beso que habían compartido.

Le preocupaba lo mucho que lo deseaba, pero después de haber escuchado cómo la defendía frente a Pia, había dejado de inquietarse. Tenía la completa seguridad de que las cosas habían cambiado entre ellos.

Cuando levantó la mirada, vio que él la estaba observando. Domenico sonrió y ella tuvo que agarrarse a la hierba para no levantar las manos y acariciarle el rostro.

–Bueno, Lucy, ¿te gustan los picnic al estilo italiano?

–Me encantan los picnic al estilo italiano.

–Pero si solo has estado en uno.

–¿Cómo no me van a gustar? –dijo señalando los restos de pan casero, los boles de *ricotta* y de miel, el *prosciutto*, las aceitunas y la amplia variedad de frutas de verano–. Es el paraíso. Casi tan bueno como nuestros picnics en Inglaterra.

–¿Casi?

–Bueno, no hay nada como el repentino chubasco inglés para animar las comidas al aire libre.

Domenico se echó a reír. Lucy sonrió. Últimamente, le parecía imposible dejar de sonreír. Sentía que pertenecía a aquel lugar gracias a la cariñosa familia de Chiara y a Domenico. Él no había vuelto a mencionar a su hermano ni la historia que ella podría vender a la prensa. Como si confiara en ella.

Lucy podía relajarse a su lado.

No. Eso no era cierto. El deseo que sentía por él le impedía relajarse. Había momentos en los que le parecía que los horrores del pasado desaparecerían y la dejarían vivir en paz en aquel paraíso. Sin embargo, sabía que aquello no podía durar.

Algún día, el mundo real se entrometería. Domenico debería volver a ocuparse al cien por cien de sus negocios y ella... ella también tendría que marcharse de allí.

Aquel pensamiento le provocó una fuerte presión en el pecho, que le hizo llevarse la mano a la garganta.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó él.

–Sí. Creo que he comido demasiado...

El pánico se apoderó de ella. Aquello no tenía que ver solo con el hecho de que aquellas vacaciones estuvieran a punto de terminarse. Sabía que llegaría el momento de crearse una nueva vida. Sin embargo, lo que más miedo le daba tenía que ver con Domenico y lo que había empezado a sentir por él.

Sentía... demasiado.

Se puso de pie rápidamente. Domenico siguió su ejemplo con una expresión de preocupación y le agarró la muñeca con sus largos dedos.

–¿Qué te pasa, Lucy?

–Nada. Solo necesitaba moverme un poco.

Él le examinó el rostro. Al ver cómo la miraba, Lucy rezó para que él no pudiera leerle el pensamiento.

–Mentirosa...

–Me prometiste...

–Te prometí que no volveríamos a hablar del pasado, pero esto

no tiene nada que ver con el pasado, ¿verdad? Tiene que ver con el presente.

Lucy lo miró a los ojos.

–No puedo...

–No importa, Lucy. No tienes que hacer nada.

–Domi, Lucy, ¿qué pasa?

Domenico miró a la niña. Lucy sintió una inmediata liberación de la tensión. Respiró profundamente, tratando de encontrar el equilibrio aunque Domenico aún no la había soltado.

–No pasa nada, cariño. Tengo una sorpresa para las dos.

La sorpresa era una excursión a tierra firme, a una ciudad que se extendía por empinadas colinas trazando un patrón de casas de colores pastel. A Lucy le habría gustado tener una cámara. Había rincones maravillosos y vistas espléndidas desde todas partes.

–Nunca había visto un lugar como este –comentó Lucy–. Es precioso.

–¿No hay sitios bonitos en tu país? –le preguntó Chiara.

–Sí, claro que los hay. Las campánulas crecen tan espesas en la primavera que parece que el bosque tiene una alfombra azul. Nuestra casa tenía rosas alrededor de la puerta y el columpio más grande que hayas visto jamás colgado de un viejo árbol en el jardín.

Los veranos le habían parecido interminables entonces. Como aquel. Aunque, desgraciadamente, tenía que terminar. Decidió que cuando regresara a Inglaterra se buscaría un trabajo de camarera. Algo en lo que no tuviera que presentar referencias.

–Vamos –dijo la niña tirándola de la mano–. Domi dijo que podríamos tomarnos un *gelatto* en la plaza.

Las dos regresaron juntas a la plaza. Seguramente, Domenico ya habría terminado el recado que le había encargado la *nonna* de Chiara y las estaría esperando.

Mientras pasaban por unas tiendas, un grito hizo que Lucy girara la cabeza.

–¡Mira! ¡Es ella!

Una mujer muy delgada estaba señalándola desde el otro lado de la calle.

–Te dije que era ella cuando subieron las dos la colina, pero no me creíste. Por eso, fui por esto. ¿Ves? –le preguntó a su amiga mientras agitaba en el aire una revista que atrajo la atención de todos los que pasaban a su lado.

Lucy sintió que el alma se le caía a los pies. Agarró de la mano a

Chiara y apretó el paso. Sin embargo, la mujer avanzó con rapidez.

–Te digo que es ella. Es una asesina. ¿Qué está haciendo con esa niña? Alguien debería llamar a la policía.

Lucy sintió náuseas, pero se obligó a seguir andando, aunque sin echar a correr. Con eso solo conseguiría asustar a Chiara. No obstante, sentía que todo el mundo las miraba y que comenzaba a murmurar a su alrededor. Sin soltar la mano de la niña, decidió ignorarlas y seguir caminando.

–¿Por qué no la detiene alguien? –gritó la mujer–. Es una asesina. No debería estar junto a una niña inocente.

Por el rabillo del ojo, vio la foto de la revista que la mujer agitaba sin parar. Era la que le habían tomado al entrar en la limusina de Domenico. El titular decía: *¿Dónde está ahora la asesina de Sandro?*.

Parecía que la pesadilla no iba a terminar nunca y, en aquel momento, la pobre Chiara estaba atrapada en ella. Al darse cuenta de que la niña se acobardaba cuando la mujer volvió a gritar, la ira se desató dentro de ella.

Se detuvo en seco y se dio la vuelta. Entonces, colocó a Chiara detrás de ella para protegerla.

La mujer se alejó unos pasos.

–*Signora*... –dijo Lucy cortésmente–, le ruego que no grite. ¿No se da cuenta de que está asustando a la niña? Sería mucho mejor para todo el mundo que no gritara.

La mujer la contempló boquiabierta durante un instante. Luego cerró la boca y exclamó:

–¡Escuchadla todos! ¡Me está amenazando! ¡Que alguien la detenga! ¡No debería estar con esa niña!

–¿Lucy? –susurró Chiara.

Ella se volvió para tranquilizar a la pequeña y, entonces, sintió movimiento hacia ella. Cuando se dio la vuelta, se encontró cara a cara con un mar de rostros.

–Si me tocan a mí o a la niña, tendrán que responder ante la policía –dijo con voz tranquila mientras examinaba a todos los que la rodeaban.

Domenico escuchó las palabras incluso por encima de los murmullos de la multitud. Vio el gesto desafiante de Lucy y le pareció que ella tenía el aspecto de una leona defendiendo a sus cachorros.

Experimentó una potente sensación en el pecho. Apretó los

puños y echó a correr. Al llegar donde estaban, se colocó junto a Lucy. Ella lo miró con los ojos llenos de temor, unos ojos que, media hora antes, habían estado llenos de felicidad.

La ira se apoderó de Domenico.

Tomó en brazos a Chiara y rodeó a Lucy con el otro brazo.

–No sé quién es usted –le espetó a la mujer–, pero le agradecería que no asustara a mi familia.

–Pero es...

–No importa quién sea, *signora.* Sin embargo, sí importa quién sea usted. Necesitaré su nombre para denunciarla ante la policía por acoso. Y posiblemente por incitación a la violencia.

Entonces, miró a su alrededor y vio que la muchedumbre había comenzado a dispersarse.

–Al igual que los nombres de todos los implicados –añadió. Entonces, se dirigió a la pequeña Chiara–. ¿Te encuentras bien, *bella*?

–Sí, pero Lucy no. Estaba temblando.

–Tranquila, bonita. Ahora estoy yo aquí y Lucy se encuentra mejor.

Domenico la abrazó con más fuerza y se arrepintió de haber prescindido aquel día de los guardaespaldas. Volvió a mirar a su alrededor y vio que tan solo quedaban ya dos mujeres, que lo observaban con los ojos abiertos como platos. Oyó que la mujer susurraba:

–Es el de la revista. Su...

–¡Basta! –rugió él–. Si dice usted una palabra más, presentaré una denuncia.

Las dos mujeres no tardaron en desaparecer.

–Bien, chicas –dijo Domenico mientras las dirigía a ambas hacia la plaza, con el tono de voz más tranquilizador que pudo encontrar a pesar de la furia que sentía–. Hora del *gelatto.* Yo lo voy a tomar de limón. ¿Y vosotras?

Capítulo 10

Lucy metió su otro par de zapatos en su maleta. Menos mal que no tenía muchas cosas. Así, habría terminado de recoger sus pertenencias en un suspiro.

Después, hablaría con Rocco. Seguramente, el guardaespaldas podría decirle lo que tenía que hacer para salir del país y poder perderse entre la multitud de una gran ciudad de Inglaterra. Lo único que pedía era anonimato y no tenía esperanza alguna de conseguirlo allí en Italia.

Agarró una camisa y la colocó encima de los zapatos mientras trataba de contener las lágrimas. ¿Qué le ocurría? Hasta que lloró cuando el accidente de Chiara, llevaba años sin hacerlo. En aquellos momentos, lo único que quería era acurrucarse y dejarse llevar por la autocompasión. Era como si sus defensas se hubieran desmoronado, dejándola presa de una debilidad a la que pensaba que había derrotado años antes.

Miró hacia tierra firme y observó las luces de la pequeña localidad en la que habían estado. Hacía unas horas, se había sentido inmensamente feliz, más de lo que hubiera creído posible. Había gozado con la atención y la aprobación que le dedicaba Domenico. Se había convertido en una mujer a la que apenas reconocía, una mujer que podría creer que realmente pasaban cosas buenas. Pensaba que Domenico podía ir más allá de las apariencias para ver la mujer que era realmente. O más bien la que había sido antes de que la vida le dejara sus cicatrices. Había creído que había una posibilidad entre ellos...

Eso era ya imposible. Trató de asegurarse de que él se mostraba tan amable con ella porque quería convencerla de que firmara el contrato. Sin embargo, rechazó la idea.

¿Por qué? Porque se había enamorado de él. Como si a Domenico le importara.

Tal vez los años que había pasado en prisión le habían nublado su buen juicio y la predisponían a sucumbir a la más pequeña muestra de cariño. Estaba lista para la pasión y mucho más. Para la ternura, algo que se le había negado durante mucho tiempo. Esa debía de ser la razón. ¿Cómo si no se podía explicar que se hubiera enamorado de Domenico con tanta facilidad?

Había tomado la decisión correcta. Debía seguir con su vida. Al día siguiente, sería una mujer anónima en Londres.

–¿Qué es lo que crees que estás haciendo?

La voz de Domenico resonó en el dormitorio. Lucy se echó a temblar y agarró con fuerza su ropa.

–Estoy haciendo las maletas –respondió sin darse la vuelta.

Cuando él volvió a hablar, estaba ya junto a ella, tan cerca que sus palabras parecían acariciarle el cuello.

–De eso nada.

Lucy se dio la vuelta y dejó caer la ropa al suelo.

–¿Cómo has dicho? No creo que puedas decirme lo que tengo que hacer –le espetó, tratando de fingir una actitud desafiante que no sentía.

–Tú no eres la clase de mujer que sale huyendo cuando las cosas se ponen feas.

–¡Pues mira cómo lo hago! –exclamó ella. Se volvió de nuevo hacia su maleta, pero Domenico le agarró el brazo y la obligó a que se diera la vuelta.

–Tú no eres una cobarde.

–Esto no tiene nada que ver conmigo. ¿Y Chiara? Ella se ha visto envuelta en todo esto.

–Estás utilizando a Chiara como excusa.

–¿Como excusa? ¿Es que no has comprendido lo que ha pasado esta mañana? –le preguntó mientras señalaba con el brazo hacia tierra firme–. He visto lo que una muchedumbre es capaz de hacer. No quiero que Chiara ni nadie se vea en peligro por mi culpa.

Con eso, tiró del brazo y se soltó de él. Entonces, se dirigió hacia la puerta y le indicó que se marchara. Él la siguió, pero tan solo para colocarse frente a ella.

–Nuestro asunto no ha terminado.

–Será el tuyo, no el mío.

Se dio cuenta de que aquello era lo único que le importaba. Firmar aquel contrato. Vender su alma y dejar a un lado su única oportunidad de demostrar su inocencia. Eso era lo único que contaba. Ella era tan solo un problema para Domenico, un problema que tenía que solucionar. Por eso se había mostrado tan amable con ella.

–Me marcho –afirmó controlando sus sentimientos.

–Te marchas porque tienes miedo.

–¿Miedo? ¿Yo?

–Sí, tú.

El miedo se apoderó de Lucy. ¿O acaso era excitación? Lo miró

fijamente, incapaz de apartar la mirada de él. Lo que vio la puso muy nerviosa. Él tenía los ojos entornados, tan amenazantes como un cielo de tormenta y tan penetrantes como una daga. Trató de respirar, pero no pudo.

–Yo soy la amenaza para la sociedad, ¿te acuerdas? La gente tiene miedo de mí.

La amargura con la que ella había hablado destruyó las buenas intenciones de Domenico. La empujó hasta que la tuvo inmovilizada contra la pared. Observó atentamente su rostro y, en silencio, lanzó una maldición.

Se negaba a permitir que ella volviera a esconderse tras las barreras. Ella le había permitido que descubriera la cálida y vibrante mujer que en realidad era. De repente, le pareció que lo que había entre Lucy y él era tan importante como la reverencia que sentía por la memoria de su hermano.

–¿De qué es lo que tengo miedo? –le espetó ella, en tono desafiante.

–De esto.

Domenico le agarró la mandíbula con la mano izquierda y aplastó la derecha contra la pared, justo al lado de la cabeza de Lucy. Entonces, la besó con toda la fuerza contenida de su furia y su deseo.

Los sentidos estallaron en una explosión de placer. El dulce aroma de Lucy le llenaba los sentidos. Su cuerpo era una provocación. Oyó que ella se tragaba una expresión de sorpresa y la convertía en un gemido de placer que lo excitó aún más. Lucy se echó a temblar y se arqueó contra él, arrebatándole así el último pensamiento coherente.

La besó profunda y apasionadamente, pero, cuanto más la besaba, más necesitaba. Quería todo lo que ella pudiera ofrecerle.

Lucy lanzó un gemido que parecía expresar perfectamente su rendición y abrió más la boca, atrayéndolo más profundamente con una caricia de su propia lengua. El deseo se apoderó inmediatamente de Domenico. Había acumulado tanto a lo largo de los días que un simple beso no podía satisfacerlo. Bajó la mano y comenzó a acariciarle uno de los senos. Ella se tensó, pero luego comenzó a mesarle con desesperación el cabello, reteniéndolo contra su cuerpo mientras lo besaba con una pasión que turbaba los sentidos de Domenico.

Él le apretó el seno, que le cabía perfectamente en la mano.

Pensó si debería seguir por aquel camino, pero Lucy se apretó contra él y le hizo perder el poco control que aún tenía.

Estaba ardiendo. Fuego en vez de sangre era lo que parecía tener en las venas. El deseo atenazaba cada centímetro de su cuerpo.

Con celeridad, le desabrochó la camisa y tiró del sujetador hasta colocárselo por debajo del pecho. La piel de Lucy era seda y fuego. La mano de Domenico temblaba mientras jugaba con el pezón. Entonces, oyó un gemido que marcaba claramente la rendición de Lucy.

Él quería darse un festín con aquel pecho, lamerle el pezón y observar cómo ella se retorcía de placer. Sin embargo, no tenía paciencia.

Dobló ligeramente las rodillas y apretó las caderas contra las de ella, gozando en la fricción que conseguía contra el cálido centro de su feminidad.

–Sí... –gimió ella contra su boca. Le tiraba tan fuerte del cabello que casi le hacía daño.

Entre los brazos de Domenico, adoptó una actitud frenética. Tenía la respiración entrecortada cuando apartó la boca de la de él para mordisquearle el cuello. Domenico se movió una vez más contra ella. Entonces, Lucy levantó una pierna y se la enganchó alrededor del muslo, como si tratara de subirse más a él.

Aquello era mucho más de lo que un hombre era capaz de soportar.

Le colocó las manos en la cintura y la levantó. Vio con satisfacción cómo ella le rodeaba la cintura con las piernas y entrelazaba los tobillos como si estuviera cerrando una trampa. Domenico le pegó con fuerza la espalda a la pared y vio cómo el rubor del deseo le cubría las mejillas, la larga línea del cuello, el seno de puro alabastro, rematado con una delicada punta de color rosa.

Jamás había visto nada tan excitante ni tan hermoso en toda su vida. Se detuvo durante un instante, bebiendo en aquella bella imagen, dejando que la ternura se peleara con el deseo más primitivo.

Entonces, ella le acarició la bragueta de los pantalones, provocando que las necesidades de su cuerpo borraran todo lo demás. Entre los dos, bajaron la cremallera. De algún modo, Domenico se apartó la ropa interior sin ni siquiera molestarse en desabrocharse el cinturón. A continuación, deslizó las manos sobre los muslos de Lucy para levantarle la falda. Cuando llegó a la ropa interior, tenía la intención de apartarla lo suficiente, pero juzgó mal

su fuerza y se la desgarró.

–Lucy...

Ella abrió los ojos. Su mirada azul tenía un aspecto febril que indicaba claramente el deseo que sentía. Su abandono era total, precisamente lo que Domenico había esperado encontrar.

Con la poca cordura que le quedaba, recordó sacar la cartera. ¿Llevaría un preservativo? No solía dejarse llevar por aventuras sexuales, pero no había olvidado las costumbres de su juventud.

Lucy lo besó apasionadamente y apretó las piernas, obligándolo a acercarse más a ella. La erección se irguió, rozándole delicadamente el suave vello.

El pulso de Domenico se aceleró mientras se movían juntos con la más antigua de las danzas. La excitación llegó a su punto más alto. Con una mano en uno de los senos de Lucy y la otra en la pierna, consiguió acoplar su ritmo al de ella. Cada movimiento incrementaba el deseo que ambos sentían. Era tan maravilloso estar junto a ella. Domenico levantó un poco las caderas, gozando con el modo en el que ella temblaba. Un movimiento más y conseguiría...

Lucy se alzó un poco más y Domenico consiguió colocarse perfectamente. Demasiado perfectamente. Había penetrado ligeramente su cálido y húmedo placer.

Apretó los dientes. Le colocó las manos en las caderas y se preparó para retirarse. Lo único que tenía que hacer era encontrar la fuerza de voluntad para resistir la tentación. Solo tardaría un instante y luego...

Sin embargo, Lucy volvió a moverse contra él, pero en aquella ocasión fue un movimiento rápido de caderas. Un gemido de sorpresa resonó entre ellos. Domenico sintió que ella comenzaba a temblar. Su cuerpo se convulsionó y él sintió cómo los músculos se le contraían, animándole a seguir. Domenico abrió los ojos y la vio alcanzando el orgasmo, con una expresión sorprendida en los ojos.

El deseo destruyó toda capacidad de razonamiento. Reaccionó instintivamente, hundiéndose profundamente en ella. Durante un instante, el cuerpo de Lucy se resistió. Resultaba muy estrecho, tanto que la explicación solo podía ser una. Una explicación que echaba por tierra todo lo que había oído sobre ella.

Entonces, todo pensamiento coherente se vio borrado, cuando, de repente, se encontró en el centro de ella, lo suficientemente profundo como para sentir los temblores que estaba experimentando su cuerpo.

Las sensaciones eran demasiado poderosas. Lucy gozaba con lo que estaban experimentando, por lo que, con un grito de triunfo, se

arqueó contra ella y se dejó llevar.

Vio las estrellas y todos los planetas del cielo a través de los ojos cerrados. Galaxias y constelaciones enteras parecieron cobrar vida para caer sobre ellos con una cascada luminosa y deslumbrante. El éxtasis del clímax fue tan intenso que Domenico se preguntó si sobreviviría.

Le indicó que seguía con vida que sintiera el aliento de Lucy sobre el rostro y sus manos agarrándole los hombros como si no fuera a soltarle nunca.

Cuando Lucy se despertó, estaba tumbada sobre la cama, bajo una sábana. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Se había sentido completamente desorientada por aquel orgasmo tan poderoso. Se echaba a temblar con solo recordarlo. Había sentido músculos que ni siquiera sabía que poseyera.

–¿Tienes frío? –le preguntó Domenico desde el otro lado de la cama.

Ella sonrió lentamente. No sabía si tenía la energía suficiente para poder hablar.

–¿Lucy? ¿Te encuentras bien?

–Jamás me he sentido mejor –dijo ella. Le costaba hablar, casi como si hubiera bebido. Se sentía maravillosamente. Era un placer tener la cabeza apoyada sobre aquella suave almohada. Tan solo le faltaba una cosa–. ¿Puedes abrazarme, por favor?

Silencio.

–¿Domenico?

–Deberías descansar.

Algo en su voz hizo que Lucy se girara para mirarlo.

Él estaba en el lado más alejado de la cama, completamente vestido. Tenía el ceño fruncido. Lejos quedaba la imagen de amante descontrolado por completo. Aquel hombre ni siquiera tenía un cabello fuera de lugar.

Por primera vez, Lucy se dio cuenta de que estaba completamente desnuda bajo la sábana. Recordó que él le había arrancado los botones de la camisa y la ropa interior, pero, ¿qué había pasado con el resto de su ropa? ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de que él la estaba desnudando?

Se fijó mejor en el rostro de Domenico y vio que él tenía el aspecto de un hombre que creía haber cometido el peor error de toda su vida.

–Buena idea –murmuró–. Creo que voy a descansar un poco –

añadió mientras volvía a colocarse de espaldas a él.

–Lucy…

–Vete. No quiero hablar.

Domenico se sentó sobre la cama, junto a ella. Inesperadamente, ella volvió a sentir cómo el deseo se apoderaba de ella. ¿Cómo podía ser, después de haber disfrutado de un amor sin barreras?

Decidió que para Domenico habría sido tan solo sexo. Sin embargo, ella se negaba a considerarlo de aquel modo. No obstante, era mejor que se olvidara de los sentimientos que tenía hacia él, sentimientos que se iban haciendo más fuertes día a día. Aquello no tenía nada que ver con años de abstinencia sexual y todo con lo que Domenico representaba como hombre.

–Lucy… lo siento.

–¿Que lo sientes? –repitió ella mirándolo.

–Lo que he hecho…

–Lo que hemos hecho –le corrigió ella.

–He sido estúpido y egoísta.

–¿Cómo dices?

–No he utilizado preservativo. No hay excusa para lo que he hecho, pero créeme si te digo que no ha sido deliberado.

¿Cómo era posible que ella no hubiera reparado en aquel detalle? ¿Que no hubiera pensado en protegerse?

Se mordió los labios y se sentó en la cama cubriéndose al mismo tiempo con la sábana.

–Si sirve de algo, te aseguro que no tengo ninguna enfermedad contagiosa.

Ella asintió, pero evitó mirarlo a los ojos. Después de lo que habían compartido, resultaba ridículo sentirse avergonzada, pero así era.

–Yo tampoco.

Sin embargo, eso no borraba el hecho de que hubiera podido quedarse embarazada. El corazón le golpeó con fuerza contra las costillas. ¿Embarazada de Domenico?

Las complicaciones serían enormes y, sin embargo… Se colocó una mano sobre el vientre. ¿Sería posible?

De repente, experimentó una extraña sensación muy parecida a la esperanza. Siempre había deseado tener hijos. Eso no había cambiado, ni siquiera durante su estancia en prisión. En realidad, había consolidado más su necesidad de tener una familia propia.

–No estás tomando la píldora, ¿verdad?

La esperanza que él tenía reflejada en el rostro apagó la suya propia.

–No. No estaba pensando en acostarme con el primer hombre que pudiera cuando salí de la cárcel.

–Si hay bebé, no estarás sola.

Lucy levantó el rostro y lo miró a los ojos. ¿Sabía Domenico lo mucho que aquellas palabras significaban? ¿El escándalo que se montaría cuando se supiera que ella estaba esperando un hijo suyo? Había esperado más bien que él le sugiriera un aborto.

Asintió sin poder decir nada, abrumada por la calidez que evocaban aquellas palabras. Por primera vez en mucho tiempo, no estaba sola.

–¿Te he hecho daño?

–No soy ninguna muñeca de porcelana, ¿sabes? –respondió ella.

–Pero eras virgen –dijo él mientras se mesaba el cabello con las manos. Parecía completamente desesperado.

–No importa, Domenico. Te lo aseguro.

–Claro que importa –replicó. Entonces, le dedicó una mirada completamente carente de calidez. Sus ojos eran fríos, carentes de sentimientos.

–Yo... –susurró ella. Se levantó de la cama y, como pudo, se envolvió por completo en la sábana–. ¿Y por qué importa tanto, Domenico?

En vano, esperó que él le asegurara que, efectivamente, no importaba. Que solo le preocupaba el hecho de que hubiera podido hacerle daño. No fue así. Domenico guardó silencio.

De repente, se dio cuenta de que tan solo podía haber una razón para aquella reacción. Una razón por la que saber que ella era virgen lo había hecho adoptar aquella actitud.

La sangre se le heló en las venas.

–¡Eres un verdadero canalla! –gritó–. Querías pruebas, ¿verdad? Pruebas de que estaba diciendo la verdad. ¡Esa es la razón! ¡No podías permitir que me marchara sin saber de una vez por todas si yo había mentido cuando dije que ni era la amante de tu hermano ni su asesina! En el tribunal, yo afirmé que era virgen.

Lucy atravesó la habitación para acercarse a él. Domenico la miraba sin expresión alguna en el rostro.

–¡Te acostaste conmigo para averiguar si yo era inocente o culpable! ¿No es cierto?

Levantó la mano y le abofeteó la mejilla con tanta fuerza que sintió un fuerte dolor en la mano y en el brazo. Sin embargo, aquello no era nada comparado con la angustia que sentía en su desgarrado corazón.

Capítulo 11

Se merecía ese bofetón y mucho más, no porque hubiera mantenido relaciones sexuales con Lucy para ponerla a prueba, sino por el dolor que empañaba sus hermosos rasgos.

Ella se dio la vuelta para marcharse, pero Domenico le agarró la muñeca para impedírselo.

–¡Suéltame! ¡Ahora mismo!

–Todavía no. Al menos hasta que me hayas escuchado.

–¿Hasta que haya escuchado cómo me explicas por qué era necesario desnudarte conmigo? ¡Ah, sí! Claro, tú no te desnudaste –añadió con sarcasmo–. Eso habría sido ir demasiado lejos, ¿verdad? ¿Por qué tomarse tantas molestias cuando lo único que tenías que hacer era...?

–¡Ya está bien!

–¡No! ¡No está bien! No puedes obligarme a guardar silencio.

–¿Ni siquiera para que escuches lo que yo tengo que decir? No me he acostado contigo para comprobar si te habías acostado con Sandro.

–Como si yo me lo fuera a creer. Me oíste decir en el tribunal que yo no era la amante de tu hermano. Si me hubieras creído, no te habría sorprendido tanto que yo fuera virgen.

–No es tan sencillo...

–¿No? O me creías o no me creías.

Domenico negó con la cabeza. ¿Cómo podía explicarle que creía en la inocencia de Lucy? En lo más profundo de su corazón, estaba convencido de que Lucy no era la mujer que todos habían creído. Sin embargo, había estado demasiado cegado por el deseo y el resto de sentimientos salvajes que ella inspiraba en él y demasiado horrorizado por lo que tendría que afrontar si ella era inocente. La enormidad de cómo la había fallado.

–Sabía que no eras la mujer que habíamos pensado. Sabía que no eras del todo culpable.

–Del todo culpable –repitió ella–. Qué bonito. Es decir, que solo era un poco culpable. ¿En qué parte? ¿Tal vez que no maté a Sandro pero que me acosté con él por su dinero? ¿Es eso lo que habías pensado?

–¡No! No hables así ¡No estaba pensando! ¿De acuerdo? No

había planeado demostrar nada excepto lo bien que estaríamos los dos juntos. ¿Satisfecha?

–No, ya veo que no estabas pensando –dijo ella. Estaba muy pálida–. Si hubieras pensado, te habrías dado cuenta de que mi virginidad no es prueba alguna de que yo no sea una asesina. El tribunal rechazó mi petición para hacerme una prueba de virginidad, ¿lo recuerdas?

–Lo siento... Eso debió de ser horrible.

Lucy parpadeó y lo miró fijamente como si lo estuviera viendo por primera vez.

–Fue como si me violaran delante de todo el mundo. Mi inexperiencia no demuestra que yo sea inocente –dijo, con voz suave–. Por lo que tú sabes –añadió ella–, yo estaba engañando a tu hermano, como dijeron, prometiéndole sexo a cambio de joyas y dinero. El hecho de que no me abriera en realidad de piernas para él no importa.

–¡No hables así!

–¿Y por qué no? Eso es precisamente lo que acabo de hacer ahora mismo...

–No. No lo es –protestó Domenico. Ella no podría reducir lo que acababan de compartir a algo tan bajo. Había sido salvaje y sin control, pero no había sido solo sexo. Había sido... Maldita sea. No comprendía lo que había sido, pero sí que había sido algo especial.

Le agarró la otra mano y la sábana cayó al suelo. Minutos antes, no había podido apartar la mirada de su cuerpo desnudo, pero en aquel momento, tan solo podía mirarla a los ojos. Ella, por su parte, lo observaba con una altivez que lo helaba hasta la médula.

Entrelazó los dedos con los de ella.

–Lo que ha ocurrido no es así.

–¿Qué ha sido entonces? Tú ni siquiera me creíste...

–Te creí –dijo él.

No conscientemente. Domenico había evitado pensar en lo sucedido y había tomado el camino más fácil. Resultaba más sencillo no enfrentarse a sus dudas y refugiarse en su papel de hermano justiciero.

–Mentiroso...

–No. Sabía que no eras la mujer que la acusación nos estaba haciendo creer. Sabía que eras cariñosa y afectuosa, que tus instintos eran generosos y no egoístas. Mira cómo salvaste a Chiara. Mira el modo en el que te enfrentaste a esa gentuza para protegerla.

–Eso no es suficiente...

Domenico lo sabía. Sintió vergüenza al darse cuenta de que no

podía hacer más. Debería haberse asegurado mucho antes. Había querido creer que ella era inocente. Había querido pensar que su temor hacia Bruno Scarlatti lo señalaba a él como el responsable de la muerte de Sandro. Sin embargo, no se habría atrevido a dar un salto de fe. Ni siquiera cuando había comprendido que ella era virgen había querido ver la verdad. Fue después, cuando vio cómo se relajaba ella entre sus brazos, cuando comprendió la enormidad de lo ocurrido.

Domenico señaló a la pared donde habían gozado juntos.

–No estaba pensando en tu virginidad –le aseguró presa de la desesperación–. En lo único en lo que podía pensar era en poseerte, en hacerte mía hasta que gritaras mi nombre cuando llegaras al clímax. ¿Sabes lo mucho que te he deseado?

Ella lo miró asombrada.

–Te aseguro que no tenía un plan para seducirte –prosiguió él–. Eres tú la que me ha seducido desde el principio.

–¡Eso no es cierto! Haces que parezca que yo he tratado de…

–Ya lo sé y no es así. Lo único que hiciste fue ser tú misma.

Eso era lo que le había enganchado desde el principio. Su fascinante personalidad. Su fuerza y su independencia, su generosidad, en especial con Chiara. Su valor y, sobre todo, su sinceridad. ¿Cómo había podido él pensar que no lo era?

Porque había creído que alguien sufriera por la muerte de Sandro. Su ira y su pena le habían predispuesto a aceptar la imagen que le pintaba la acusación.

¿La razón? Se había sentido celoso de su hermano.

–Eres como esos abogados, tratando de…

–Lo que ocurrió no tuvo nada que ver con el juicio –insistió él mirándola a los ojos–. Tienes que creerme.

–No tengo que hacer nada.

Efectivamente, Domenico no tenía derecho alguno a esperar nada, en especial después de lo que él le había hecho a ella en el nombre de la justicia. Sin embargo, seguía deseándola mucho más que antes. En cualquier momento, ella podría decidir que se marchaba. ¿Y quién podría culparla por ello?

La tomó entre sus brazos, rodeándole la espalda desnuda. Heroicamente, ignoró la sedosa invitación de su sedosa piel.

–Sé que no mataste a Sandro, Lucy.

–Eso es imposible –replicó ella–. No tienes pruebas nuevas. Nada. Ya te he dicho que el hecho de que yo no me hubiera acostado con Sandro no significa…

–Lo sé. Técnicamente, no demuestra tu inocencia. No te voy a

pedir que me perdones por haber dudado de ti tanto tiempo. Eso sería pedir demasiado, pero debes saber que siento mucho todo lo ocurrido. Más de lo que puedo expresar con palabras. Y por eso, voy a demostrar que tú no mataste a Sandro.

Así no conseguiría borrar los cinco años que ella había pasado en la cárcel, pero se lo debía.

De repente, le pareció notar una expresión de esperanza en el rostro de Lucy. Los labios le temblaban y parecía que le costaba tragar. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, ella recuperó su máscara de indiferencia, la que había utilizado para mantener a raya al mundo y a él. Dio un paso atrás y se alejó de él. Recogió la sábana y volvió a cubrirse con ella.

–¿Y por qué ibas a hacer algo así?

–Por el mal que se te ha causado.

–Eso no es problema tuyo.

Domenico frunció el ceño. ¿Acaso no quería Lucy su ayuda? No importaba. Fuera como fuera, él iba a ayudarla.

–Debería haber indagado antes. En vez de eso, se ha hecho una injusticia en nombre de mi familia. Ignorar ese hecho sería una cobardía y no hacer algo al respecto nos avergonzaría de por vida a mi familia y a mí. Te lo debo.

Lucy observó el hermoso y orgulloso rostro de Domenico. A pesar de las intimidades que los dos acababan de compartir, o tal vez precisamente por ellas, sentía que el abismo que los separaba se iba ampliando cada vez más.

Él hablaba del honor de su familia como si fuera lo único que importaba. El corazón le dio un vuelco. Durante un instante, había creído que era ella quien le preocupaba y no el poderoso apellido Volpe.

–Yo no estoy interesada en preservar el honor de tu familia.

–Estoy hablando de limpiar tu nombre –replicó él–. De rehabilitarte a los ojos del mundo.

–Eso es algo que ni siquiera tú eres capaz de hacer…

–Ya lo veremos.

–En ese caso, te deseo buena suerte, Domenico. Sin embargo, yo no pienso quedarme por aquí para ver cómo fracasas.

Domenico dio un paso al frente. Horrorizada, Lucy se dio cuenta de que había dado un paso atrás.

–Te aseguro que, de un modo u otro, conseguiré reintroducirte en sociedad. No serás presa para acosadores como esa mujer. Te

aseguro que si es algo humanamente posible, encontraré el modo de darle la vuelta a la sentencia del tribunal. Y tú no vas a ir a ninguna parte hasta que haya enmendado todo esto.

Lucy lo observó. A Domenico se le daba muy bien arreglar problemas y superar obstáculos. Efectivamente, haría todo lo que pudiera para enmendar lo ocurrido porque el honor se lo exigía y, entonces... ¿Qué?

Se marcharía.

Era mejor tratar de evitar llegar a ese punto. Por mucho que Lucy quisiera negarlo, sus sentimientos estaban demasiado implicados. Lo que sentía por Domenico la petrificaba.

–No has pensado bien este asunto –dijo mientras se acercaba a la cama. Su maleta estaba en el suelo, por lo que la volvió a poner sobre el colchón–. Cualquier cosa que hagas para rehabilitarme atraerá la atención de la prensa. El interés de los periodistas se hará mayor y la intimidad de tu familia pasará a ser cosa del pasado.

Eso conseguiría que Domenico la dejara en paz. Si tenía que elegir entre su familia y ella, la familia siempre ocuparía el primer lugar.

Se mordió el labio y tomó una camisa para meterla en la maleta. Contempló horrorizada cómo le temblaba la mano.

Domenico se acercó a ella y le quitó la camisa de las manos.

–No me importa, Lucy. Tengo que hacerlo. ¿No lo comprendes? Todo ha cambiado.

Ella lo miró completamente atónita. Deseaba tanto que aquello fuera cierto...

Domenico le agarró la mano, pero aquella vez lo hizo con infinita suavidad. Lentamente, hizo que ella se girara para mirarlo y Lucy no pudo resistirse. Aquella ternura la derrotaba por completo.

–Nada ha cambiado. ¿Ves? He vivido con esto y lo sé...

–*Cara*... –susurró él mirándola tiernamente a los ojos–. Tienes que confiar en mí, al menos durante un poco más.

–Yo...

–Deja que te ayude, Lucy –susurró Domenico mientras le acariciaba tiernamente la mejilla–. Déjame que intente arreglarlo. Por favor...

Aquella profunda voz provocaba explosiones de gozo en sus sentidos. La cabeza le daba vueltas.

Domenico se acercó a ella y le rozó los labios con los suyos tan tiernamente que estuvo a punto de desatarla. El corazón comenzó a latirle con fuerza, pero ella retiró la cabeza.

–¡No hagas eso! –exclamó–. No quiero que me beses...

–Mentirosa –susurró él. Acercó de nuevo la boca a la mejilla de Lucy y la besó en la comisura de la boca.

–¡He dicho que no! No tienes que seducirme, ¿recuerdas? Ya sabes la experiencia sexual que tengo. No tienes nada más que demostrar.

–No tienes ni idea, ¿verdad, *cara*? No se trata de demostrar nada, a excepción de lo mucho que te deseo. Y lo bien que estamos juntos.

Con un rápido movimiento, se sacó la camisa de los pantalones y se la quitó. Lucy observó el musculado torso de Domenico y contuvo el aliento.

–Te deseo, Lucy. Del mismo modo que tú me deseas a mí –añadió. Se quitó los zapatos y se inclinó para hacer lo mismo con los calcetines.

Lucy dio un paso atrás, sintiendo que su resistencia se desmoronaba al escuchar aquellas palabras. ¿No hacía falta más para convertirla en barro entre sus manos? Tocó el colchón con la parte trasera de los muslos y pensó en escapar de él, pero no encontró la energía suficiente para hacerlo.

Mientras ella lo observaba, Domenico se quitó los pantalones, teniendo cuidado de sacarse la cartera del bolsillo antes de dejarlos caer al suelo.

Lucy lo había visto en bañador, pero jamás lo había visto desnudo. Quería extender una mano para trazar las líneas de su cuerpo. Quería...

Domenico sacó un preservativo y lo dejó sobre la mesilla de noche antes de tirar también la cartera al suelo. Ver aquel paquete despertó el deseo en el vientre de Lucy. Observó cómo él retiraba la maleta de encima de la cama y esparcía todas sus pertenencias por el suelo.

No podía creer que estuviera completamente inmóvil, esperando a que él la tocara. Ansiaba sentir la pasión y la calidez del cuerpo de Domenico. Casi no le importaba que todo aquello fuera una ilusión. Lo que él le hacía era magia y no podía darle la espalda.

Al menos, todavía no.

–*Carissima*...

Él la tomó entre sus brazos como si fuera muy frágil. En aquella ocasión, se tomó su tiempo, aprendiendo su cuerpo con una dedicación que hizo que ella gritara de placer y de desesperación. Cuando ella le deslizó las yemas de los dedos por la cadera y por la entrepierna, él contuvo el aliento. Cuando le mordió en el cuello, Domenico gimió de placer y cuando ella le agarró el miembro con

la mano, la tumbó de espaldas y la inmovilizó con el peso de su cuerpo.

–Si haces eso otra vez, esto terminará en cuestión de segundos –gruñó.

–No me trates como si fuera una figura de porcelana. Te deseo. Ahora mismo...

La sonrisa salvaje de Domenico le encendió la sangre. Se movió debajo de él, abriendo los muslos para que él pudiera penetrarla.

Lo que se produjo a continuación, fue una demostración de la habilidad sexual y del férreo control de Domenico. Le provocó varios orgasmos, hasta el punto que ella pensó que iba a morir por la fuerza de tanto placer.

Entonces, por fin, se unió a ella, alcanzando el clímax al mismo tiempo que el mundo de Lucy se fracturaba en un calidoscopio de mil colores.

Estuvieron abrazados durante un largo tiempo, con los corazones latiendo al unísono y los cuerpos entrelazados como si fueran uno solo.

Lucy no quería que aquello terminara. Cerró los ojos con fuerza y grabó en su memoria aquel momento. Sabía que tanta felicidad no podía durar.

Cuando Domenico se hizo a un lado, ella sintió el frío inmediatamente. Ni siquiera cuando él volvió a tomarla entre sus brazos, pudo Lucy recuperar aquel momento de perfecta comunión que habían compartido. Se recordó que el placer sexual era efímero. Era natura sentirse defraudada.

Sin embargo, era mucho más que eso. A pesar de que su cuerpo había regresado a la normalidad, distaba mucho de sentirse normal.

Eso era precisamente lo que la petrificaba. Había perdido una parte de sí misma con Domenico Volpe. Una parte que jamás podría recuperar.

Capítulo 12

Sigo pensando que esto es un tremendo error –dijo Lucy en el amplio vestidor de la suite que Domenico tenía en su *palazzo* de Roma. Estaba mirando fijamente las prendas aún metidas en bolsas de plástico que alineaban la pared.

Exquisita ropa de diseño. Todo era para ella. Sin embargo, le parecía que aquello no solo era un tremendo error, sino que auguraba una catástrofe.

–¿Cómo has podido pensar que esto ayudaría?

–Porque el ataque es la mejor forma de defensa, ¿no lo sabías? –respondió Domenico desde el baño.

Lucy apretó los dientes al escuchar el tono casual de su voz. ¿Acaso no se daba cuenta de lo mucho que ella arriesgaba dejando que la vieran en público con él? Por supuesto que lo sabía y, cuando el plan resultara ser un fracaso, el nombre de Domenico se mancharía igual que el de ella.

Tenía que tranquilizarse, pero eso era imposible. Las últimas tres semanas habían sido cualquier cosa menos tranquilas. Contuvo el placer que siempre la atenazaba cuando recordaba las habilidades amatorias de Domenico. Cualquiera pensaría que ya se sentirían saciados, agotados por la cantidad de tiempo que pasaban desnudos.

No era así. Al contrario. Lucy se sentía llena de energía. Cuando estaba con él casi podía creer que podría conquistar el mundo. No obstante, sabía que aquello no podía durar. Cuando Domenico hubiera conseguido su propósito, los caminos de ambos se separarían.

Sabía que a Domenico le gustaban las morenas elegantes, que encajaban en su mundo de un modo que ella jamás podría. Él sentía deseos por hacer las cosas bien, pero nada más. La prueba más clara de todo aquello era que jamás hablaba de un futuro juntos. Cuando todo aquello acabara, centraría su atención en otra mujer que perteneciera a su mundo y se olvidaría de ella. Y lo único que Lucy tendría serían recuerdos.

No sabía el tiempo que le quedaba con él, pero trató de convencerse que, fuera lo que fuera, habría merecido la pena. Simplemente, disfrutaría del placer mientras durara y no se dejaría

llevar por la autocompasión. Ya tendría tiempo para eso más tarde. Solo debía tener en cuenta que, aunque Domenico era un buen hombre, no existía posibilidad alguna de que él pudiera amarla.

–¿Aún no estás vestida?

Lucy se dio la vuelta y lo vio ataviado con un elegante esmoquin. Apretó los puños y apartó la mirada para tratar de ocultar sus pensamientos.

–Sigo creyendo que esto es una tontería. ¿Qué vamos a conseguir con que te vean en Roma conmigo? Nada más que escándalo.

–Lo que vamos a conseguir es que todo el mundo sepa que estoy orgulloso de estar contigo –replicó él mientras se acercaba a ella–. El pasado es pasado.

–¿No te das cuenta de que no va a servir de nada? Dirán que voy de un hermano a otro –susurró con amargura.

–Sí, pero hay mucho más. Debes tener paciencia.

–¿Qué es lo que me estás ocultando?

–Pronto, tesoro. Te prometo que todo esto habrá terminado muy pronto.

Domenico se acercó a ella y le acarició suavemente el escote de la camiseta. Los ojos se le oscurecieron y Lucy sintió que el pulso se le aceleraba. Solo con una caricia, Domenico siempre conseguía que ella deseara más.

–¿No me quieres contar las noticias?

–No se trata de eso. Necesito que me las confirmen y eso debería ocurrir muy pronto. Pero algo sí que te puedo contar. En cuanto estés lista, bajaremos y lo sabrás todo.

–¿Por qué no me lo dices ahora? Es mi nombre el que estás tratando de limpiar, ¿recuerdas?

–Porque sé que si no te doy una razón para que te cambies y bajes, no saldremos de aquí en toda la noche –dijo, señalando el amplio surtido de prendas que colgaba del vestidor–. Pero ya sabes que el único modo de descubrir lo que yo sé es que hagas lo que yo quiero...

Lucy sonrió.

–Yo no diría que es el único modo de descubrirlo –ronroneó mientras se ponía de puntillas y le daba un beso en la comisura de los labios.

–Eres muy mala –dijo él mientras daba un paso atrás.

–Y tú un cobarde –replicó ella riendo.

–No. Un hombre sabio sabe muy bien cuándo retirarse. Te espero abajo –dijo mientras se dirigía hacia la puerta–. Sin embargo

–añadió, tras volverse–, retomaremos esta conversación más tarde, *cara*. De eso puedes estar segura.

Domenico levantó la mirada al escuchar cómo los tacones de los zapatos de Lucy resonaban en el suelo. Se acercó a la puerta del salón y se detuvo en seco. No podía creer lo que estaba viendo.

Conocía cada centímetro del delicioso cuerpo de Lucy, pero ella aún tenía el poder de sorprenderlo.

La frente se le cubrió de una fina capa de sudor y la pasión le nubló la vista. Lucy se acercaba a él subida sobre unos tacones de infarto que le hacían menear las caderas con un ritmo ondulante que le aceleraba el pulso. Llevaba puesto un vestido largo de lamé dorado, que se le ceñía al cuerpo como una segunda piel. Tenía un escote bajo, prendido de unos finos tirantes enjoyados y una falda que acentuaba la deliciosa curva de sus caderas y se las ceñía.

Al verla, Domenico se metió un dedo por debajo del cuello de la camisa para aliviar la presión.

–Lucy… Estás… muy guapa.

Más que hermosa, estaba luminosa. Sus ojos parecían más grandes que nunca. Sintió un irrefrenable deseo de llevársela a la cama.

–Te dije que era demasiado…

–Estás perfecta –murmuró él mientras se acercaba a ella–. Eres la mujer más hermosa de toda Roma.

Y podría estar esperando un hijo suyo. Sintió un irrefrenable deseo de protegerla. Jamás había experimentado algo parecido a aquello.

Pensaba que sabía en lo que se estaba metiendo, pero, a cada instante, Lucy le demostraba lo equivocado que estaba. Pensó que tal vez era él, y no ella, quien necesitaba ayuda.

–Ven, hay alguien a quien debes ver –le dijo tomándola de la mano–. Y recuerda que estoy contigo.

Domenico la acompañó al elegante salón. Cuando atravesó el umbral, Lucy se detuvo en seco. Apretó con fuerza la mano de Domenico y se irguió mientras luchaba contra el deseo de salir huyendo.

¿Cómo podía Domenico haberle hecho algo así?

–Supongo que recuerdas a mi cuñada Pia –dijo él.

Lucy se tambaleó. Se temió que si no hubiera estado agarrada a

Domenico, se habría desmoronado sobre el suelo.

Pia, muy elegante, se levantó y se acercó a ella. Lucy sintió que no podía respirar. Al ver que la otra mujer levantaba la mano, se encogió temiendo que ella iba a pegarla. Tardó un instante en reconocer el gesto. Pia iba a darle la mano. Sacudió la cabeza con incredulidad.

–¿Es que no quieres estrechar mi mano? –le preguntó a Lucy. Entonces, miró a Domenico–. Te lo dije, ¿verdad?

–No te apresures, Pia. Lucy está sorprendida. No sabía que tú estarías aquí.

–¿Qué es lo que está pasando aquí? –susurró Lucy sin poder apartar la mirada de Pia.

–Ven a sentarte –dijo Domenico.

Los tres tomaron asiento. Pia lo hizo en un sillón. No parecía muy contenta.

–Pia, ¿le quieres explicar a Lucy por qué estás aquí?

–He venido a... disculparme –respondió Pia.

Lucy se quedó atónita ante lo que acababa de escuchar. No se podía creer que la viuda del hombre que todo el mundo pensaba que ella había asesinado estuviera allí para disculparse con ella.

–No lo entiendo...

–Domenico me ha contado lo que ha descubierto –dijo ella–. Me explicó que tenía nuevas pruebas que parecían apuntar a que Bruno era el culpable.

Lucy miró a Domenico para que él le explicara aquello, pero él permaneció impasible.

–Jamás me gustó, ¿sabes? Era demasiado pegajoso, pero nunca pensé que... Debes creerme. No sabía que él estaba mintiendo. Lo único que sabía era que Sandro estaba en tu dormitorio, tumbado sobre tu regazo y muerto –susurró Pia. Se llevó un pañuelo a los ojos.

–Tranquila, Pia. Lucy comprende que tú no sabías la verdad.

–Por supuesto... –afirmó ella. ¿A qué nuevas pruebas se refería?

–¿De verdad?

–Sí –contestó Lucy–. Yo no sabía tampoco cómo era en realidad Bruno. Si lo hubiera sabido, jamás le habría dejado entrar en mi dormitorio.

–Para mí, fue un shock cuando Domenico me contó la verdad –dijo con una temblorosa sonrisa–. Con esas noticias, me has devuelto a Sandro. No tienes ni idea de lo que eso significa para mí después de todo este tiempo.

–Tardé demasiado. Debería haberlo pensado muchos años antes.

–¿De qué estáis hablando? –preguntó Lucy.

–De mis joyas –contestó Pia–. ¿Es que no se lo has dicho, Domenico?

–Nadie me ha contado nada –protestó Lucy llena de frustración.

–Pensé que a Lucy le gustaría más que se lo dijeras tú.

–Está bien –dijo Pia–. Domenico ha localizado al joyero que hacía mis joyas –comentó mientras extendía el brazos. De su muñeca prendía una pulsera de flores, exquisitamente realizadas, y entrelazadas con perlas.

Lucy vio unas flores que jamás había esperado volver a ver. Sintió náuseas y tuvo que cerrar los ojos para poder reprimirlas. Cuando se tranquilizó y pudo volver a abrirlos, vio que la mano de Pia estaba acariciando el collar a juego que llevaba al cuello.

–Ese es el collar que encontraron en mi cuarto –dijo con voz ronca–. No sabía que también había una pulsera.

–Ni yo tampoco –afirmó Pia con una sonrisa. Entonces, miró a su cuñado con una sonrisa en los labios.

–¿Por qué es importante que haya una pulsera? –les preguntó Lucy sin comprender.

–Traté de localizar al joyero –dijo él–. Estaba desesperado por encontrar alguna pista que pudiera darme una imagen más clara de lo que ocurrió aquella noche...

–Todo el mundo dio por sentado que él había comprado ese collar para mí –recordó Lucy, temblando.

–Sin embargo, se equivocaron. ¿Ves? –le informó Pia mientras se quitaba la pulsera para que ella la viera.

Lucy no se atrevía a tocarlo, por lo que Domenico se lo mostró sobre la palma de la mano. En el reverso, había una inscripción grabada. *Para mi adorada Pia. Luz de mi vida. Para siempre, Sandro.*

–No comprendo –musitó Lucy.

–Sandro había encargado un conjunto de collar y pulsera a juego, pero la noche que lo mataron solo tenía el collar. Según el joyero, cuando él fue a recoger ambas piezas, decidió que le grabaran una inscripción en la pulsera, pero no quiso esperar a darle el collar a Pia. Se lo llevó y dijo que regresaría por la pulsera. Al ver que no regresaba, el joyero descubrió que él había muerto y no supo qué hacer con la pulsera. No tenía ni idea de la importancia que tenía para el caso. Pensó en borrar la inscripción para vendérsela a otra persona, pero le pareció que eso podría dar mala suerte.

–¿Y por qué no esperó tu hermano a llevarse las dos piezas juntas?

–Por mí –admitió Pia, llena de felicidad y tristeza a la vez–. Yo no estaba bien. Yo… no era la misma después del nacimiento de Taddeo. Tenía problemas. Me sentía tan triste que acusé a Sandro de no sentir nada por mí y de infidelidad –añadió, mientras miraba a Lucy con los ojos llenos de culpabilidad–. En el juicio, dije cosas sobre Sandro y sobre ti… Cosas que creía en aquel momento. Ahora, mirando atrás, me doy cuenta de que no sabía nada. No me di cuenta de lo que había hecho hasta que Domenico no vino a verme para darme la noticia y enseñarme esta pulsera –susurró mirándola con profunda ternura–. La noche que murió, iba a darme el collar a mí, no a ti. Debió de caérsele del bolsillo cuando él… él…

Lucy se inclinó sobre ella y le acarició suavemente la mano.

–Tu marido debió de amarte mucho. Se le veía en el rostro siempre que hablaba de ti.

–Lo sé, pero entonces era tan infeliz –susurró Pia con los ojos llenos de lágrimas–. Por eso dije todas esas cosas…

–No te preocupes, de verdad –afirmó Lucy. Estaba segura, igual que lo había estado entonces, de que Pia no la había acusado deliberadamente, sino que se había dejado convencer fácilmente por lo que decía Bruno y que tan bien encajaba con lo que ella se imaginaba–. Estoy segura de que no habría supuesto diferencia alguna al caso.

–¿Tú crees?

Lucy no estaba segura. Había visto cómo el tribunal se rendía ante la hermosa y joven viuda. Sin embargo, la pena que sentía por ella era superior a sus deseos de venganza. El arrepentimiento de Pia era auténtico, como lo era su alegría por haber descubierto que su esposo la amaba de verdad.

–Sí –mintió

–Gracias –susurró Pia–. Eso significa mucho para mí.

Domenico entrelazó la mano con la de Lucy y miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

–Vamos, señoras –dijo–. Es hora de que nos marchemos.

Pia se levantó y tomó su echarpe.

–¿Adónde vamos? –preguntó Lucy.

–A la ópera y luego a cenar –respondió Domenico–. Tenemos una reserva en el restaurante más importante de Roma.

–Pero todo el mundo nos verá…

–De eso se trata –murmuró él–. Verán que, lejos de apartarte de nosotros, eres nuestra invitada. Así todos se prepararán para las noticias que están por llegar.

Capítulo 13

No es tan malo como me había imaginado... –murmuró Lucy.

Domenico sonrió al escuchar el comentario. Estaban en el restaurante más famoso de toda Roma. Pia ya no les acompañaba.

–Me alegro que salir a cenar conmigo no te suponga un problema...

Lucy sonrió.

–Si estás buscando un cumplido, no vas a tener suerte –comentó, riendo–. Ya sabes que no eras tú el que me preocupaba, sino el resto de la gente.

–Pues los has manejado muy bien.

–Fuiste tú y no yo quien los manejó muy bien –replicó Lucy tras tomarse una cucharada de su delicioso postre de chocolate–. Nadie se atrevería a decirme nada contigo a mi lado. Sin embargo, estoy segura de que no paraban de preguntarse qué era lo que estaba pasando.

–Por supuesto. ¿Y qué nos importa eso? Esta noche vamos a dejar muy claro que los Volpe te aceptan. Por eso vino Pia con nosotros a la ópera. Si los dos te apoyamos, ¿quién tendrá el valor de oponerse a ti?

–No es la alta sociedad de Roma lo que me preocupa, sino el resto. Para empezar, la prensa.

–Deja que sea yo quien se ocupe de la prensa, Lucy...

–Puedes intimidarlos con tus guardaespaldas, pero cuando yo esté sola todo será muy diferente. Irán por mí incluso más que antes.

Domenico le tomó una mano entre las suyas.

–Todo saldrá bien. Tan solo necesitas tener paciencia. Si todo sale como yo espero, muy pronto no tendrás que preocuparte en absoluto de la prensa.

Domenico sentía ya las mieles del triunfo. Después de semanas de intenso trabajo, estaban a punto de alcanzar el éxito. En aquella ocasión, el éxito le proporcionaba más satisfacción que cualquier éxito en los negocios. En aquella ocasión, el placer era personal.

Le aliviaría la conciencia y limpiaría el nombre de Lucy. La familia Volpe pagaría su deuda deshaciendo el mal que se le había causado y, en especial, por el modo en el que Domenico la había

rechazado.

Sin embargo, había más. Se sentía bien sabiendo que la situación de Lucy sería mejor cuando todo aquello hubiera finalizado, pero en ese caso, al contrario que las buenas acciones que realizaba al ayudar a ciertas organizaciones benéficas, la situación tendría una dimensión mucho más personal.

Acarició suavemente la palma de la mano de Lucy con el pulgar y sintió que ella se echaba a temblar. Deseaba tanto besarla... No obstante, para lo que tenía en mente, era mucho mejor la intimidad.

Volvió a acariciarle la mano, subiendo en aquella ocasión por el antebrazo y viendo con satisfacción cómo ella gozaba con aquel contacto.

–¿Qué te crees que estás haciendo?

–Nada...

–Mentiroso. Conozco tus juegos.

–Bien –dijo él mientras la hacía levantarse–. En ese caso, no te importará dejarte lo que te queda de postre.

–Si me ofreces algo mejor, por supuesto que no.

Con eso, se giró para recoger su bolso y se dirigió hacia la puerta con un lento y sensual contoneo que atrajo las miradas de todos los hombres. Domenico sintió un profundo orgullo por ser él quien la acompañaba y celos por el modo en el que ella se estaba exhibiendo. En cuestión de semanas, Lucy había pasado de ser una mujer inocente y sin arte alguno para convertirse en una sirena que, a su vez, lo había transformado a él en un esclavo a sus pies.

Sin dejar de mirarla, llamó al camarero y le pidió que anotara la factura de aquella noche en su cuenta. Entonces, vio que ella le estaba esperando en la puerta.

¿Qué más podía desear de la vida? Tenía éxito, la satisfacción de poder arreglar errores del pasado y, además, poder tener a Lucy en su cama.

La vida era maravillosa.

Las noticias llegaron mientras estaban desayunando. Lucy se estaba tomando un plato de fruta cuando oyó que Domenico se ponía a hablar por teléfono. Levantó la mirada cuando él entró en el comedor.

–Entiendo –decía él a su interlocutor al otro lado de la línea–. ¿Y cuándo ha ocurrido eso? –añadió, tras una pausa–. Muy bien hecho.

Domenico cortó la comunicación y se sentó frente a ella con un aspecto muy pagado de sí mismo.

–¿Qué es lo que ha ocurrido? –preguntó ella–. ¿De qué se trata?

–Acabo de recibir una excelente noticia. La mejor. La policía acaba de detener a Bruno Scarlatti para interrogarlo a la luz de las nuevas pruebas. Van a revisar la investigación de la muerte de Sandro.

–¿Nuevas pruebas? –repitió ella. El corazón le latía a toda velocidad.

–Sí. ¿Recuerdas que Scarlatti tenía una coartada para la hora de la muerte de Sandro? ¿Un colega que afirmaba haber estado con él en el otro lado del *palazzo?*

–¿Cómo podría olvidarlo?

–Pues ahora, ese hombre ha dicho que se equivocó en la hora. Estuvo con Bruno Scarlatti quince minutos antes de la hora del fallecimiento de Sandro. Hasta ahora, solo había pruebas forenses que demostraban que Bruno había estado en tu dormitorio, pero solo tu testimonio indicaba que él había estado allí antes de que Sandro muriera, y no solo más tarde.

–¿Ese testigo admite que mintió?

Domenico se encogió de hombros.

–Era muy joven entonces. Bruno era su mentor y su amigo. Pensaba que le estaba haciendo un favor al darle una coartada para un delito que estaba seguro de que Bruno no había cometido. Cuando Rocco le localizó, le contó la lista de delitos que Bruno ha cometido desde entonces.

–¿Está fichado?

–Tiene una condena por agresión y una larga lista de denuncias. Además de un despido por comportamiento cuestionable.

Lucy se reclinó sobre la silla y pensó en las implicaciones de todo aquello.

–Lo has conseguido...

–No ha sido nada. Simplemente contaba con los recursos necesarios para descubrir la verdad.

–Eso es mucho más de lo que nadie ha hecho por mí.

–Pero yo sabía la verdad. Eso me facilitó la tarea –afirmó. Extendió la mano y tomó la de ella. Sentía la satisfacción de un hombre que había hecho justicia, a pesar de haber tardado. Había restaurado el honor familiar resolviendo la injusticia que se había cometido en su nombre.

Lucy apartó la mano y la entrelazó con la otra antes de colocarse ambas sobre el regazo. Aquello era lo que había deseado desde hacía tanto tiempo y por lo que había luchado. Sin embargo, en vez de euforia, sentía una extraña sensación. Todo había resultado

demasiado… fácil.

–Entonces, ¿tú utilizaste tus recursos y así, como por arte de magia, se ha revelado toda la verdad? –le preguntó sin poder ocultar su amargura–. Ojalá hubiera hecho eso la policía… Cinco años de mi vida perdidos. Cinco años en el infierno –añadió llena de frustración.

–Tienes razón. Jamás debería haber sido así. ¿Me podrás perdonar?

Ella frunció el ceño.

–¿Perdonarte? Estoy hablando sobre el modo en el que los investigadores se aferraron a las pruebas de Bruno sin querer oír nada en su contra porque él era uno de los suyos. Un expolicía.

–Si yo me hubiera tomado el tiempo necesario para escucharte en vez de dar por sentada tu culpabilidad, todo habría sido diferente –comentó él apesadumbrado.

–No tienes por qué hablar así –dijo ella–. Eres el que está demostrando mi inocencia.

–Sí, pero demasiado tarde. Debería…

–No, Domenico. Me hizo mucho daño que me ignoraras entonces, pero no tuvo efecto alguno en el resultado del juicio. Me dolió, pero nada más. No creo que nadie pudiera culparte por haber dudado de mí con las pruebas que se presentaron.

Durante un instante, Domenico la miró fijamente.

–Eres toda una mujer, Lucy. Gracias.

Ella sonrió, pero no lo hizo de corazón. Se aseguró que aquel era el comienzo de su nueva vida, el comienzo que había deseado desde hacía tanto tiempo, pero le entristecía que su padre no hubiera visto cómo se demostraba su inocencia. Además, no le gustaba lo que significaba para Domenico y para ella.

Se frotó la frente y trató de aliviar el dolor que estaba empezando a sentir allí.

–Lucy, ¿te encuentras bien?

–Por supuesto. Simplemente, estoy… atónita. Estoy tardando un rato en procesar todo lo ocurrido.

¿Sería posible que estuviera embarazada? ¿Era eso lo que le provocaba náuseas y lo que provocaba su nostalgia en vez de sentirse plenamente feliz por aquella noticia? Ciertamente, existía aquella posibilidad.

Sentía alegría y el miedo a la vez ante la posibilidad de estar embarazada de Domenico. A pesar de lo que él le había asegurado, sabía que no se sentiría muy feliz. La noche anterior le había resultado evidente que ella no pertenecía a su mundo. Se había

mostrado tremendamente entusiasta sobre la ópera a la que habían asistido a pesar de que el resto de los espectadores tan solo habían expresado una cortés apreciación. Eso evidenciaba que ella no pertenecía a su círculo.

–No importa, Lucy –le dijo él–. Hemos conseguido lo que estábamos buscando. Ahora, todo ha terminado.

Lucy miró a Domenico y analizó sus palabras. «Ahora, todo ha terminado». ¿No se había dicho ella que todo lo que compartían terminaría muy pronto? No se podía considerar una relación, a pesar de los momentos que compartían. Estaba basada tan solo en el placer sexual y en la conveniencia. Domenico jamás había hablado de un futuro que estuviera más allá de la rehabilitación de su nombre.

–Gracias –comentó ella por fin–. Sin ti, esto jamás habría ocurrido. ¿Y ahora, Domenico? –añadió tragando saliva–. ¿Qué vamos a hacer ahora?

La noche anterior, se había permitido soñar cómo sería la vida si él sintiera algo por ella de verdad. Si la amara. Lucy quería formar parte de la vida de Domenico de un modo permanente. Había pasado de vivir en un total aislamiento a saber que, sin él, no tendría una vida plena.

Tragó saliva. Comprendió que se había enamorado de él.

–¿Ahora? –preguntó él sin comprender a lo que ella se refería.

–Ahora se ha terminado.

Esperó que él le respondiera que lo suyo jamás terminaría. Que él sentía lo mismo que ella a pesar de las diferencias entre ambos.

–No es necesario hacer nada más. A partir de aquí, se harán cargo los expertos. Seguiremos con la estrategia de mostrarte por todas partes, aceptada por la familia y por todos los que importan. Mis guardaespaldas te protegerán.

–Por supuesto…

–Habrá un cierto interés cuando se sepa que eres inocente, pero, a la larga, espero que puedas empezar muy pronto la vida que tanto deseas.

Domenico le dedicó una sonrisa llena de benevolencia, como si fuera un adulto dándole a un niño un caramelo.

Sin embargo, ella ya no quería la vida que había tenido antes si eso significaba dejar a Domenico. Desgraciadamente, no era ella la que debía tomar esa decisión.

Esperó que él dijera más, que hablara sobre ellos.

Domenico no dijo nada.

Vio la satisfacción en su mirada. Había conseguido su propósito

contra todo pronóstico. El problema era que ella quería más.

–¿Y dónde estarás tú, Domenico? –le preguntó con un tono de voz muy tranquilo.

–¿Yo? –replicó él muy sorprendido–. Me quedaré en Roma un tiempo para ayudarte con la prensa. No tendrás que hacerlo sola.

–¿Y después de eso?

Domenico se encogió de hombros y se sirvió un café.

–Tengo asuntos en Nueva York que llevo un par de semanas retrasando –dijo. Asuntos retrasados por culpa de ella.

–¿Y después? –insistió ella. Quería que Domenico dijera algo sobre ellos. Sobre regresar a su lado o llevársela con él a Nueva York. Incluso la promesa de ir a verla a Inglaterra sería algo.

–Depende de varias cosas –respondió él frunciendo el ceño–. Tal vez a Alemania durante un par de semanas.

–Entiendo…

Por fin lo entendía. Aquello era el final. Sabía que llegaría tarde o temprano. Probablemente él la apoyaría durante una o dos semanas más. Sin duda, compartiría alegremente su cuerpo con ella mientras estuviera en la ciudad. Después de eso, Lucy estaría sola.

El dolor se apoderó de ella. Respiró suavemente por la boca para tratar de encontrar alivio, pero no lo consiguió. Decidió que no podía seguir allí sentada, dejando que Domenico la mirara como si ella fuera su último trofeo del éxito, la prueba viviente de que Domenico Volpe podía conseguir todo lo que se propusiera.

Decidió que lo mejor que podía hacer era disfrutar de cada minuto que le quedara sin mirar atrás. Era ella quien había roto las reglas esperando más.

Rezó para ser capaz de ocultarle sus sentimientos.

–Jamás creí que pudieras hacerlo, Domenico –dijo–. Gracias.

–Ha sido un placer, Lucy…

Aquella respuesta fue lo que necesitaba escuchar. Podría quedarse allí, alargando aquello hasta que no tuviera fuerzas para seguir o no esperar hasta que él tomara la decisión de que ella tenía que marcharse.

Se levantó de la silla.

–Ahora, si me perdonas, voy a hacer la maleta –dijo–. Agradezco mucho tu ayuda, pero prefiero no quedarme en Roma.

Domenico se quedó perplejo.

–¿Cómo has dicho?

–Es hora de que regrese a casa. Estoy segura de que lo

comprenderás.

Mientras volvía a dejar la taza de café sobre la mesa, la mano le temblaba.

–No lo entiendo. Tal vez me lo puedas explicar.

¿Cómo podía tener tantas ganas de marcharse? La indignación se apoderó de él. Hacía pocas horas que la había tenido entre sus brazos gritando su nombre al alcanzar la cumbre del placer. Además, sobre lo de regresar a casa, sabía tan bien como ella que no tenía casa. Su madrastra había vendido la intimidad de Lucy por un puñado de libras.

–Soy inglesa, Domenico. Quiero regresar a Inglaterra.

–Hace semanas que no dices nada de volver…

–Bueno, parecía evidente que la prensa no me dejaría en paz –replicó ella encogiéndose de hombros–. Tú me diste un lugar en el que refugiarme y te lo agradezco mucho.

¿Era eso lo único que él le había dado?

–Llevo en Italia desde que salí de la cárcel. Quiero irme a casa. ¿Te das cuenta de que, incluso después de salir de la cárcel, no he podido elegir dónde estaba ni siquiera por una noche?

¿Se estaba quejando Lucy del modo en el que él la había protegido o sobre el hecho de estar con él? ¿Cómo era posible? Ella le había acogido tan de buen grado en su cama…

–¿Habrías preferido que te dejara en manos de la prensa? –le espetó él. No quería su gratitud, pero había esperado mucho más que aquello. La ira se apoderó de él–. Sabes que lo hice por tu bien.

–Sí. Te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí, pero ha llegado el momento de que camine sola.

Domenico apretó la mandíbula. No le gustaba el tono de finalidad que había en su voz. Quería decirle que no podía marcharse, pero, ¿qué derecho tenía a impedírselo? Tan solo el hecho de que él no estaba preparado para dejarla marchar, al menos mientras siguiera ardiendo entre ellos la pasión. ¿Acaso no lo sentía ella también? ¿O era que ella simplemente se había aprovechado de lo que le ofrecía y se deshacía de él cuando ya no le interesaba?

No le había dejado nunca ninguna mujer. Odiaba los sentimientos encontrados que estaba experimentando. Le hacían sentir… alarmantemente fuera de control.

Se levantó también, dispuesto a impedirle que se marchara. Sin embargo, cuando se acercó a ella, se encontró que ella lo miraba con desdén.

–Ahora soy una mujer libre y ya es hora de que me comporte

como tal.

–La prensa irá por ti. Con el caso abierto, el interés se reavivará...

–No me importa. Al menos ahora ya no me podrán llamar asesina. Ni podrán impedirme que consiga un trabajo.

–¿Quieres trabajar?

–Por supuesto que quiero trabajar. ¿Qué elección tengo?

–Bueno, siempre te queda la posibilidad de vender tu historia. Te pagarían todavía más ahora que has compartido mi cama.

Domenico lamentó aquellas palabras en cuanto terminó de decirlas, pero se sentía traicionado y engañando.

Lucy lo miró como si no lo hubiera visto nunca antes. Le recorrió el rostro con una penetrante mirada.

–Tal vez lo haga. Después de todo, no firmé ningún documento contigo, ¿verdad?

Para Domenico fue un golpe muy duro ver cómo se marchaba, tras convertirse en la mujer de hielo que había sido antes. Quería suplicarle que no lo hiciera, pero los Volpe no suplicaban jamás. Además, estaba seguro de que ella no iba a escucharle.

–Adiós, Domenico.

Con eso, se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo 14

El otoño llegó anticipadamente a Londres. El viento azotó la ciudad, haciendo volar el abrigo de segunda mano que Lucy llevaba puesto.

El frío no le molestaba. Estaba acostumbrada a sentirse fría, lo que había ocurrido aquel día en Roma cuando Domenico se había deshecho de ella sin dudarlo.

Había sido un día muy largo y necesitaba un pequeño descanso antes de empezar el turno de noche. Le estaba costando encontrar trabajos, hasta los de camarera, y ya debía algo de alquiler. Cuando volviera a empezar su turno, tenía que estar al cien por cien. Una taza de té y veinte minutos con los zapatos quitados serían una delicia.

Estaba calculando si tendría bastante dinero para comprarse algo de comer cuando un hombre se acercó a ella. Automáticamente, ella se echó a un lado y él también. Lucy se fue hacia el otro lado y él realizó la misma maniobra.

Fue entonces cuando se fijó en los brillantes zapatos del hombre que le bloqueaba el paso. Siguió mirando y vio un traje hecho a medida y un abrigo de cachemir. Contuvo el aliento al notar un aroma que no olvidaría jamás, aunque viviera hasta los cien años.

–¡Domenico!

Había pensado en él a menudo, pero se alegró de volver a ver su hermoso rostro, tan familiar y tan querido. El corazón se le aceleró tanto que decidió meterse las manos en los bolsillos por si no podía evitar abrazarse a él, tal y como hacía siempre en sus sueños.

–Lucy...

–¿Qué estás haciendo en Londres?

–Tengo una reunión muy importante.

Por supuesto. Su vida estaba llena de reuniones importantes. Lucy había seguido su vida en la prensa durante aquellos dos meses. Nada había podido parar su espectacular éxito en el mundo de los negocios. Ciertamente, no parecía haberla echado de menos.

–Contigo.

–¿Cómo has dicho?

–He venido a verte a ti. Te aseguro que es cierto.

–¿Y cómo me has encontrado?

Domenico levantó las cejas y ella pensó en los infinitos recursos

que había utilizado para averiguar la verdad sobre su pasado. Seguramente le había bastado con chascar los dedos.

–¿Por qué has querido encontrarme?

Entonces, lo comprendió. La familia era muy importante para él. Se enorgullecía de hacer siempre lo que debía. ¿Qué otro motivo podía tener para ir a buscarla?

Lo miró a los ojos tratando de ocultar su desilusión.

–No tienes que preocuparte. No me dejaste embarazada.

Domenico la miró a los ojos y sintió como si ella le clavara un cuchillo. Había habido pocas posibilidades, pero a pesar de todo había albergado esperanzas.

Asintió como si aquella revelación no hubiera supuesto ningún sufrimiento para él.

–Gracias por decírmelo.

Había sido una locura hacerse ilusiones.

Tenerla tan cerca era mucho más difícil de lo que había imaginado. Estaba más hermosa aún si eso era posible, pero la calidez había desaparecido de su mirada y no parecía haber posibilidad alguna de que ella le regalara una sonrisa.

–En ese caso, no hay razón para que nos veamos –le dijo ella con una fría sonrisa. Sin embargo, Domenico pudo ver más allá. O la máscara que llevaba puesta no era tan opaca como en el pasado o a él se le daba mejor interpretarla.

No obstante, sabía que no debía hacerse esperanzas.

–Tenemos cosas de las que hablar –replicó él agarrándola por el codo–. Ven. Mi hotel está a la vuelta de la esquina. Allí podremos hablar.

–No quiero hablar en tu habitación de hotel –le espetó ella.

–Bien. En ese caso lo haremos en los salones públicos.

Esbozó una sonrisa. El hecho de que ella no quisiera ir a su dormitorio parecía indicar que aún sentía algo por él. Las esperanzas se renovaron.

Le soltó el codo y le entrelazó el brazo con el de él. Lucy no se resistió y dejó que él condujera a un familiar edificio de ladrillo adornado con banderas.

–*Signor* Volpe. *Madame*... –les dijo el portero mientras entraban en el vestíbulo del hotel

Inmediatamente, Domenico sintió que ella se tensaba. Efectivamente, el hotel era uno de los más opulentos de la ciudad.

–Si lo prefieres, podemos ir a mi suite.

–No. Aquí estaremos bien.

Minutos más tarde, estaban sentados en un rincón de la enorme sala de recepción. Lucy evitaba mirarlo a los ojos. Se había concentrado en frotarse una mancha que tenía en la camisa negra.

Domenico examino la minifalda del mismo color, que dejaba al descubierto sus espectaculares piernas. Tenía que centrarse. Aquella era seguramente la negociación más importante de su vida y no podía permitir que los nervios arruinaran sus posibilidades.

–Tu madrastra se puso en contacto conmigo.

–¿Por qué? –le preguntó ella levantando inmediatamente la mirada.

–Se enteró de que yo te recogí en prisión y que te alojabas conmigo en Roma. Fue lo único que se le ocurrió para ponerse en contacto contigo.

–¿Y qué era lo que quería? ¿Dinero?

–No. Quería hablar contigo.

–No sé por qué.

–Aparentemente, quiere disculparse.

–¿Y tú la creíste?

–Creo que siente mucho lo de ese artículo. Me dijo que necesitaba el dinero y que pensó que podría manejar al periodista. Según ella, él tergiversó la mayoría de lo que ella dijo y quitó los comentarios positivos que hizo sobre ti. Me dijo que no había tratado de hablar contigo antes porque se sentía avergonzada de lo que había hecho.

Lucy se mordió el labio. Domenico quiso acercarse a ella e impedírselo, pero sabía que no tenía derecho.

–Pensaré si quiero llamarla.

–Bien.

Mientras los dos trataban de encontrar algo que decir, llegó el camarero con el té. Domenico agradeció la distracción.

–Bueno, ¿eso es todo? –le preguntó ella muy secamente.

–No. Hay más.

–¿El qué? ¿Va algo mal sobre el caso contra Bruno? –le preguntó. Por primera vez, pareció verdaderamente preocupada.

–No. Nada de eso. Todo va perfectamente.

–¿Entonces?

–Quiero hablar sobre nosotros.

–No hay nosotros, Domenico –le espetó ella con frialdad.

–Eres una mentirosa. Siempre ha habido un nosotros, incluso cuando yo no confiaba en mí mismo y no quería creer lo que sentía por ti. Me pareció que el mundo se desmoronaba a mi alrededor

porque te deseaba tanto que casi me dolía. Te deseaba tanto que maldije a mi hermano por haberte poseído primero… ¿Te lo puedes creer?

–¡Domenico! No puedes estar hablando en serio. Por aquel entonces tú me odiabas.

–Pensaba que te odiaba por los sentimientos que experimentaba cada vez que te miraba. No se trataba solo de deseo. Era… algo que no era capaz de explicar, un algo que fingí que no existía porque me dejé engañar por las mentiras y por mi propio orgullo. Tú también lo sentiste, ¿verdad, Lucy?

–No. Yo sabía que me odiabas y sentí…

–¿Qué?

–No sé cómo explicarlo. Tal vez era solo deseo.

–No, *carissima.* No era solo deseo –dijo él, agarrándole con fuerza la mano.

–Por favor, te ruego que me sueltes.

–No lo haré hasta que me mires, Lucy.

De mala gana, ella giró la cabeza y permitió que sus miradas se cruzaran. Domenico se llevó la mano a los labios y se la besó. Entonces, le dio la vuelta y le besó suavemente la palma. Ella tembló delicadamente.

Con un suspiro, Domenico le soltó la mano y dejó que ella se la recogiera sobre el regazo como si le quemara.

–Fui un necio por dejarte marchar, Lucy. Lo lamenté en el mismo instante en el que te fuiste.

–No era cuestión de que tú me dejaras o no. La decisión fue mía.

–Solo porque yo no era capaz de ver lo que tenía ante mis ojos.

–¿Qué es lo que estás diciendo, Domenico?

–Estoy diciendo que lo que hay entre nosotros es más importante que el deseo. Siempre lo ha sido, a pesar de que yo no quise confiar en mi instinto. Te estoy diciendo que te quiero a mi lado, Lucy. En Roma o aquí en Inglaterra si lo prefieres. Te quiero en mi vida.

Ya estaba. Lo había dicho.

–No te creo.

–Fui un estúpido por dejarte marchar, pero era demasiado orgulloso como para suplicarte que te quedaras.

–No te imagino suplicando nada.

–¿No?

–No. Eres demasiado arrogante. Demasiado seguro de ti mismo. ¿Qué es exactamente lo que quieres, Domenico? ¿Qué clase de juego es este?

–Jamás en toda mi vida he hablado más en serio.

Lucy observó asombrada cómo él se levantaba de su silla y se arrodillaba delante de ella.

–Domenico, ¿qué estás haciendo?

–Suplicarte, *carissima.*

–No lo comprendo –susurró ella mientras Domenico le agarraba la mano.

–Ni yo tampoco. Antes, estaba demasiado seguro de mí mismo. Demasiado contento con mi éxito por haber conseguido demostrar tu inocencia y aliviado por haber podido compensarte después de tantos años, tanto que no me paré a pensar lo que estaba ocurriendo entre nosotros. Pensaba que lo tenía todo. La satisfacción de ver por fin que se hacía justicia contigo, tenerte en mi cama, disfrutar del sexo contigo... No había pensado más allá, tal vez porque lo que quería me daba miedo.

–Mentiroso –dijo ella–. Tú jamás has tenido miedo de nada.

Una vez más, Domenico le agarró una mano y se la llevó a los labios.

–Estaba absolutamente aterrorizado, tanto que no podía pensar bien. Cuando tú me recordaste que no habías sido libre desde el momento en el que saliste de la cárcel, ¿cómo podía detenerte? Tú te merecías el derecho a tener la vida que deseabas.

Domenico examinó el rostro de Lucy, pero no pudo leer sus pensamientos.

–Déjate de rodeos, Domenico. ¿Qué es exactamente lo que quieres? ¿Quieres que yo siga siendo tu amante mientras estés en Inglaterra? ¿O en Roma... hasta que te hayas cansado de mí?

–¡No! Quiero mucho más. Lo quiero todo. Me enamoré de ti años atrás, durante aquel mágico día en Roma. Después, tuviste que enfrentarte a ese horror, pero yo no pude olvidarte nunca... Cuando volvimos a encontrarnos, me enamoré de ti una vez más.

–No lo creo. Estás hablando de sexo.

–De eso también, pero, en realidad, me enamoré de la mujer que me hizo sentirme como un hombre nuevo. No te lo puedo explicar bien, pero tu sinceridad, tu generosidad y el placer que experimentabas por todo lo que te rodeaba me hicieron convertirme a mí también en un hombre diferente. Un hombre que empezó a disfrutar de la vida y a sentir. Aprendí que en la vida hay mucho más que hojas de cálculo y absorciones. Existe el cariño y el perdón.

Sus palabras tuvieron como respuesta el silencio.

–Quiero estar contigo. Quiero vivir mi vida contigo, estés donde estés. Quiero formar una familia contigo y estar contigo para siempre. Te amo, Lucy.

Por fin pareció quedarse sin palabras. Se había desnudado por completo ante ella. Antes, cuando en su vida el control lo suponía todo, aquello habría sido impensable.

–Lucy, dime algo...

–Digo que hablas mucho, *signor* Volpe, pero no me habría perdido ni una sola palabra de lo que has dicho. Podrías convencer a los pájaros para que se bajaran de los árboles si así lo desearas.

–Tú eres la única que me interesa. ¿Me aceptas, tesoro? ¿Quieres ser mía?

–Domenico –murmuró ella–, llevo tanto tiempo siendo tuya que casi no me acuerdo cómo era mi vida antes de que tú irrumpieras en ella. Te amo...

–*¡Carissima!*

Por fin, él se vio libre para hacer lo que llevaba deseando hacer desde el momento en el que la vio en la calle. La tomó entre sus brazos y la besó tan apasionadamente que casi se le olvidó respirar, pero, con Lucy entre los brazos, ¿quién necesitaba oxígeno?

Unos instantes más tarde, un ruido llamó su atención. Domenico levantó la cabeza y se dio la vuelta.

–¿Champán, señor? –le preguntó el camarero. Llevaba entre las manos una botella del espumoso favorito de Domenico.

–Una idea excelente. Llévelo ahora mismo a mi suite.

El camarero asintió y se marchó discretamente.

–Lucy...

–¿Sí? –preguntó ella. Acurrucada entre sus brazos, dejó que él la levantara.

–¿Qué te parecería si viniéramos aquí para celebrar nuestra luna de miel?

–Bueno, creo que primero deberías convencerme para que me casara contigo –replicó ella con una tentadora sonrisa.

Domenico la sacó fuera de la sala en brazos, sin importarle las miradas ni las sonrisas de los otros clientes. El mundo jamás había sido un lugar mejor.

–Ah –le susurró él al oído–, ya sabes lo mucho que me gustan los desafíos.